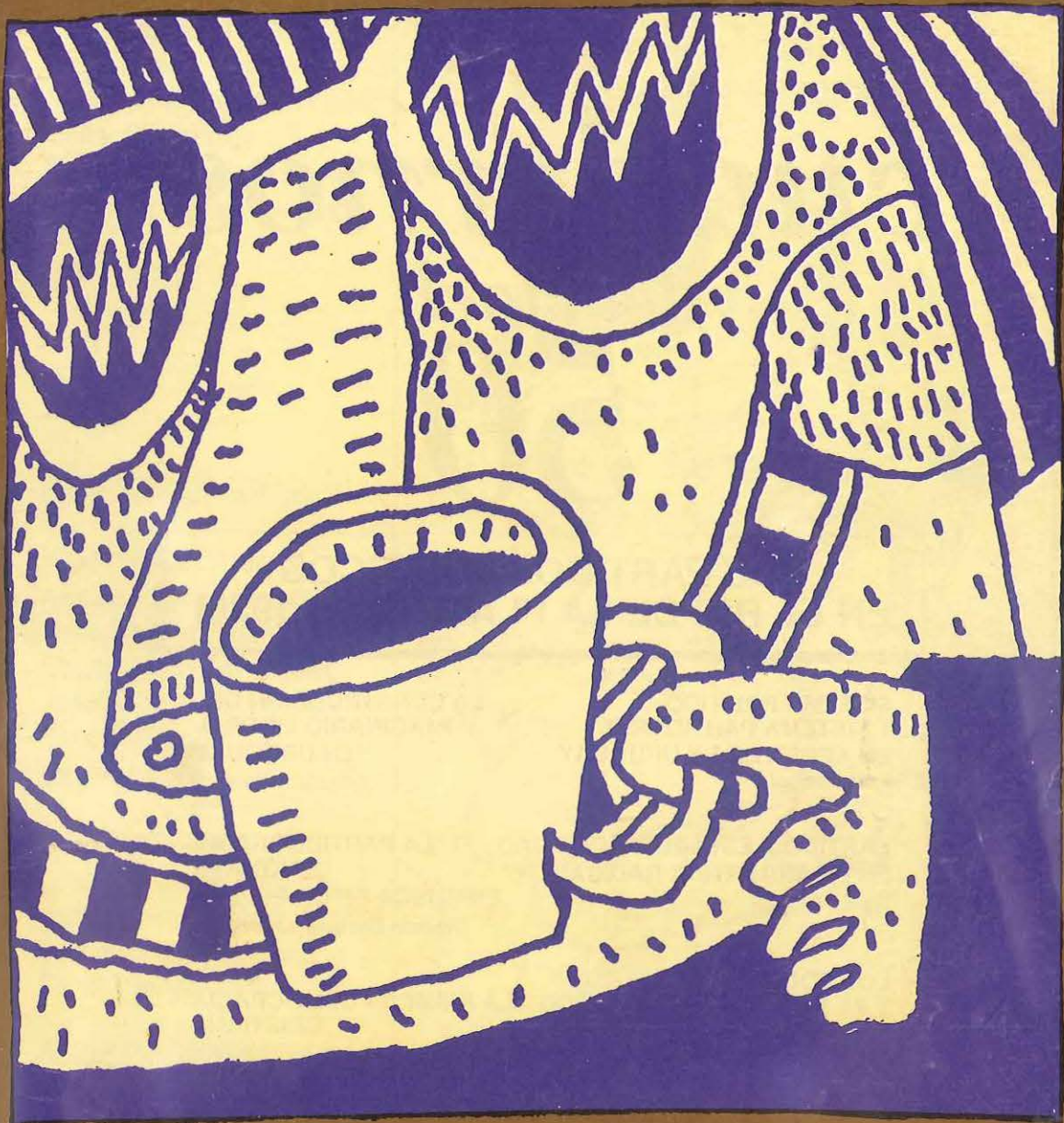




CUADERNOS DE MARCHA

51



FORO CON EL PRESIDENTE ELECTO LUIS ALBERTO LACALLE

LA INVASION DE E.E.U.U. A PANAMA

Gonzalo Varela

GOBIERNOS DE COALICION

Carlos Pareja-Aureliano Rodriguez Larreta

cuadernos del clae 50

LOS PARTIDOS POLITICOS EN EL RIO DE LA PLATA (1890-1930)

**SISTEMA POLITICO
Y SISTEMA PARTIDARIO
EN ARGENTINA Y URUGUAY**
María Grossi

**LA CONSTRUCCION DEL
IMAGINARIO LIBERAL
EN URUGUAY**
Francisco Panizza

**PARTIDOS, ESTADO Y SOCIEDAD
EN LA ARGENTINA RADICAL**
Waldo Ansaldi

**LA PARTIDOCRACIA
URUGUAYA
EN BUSCA DE UN ESPEJO**
Gerardo Caetano - José Rilla

**LOS SOCIALISTAS
Y EL REGIMEN OLIGARQUICO
EN ARGENTINA**

Ricardo Falcón - Agustina Prieto

**LA PRIMERA DEMOCRACIA
CRISTIANA
EN ARGENTINA Y URUGUAY**
Carlos Zubillaga

**EL REGIMEN MUNICIPAL
ARGENTINO FRENTE
A LA DEMOCRATIZACION**
Marcela Ternavasio

**SUFRAGIO LIBRE Y
CUESTION SOCIAL
EN ARGENTINA**
Marta Bonaudo - Elida Sonzogni

INDICE DE *cuadernos* 1 - 50

Director fundador
CARLOS QUIJANO

CONSEJO EDITORIAL
Arturo ardao, Fernando
Fajnzylber (Chile), Juan Carlos
Onetti, Omar Prego,
Teresa Quijano, Augusto Roa
Bastos, Jaime Ros (México)

**DIRECTORES
RESPONSABLES**

José Manuel Quijano
Mercedes Quijano

CONSEJO DE REDACCION

Hugo Achugar, Rodrigo
Arocena, María Esther Gilio,
María Angélica Petit,
Eusebio Rodríguez Gigena,
Judith Sutz,
Carmen Tornaría,
Ricardo Urioste.

COLABORADORES
Enrique Cárpena, Eduardo
Jacobs, Jaime Estévez, Adolfo
Gilly, Eduardo Milán, Juan
Carlos Pla, Maluza Stein.

REDACTORA RESPONSABLE
Mercedes Quijano Capurro
Guayaquí 3385, piso 9.

SOMBRA S NADA M Á S

¿GOBIERNO DE COALICIÓN
O GOBIERNO DE COLISIÓN?



Composición y armado: editorial Salamandra, Piedras 524, 95.80.04, impresión: Impresora Polo Ltda. Distribuidores Hebert Berriel y Nery Martínez, 90.51.55 y distribuidora Canaima, 50.64.23. Permiso del Ministerior de Educación y Cultura, carpeta N°96, año 85, Inc.2.417. Permiso del Ministerio de Economía y Finanzas 63.908,1-2.439. Matrícula de Industria, depósito legal 205.067/87.

Sumario

La segunda ocupación de Panamá Gonzalo Varela	3
La utopía subvertida Norberto Bobbio	9
Forum con el presidente electo Luis Alberto Lacalle	11
Vicios políticos y virtudes secretas Carlos Pareja	27
Una votación por la reforma política Aureliano Rodríguez Larreta	39
Perú: democracia y faccionalismo político César Aguiar	47
La poética del tango Antonio Marimón	54

Las ilustraciones de interiores son de Oski. La ilustración de portada es de Osvaldo Cibils.

La segunda ocupación de Panamá

Gonzalo Varela

Al sentar el precedente de que sus enemigos políticos sean juzgados como delincuentes comunes, los Estados Unidos se abrogan el derecho de capturar y conducir prisionero a su territorio a quien se rebela en las riberas de su Mare Nostrum.

Al disolver al ejército panameño, como ya hiciera en 1903, y al reestructurar al Estado de este país, confirman su voluntad de seguir reinando en esta zona como en un patio trasero. Asombra, en contraparte, la impunidad de las grandes potencias.

Hace apenas dos décadas los mismos Estados Unidos pagaban muy caro, ante la opinión pública mundial, su intervención en el sudeste asiático.

Un aislamiento diplomático no menos fuerte costó a la URSS la intervención en Afganistán.

Pero a partir de la incursión británica en las Malvinas, la invasión de Granada

y el bombardeo de Trípoli, sin perjuicio de las condenas de rigor, acaba por imperar la lógica del vencedor.

CUADERNOS DE MARCHA

Por qué intervienen los Estados Unidos

Cuatro son las razones expresamente invocadas por George Bush para justificar la invasión: la protección de los ciudadanos estadounidenses residentes en Panamá; el restablecimiento de las instituciones democráticas; la salvaguardia de los tratados del Canal; y la captura del general Manuel Antonio Noriega a quien acusa de connivencia con el narcotráfico.

Ninguna de ellas resiste al análisis. La protección de vidas de conciudadanos es un viejo argumento que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. La afirmación de las instituciones democráticas en América Latina sin duda ha sido una preocupación constante de importantes sectores políticos estadounidenses, pero la Casa Blanca tradicionalmente la ha sujetado al principio pragmático de que más valen los intereses y la seguridad de los Estados Unidos. Los tratados canaleros, que supuestamente deberían consolidar la soberanía panameña, mal pueden ser servidos mediante el aumento del número de tropas extranjeras en el país, la extensión de su mandato más allá de la Zona del Canal, y la probable marcha atrás en la promesa de desmantelamiento total de las bases norteamericanas. En cuanto al narcotráfico, independientemente de la solidez de los cargos formulados a Noriega, si de ello se tratara habría razones de sobra para derrocar a una buena cantidad de gobiernos latinoamericanos y para apresar a infinidad de políticos y funcionarios.

De modo que las verdaderas motivaciones de Estados Unidos son otras; examinemos algunas posibilidades.

1) La crisis de las relaciones con Noriega. El general ilustra en su historia personal la ambivalencia frecuente de los militares latinoamericanos, ubicados a medio camino entre el nacionalismo y la búsqueda del ansiado vínculo preferencial con Washington. Entrenado por los Estados Unidos, egresó con las mejores calificaciones; por otra parte fue un oficial leal a Omar Torrijos, a quien respaldó contra un intento de golpe de estado a fines de los años sesenta. Encargado luego de dirigir operaciones de inteligencia, trabajó junto a la CIA y otras agencias, cooperando entre otras cosas en la represión del narcotráfico. Pero tras la muerte de Torrijos y la renuncia de su

sucesor al frente de la Guardia Nacional, Rubén Darío Paredes, se convirtió en el hombre fuerte de un régimen volcado en contra de los intereses norteamericanos y con sólidos lazos de amistad con Cuba y Nicaragua. Estados Unidos lo considera un traidor, sobre todo a partir de un controvertido incidente habido a principios de la década, cuando Noriega exhibió al mundo una trampa ideada por el entonces secretario de Estado, el general Alexander Haig, con la finalidad de involucrar a Nicaragua en el tráfico de armas hacia la guerrilla salvadoreña. Sin duda este factor personal de irritación es muy importante, no tanto por razones psicológicas, sino porque los Estados Unidos quieren demostrar que son capaces de castigar en forma ejemplarizante a sus aliados renuentes o contumaces. Pero por sí solo no puede explicar una operación militar de tal envergadura.

2) La cuestión del Canal. Los Estados Unidos están obligados, por el tratado Carter-Torrijos de 1977, a devolver el Canal a la soberanía panameña en el año 2000, cumpliendo entre tanto con algunas etapas de desmilitarización y coadministración de la Zona. Es dudoso, mediando la firma de un instrumento formal, que el gobierno norteamericano se pudiera deshacer por completo del compromiso. Si bien la enmienda De Concini y el Tratado de Neutralidad (que forma parte de los tratados canaleros) ya han dejado a salvo la posibilidad de que los Estados Unidos intervengan militarmente en Panamá, al gobierno norteamericano le preocupa algo más: no tanto si va a entregar el canal, sino a quién se lo va a entregar. La eventual desmilitarización de la Zona, seguida de la transferencia de su administración a un gobierno hostil, supone debilitar en el Caribe al triángulo militar conformado por Puerto Rico, Guantánamo y la Zona del Canal, en beneficio del triángulo diplomático formado por La Habana, Managua y el Panamá de Noriega, produciendo cierta descompensación de las posiciones de fuerza estadounidenses.

3) La rivalidad con otras potencias. *Perestroika* aparte, por el momento la principal preocupación de los Estados Unidos en este sentido sigue siendo la Unión Soviética. Pero ésta tiene demasiados problemas en su casa como para soñar con inmiscuirse en el área caribeña. Basta con imaginar los efectos que podría tener una intervención

velada de los Estados Unidos en las zonas volátiles del Báltico o Asia Central, para comprender que la Unión Soviética no está dispuesta a arriesgar sus actuales buenas relaciones con la Casa Blanca por prestarle apoyo a Panamá. Por el contrario, independientemente de que el tema haya sido o no tocado en la reciente cumbre del Mediterráneo, no es forzado admitir que está operando un acuerdo tácito o expreso de las dos superpotencias de no interferir en sus respectivas esferas de influencia, que habría asegurado a Estados Unidos en su intención de intervenir militarmente en Panamá.

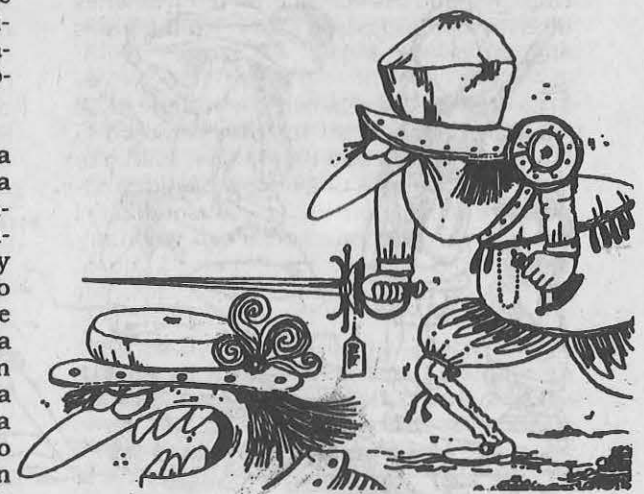
Otro asunto sería el de la rivalidad con una potencia no política sino económica como Japón, al parecer dispuesta a tomar cartas en el control del tráfico del istmo. En principio resulta descabellado exponer este elemento como causa última del designio norteamericano. Si se tratara de contrarrestar con medidas militares la pujante competencia japonesa, los Estados Unidos, además de invadir Panamá, deberían declarar una guerra generalizada e imponer el estado de sitio en su propio territorio. No obstante, puede considerarse este factor como causa concurrente. Sabido es que Japón, impedido por el tratado de paz de constituirse en potencia militar y política, suele mostrarse por ello mismo poco prejuzgado en materia política, dado que busca socios y no aliados. Así fue como en el Perú de Velasco Alvarado los inversionistas japoneses aprovecharon la brecha dejada por los capitales estadounidenses en retirada. De modo que, si bien la presencia de Japón no parece ser en sí misma una argumento plausible para la intervención, sí es posible que lo fuera la perspectiva del fortalecimiento de un gobierno panameño enfrentado a Estados Unidos y consolidado económicamente por el aporte japonés.

4) Otro elemento a tener en cuenta, pese a que ha sido poco mencionado, es el de la presión interna sobre el gobierno norteamericano. Ciertamente ella ha sido estimulada por las propias posturas de Reagan y Bush, pero no es menos cierto que, salvo excepciones como la del reverendo Jesse Jackson, en los partidos dominantes y en la opinión pública norteamericana existe un fuerte consenso anti-Noriega y a favor de la invasión, en una medida como nunca la ha habido respecto de la injerencia en Cuba o Nicaragua. Este es un hecho importante en un sistema político en que las decisiones a

menudo se toman midiendo más las repercusiones internas que las externas. Dentro de esta lógica, el intento de golpe de estado contra Noriega en octubre de 1989, cuyo fracaso fue atribuido a la falta de un apoyo estadounidense más decidido, hizo quedar a Bush ante ojos conservadores como débil y timorato, desafiándolo en reparación a adoptar medidas extremas.

5) Finalmente está la geopolítica centroamericana. La ocupación de Panamá no es necesariamente el prelude de una operación similar en El Salvador y Nicaragua, pero tal eventualidad no puede ser en absoluto descartada. La intervención permite, del punto de vista de los intereses norteamericanos, poner coto a la extensión del conflicto, liquidar un aliado de Nicaragua y, en términos generales, demostrar que los Estados Unidos están dispuestos a llegar hasta el final para poner orden en su retaguardia.

En suma, del conjunto de causas surge que la invasión ha sido guiada por el objetivo, en primer lugar, de dismantelar a un régimen adverso, en segundo lugar, de reestructurar el sistema político panameño en función de hacerlo aceptable y seguro para los Estados Unidos en vista de la entrega del Canal y, en tercer lugar, de reafirmar la posición norteamericana en Centroamérica. Dentro de este panorama, la personalización del conflicto en Noriega no es un dato menor. El castigo ejemplarizante a un aliado infiel sirve de advertencia contra las veleidades nacionalistas de civiles o militares en América Latina.



El síndrome de Vietnam

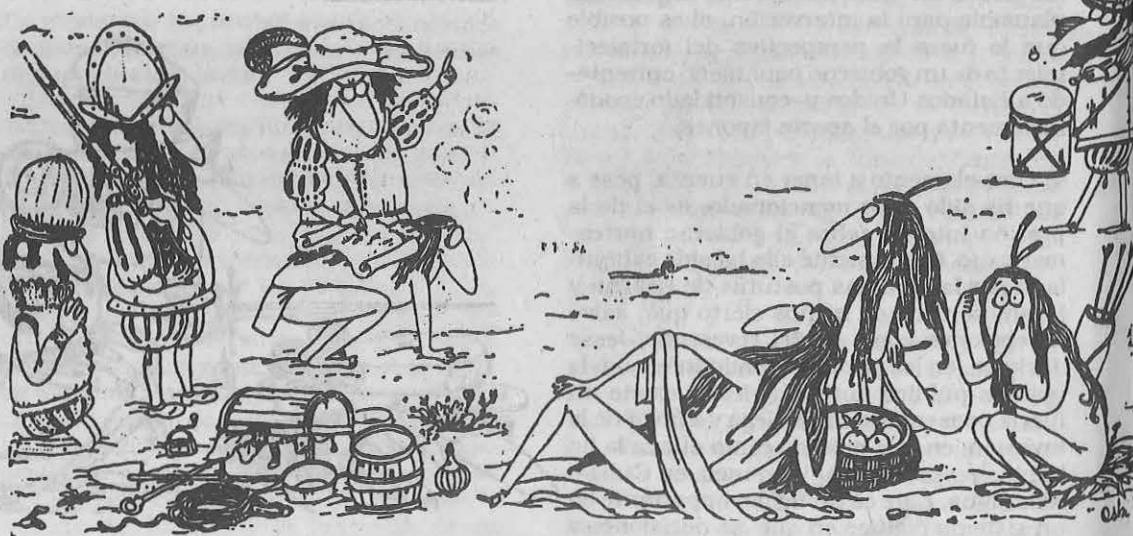
A partir de Vietnam, los Estados Unidos se han cuidado de involucrarse en acciones indiscriminadas que pudieran conducir al empantanamiento. La presente invasión sigue por ello un patrón similar al de Granada en 1983. En ambos casos el manejo de la crisis se da mediante una operación sino estrictamente "quirúrgica", al menos calculada de modo de minimizar riesgos. Se trata de países de escaso territorio y reducida población. Del punto de vista político, las disensiones internas proveyeron en los dos casos no sólo un pretexto para el desembarco, sino también un punto de apoyo para controlar la situación.

En Panamá, la mayor debilidad de los gobiernos sostenidos por la Guardia Nacional (rebautizada en 1983 como Fuerzas de Defensa de Panamá o FDP) fue la fallida transición hacia una normalización del sistema político, un problema que se arrastraba desde la época de Torrijos. Muerto éste se acentuó el pretorianismo, al punto de que media docena de presidentes se turnaron en el poder formal en un lapso de pocos años. Como árbitro de la situación, Noriega no fue capaz de hallar una solución ni de retirarse a tiempo. Por sobre todo, la anulación del proceso electoral en mayo de 1989, cuando la oposición llevaba las de ganar, no sólo quitó al régimen todo viso de legitimidad, intensificando su aislamiento diplomático, sino que contribuyó a realzar la responsabilidad del general, convertido en señuelo de la política norteamericana.

Otro factor acumulado fue el de que Noriega se hubiera malquistado con sectores del torrijismo, como lo indica el alejamiento de José de Jesús Martínez, el sospechoso asesinato de Hugo Spadafora y la ruptura con el segundo hombre de las FDP, el coronel Roberto Díaz Herrera.

No obstante, la invasión estadounidense, además de renovar viejos agravios, afecta a todos los panameños y amenaza a la supervivencia del país. ¿Por qué no ha encontrado una respuesta más prolongada? Los Estados Unidos no son los únicos en pensar que la situación de Vietnam podría repetirse, pero hay razones para que ello no sea siempre así.

Militarmente la fortaleza de Vietnam dependió de una segura retaguardia conformada por China (y en última instancia por la Unión Soviética) y de un abastecimiento ilimitado en armas y otros recursos que provenía igualmente de China y la Unión Soviética. Lo que es más importante, a partir de la invasión japonesa durante la segunda guerra, en Vietnam se había producido una popularización del arte de la guerra que permitía al país contar con uno de los mejores cuerpos de infantería del mundo, en una conflagración en que el arma decisiva era precisamente la infantería. En este terreno, las fuerzas vietnamitas regulares e irregulares se hallaban en una relación de paridad cuando no de superioridad con los Estados Unidos, que se vieron en la alternativa de replegarse o de aceptar la responsabilidad de una nueva hecatom-



ENERO 1990

be nuclear. No es comparable la situación de Panamá, que cuenta con una población inexperta en lo militar, y con un territorio reducido y sin salidas, ampliamente conocido por el ejército estadounidense que opera en el área desde hace tres cuartos de siglo.

Pero el aspecto militar no explica todo. Las razones políticas y económicas son más decisivas. En primer lugar está la fragilidad ya señalada del régimen montado por la Guardia Nacional que -como suele suceder a los sistemas controlados por fuerzas armadas convencionales- más allá de las apariencias y de los discursos no induce a una politización ni a una movilización de la índole de las que se encuentran en la base de los fenómenos revolucionarios y de las resistencias masivas a las injerencias coloniales. Además, a diferencia de Nicaragua o El Salvador, Panamá tiene una estructura socioeconómica conformada en un 70% por un sector de servicios muy integrado a la economía mundial y especialmente a la norteamericana. (Pléñese que los dos núcleos fuertes de la economía panameña son la Zona del Canal y el Centro Financiero Internacional). Ello hace que una gran parte de la población goce de expectativas laborales, patrones de consumo y perspectivas culturales muy dependientes del *american way of life*. La conversión de este tipo de semicolonias (como es también Puerto Rico) en un moderno enclave transnacional, hace más que dudosa la viabilidad de una guerra prolongada como las sostenidas en el Extremo Oriente (y hoy día en El Salvador) por una base tradicional campesina económicamente autárquica.

Conclusión

¿Qué le cabe esperar a Panamá? Mirando otra vez a Granada es de suponer que los Estados Unidos buscarían asentar la situación política en el mediano plazo, procediendo entre tanto a un retiro gradual de tropas. Pero hay varias especificidades que nos hacen presumir un desenlace con variantes. La principal es la de la importancia que reviste el país por su ubicación en la convulsionada región centroamericana, que puede mover a la Casa Blanca a preservar el enclave militar, ya sea por la vía de los hechos o por alguna suerte de modificación de los tratados canaleros. También juega la evolución del proceso político interno: no es claro si el nacionalismo panameño quedará aplastado o si resurgirá en breve. El presidente impuesto, Guillermo Endara, tenía antes de la invasión un fuerte apoyo del electorado y la simpatía de los empresarios y la iglesia católica, mas no sabemos si tras haber aceptado ser ungido por un ejército extranjero seguirá contando con el mismo respaldo. El hecho de que su mandato tenga carácter de definitividad y no de interinato previo a la convocatoria a elecciones, hace suponer que los Estados Unidos no sólo quieren convalidar aquello que Noriega anuló, sino también evitar, al menos por ahora, una competencia de partidos que pudiera traerle nuevas sorpresas, y que apuesta a la consolidación de un régimen subordinado. Pero si bien no es plausible que se reinicie una dinámica como la que dio origen al torrijismo (entre otras cosas porque ya no existen las fuerzas armadas de Panamá) tampoco parece viable la vuelta de una política a la antigua. La oscilación entre los partidos oligárquicos y el pretorianismo populista queda definitivamente atrás y se inicia una etapa de reconstrucción del sistema político. Pero ello no sucede por decisión panameña; el Hermano Mayor tiene una vez más el voto calificado, en este segundo rapto de Panamá.



* No fueron muy distintos los motivos que condicionaron la retirada soviética de Afganistán. Allí también la guerrilla se beneficiaba de una retaguardia segura en Pakistán, de un aprovisionamiento masivo por parte de los Estados Unidos, y de un conocimiento ancestral del arte de la guerra.

CUADERNOS DE MARCHA

EN CARNAVAL TAMBIEN GANA LA 30

Viva el Carnaval con el estilo diferente de la 30. Transmisión en directo desde el Teatro de Verano del Concurso Oficial de agrupaciones, entrevistas a los conjuntos, la opinión de la gente, historias del carnaval y la emoción de los premios finales. En Carnaval, también gana la 30.

PASE EL VERANO CON LA 30.



la radio

La catástrofe del comunismo histórico, del comunismo como un movimiento mundial, nacido de la Revolución Soviética, que prometía la emancipación de los despojados y oprimidos, de los "desposeídos de la tierra", es un hecho unánimemente evidente. El proceso de descomposición se acelera continuamente, más allá de cualquier posible predicción, aunque aún no indica el fin de los regímenes comunistas, que pueden todavía perdurar y encontrar nuevas fuerzas para sobrevivir un buen tiempo. En Hungría, hace más de treinta años, se presentó la primera gran crisis de un estado comunista y el régimen aún no se desplomó. También en este aspecto es prudente no hacer predicciones.

Pero sí es innegable, no obstante, el fracaso no sólo de los regímenes comunistas sino también de la revolución inspirada en la ideología comunista, la ideología que proponía la transformación radical de una sociedad considerada injusta y opresiva en una sociedad muy diferente, libre y justa. El significado sin precedentes del drama que se desarrolla ante nuestros ojos no es la crisis de un régimen o la derrota de un gran poder invisible, sino la subversión, de manera que parece irreversible, de la mayor utopía política en la historia (no incluyo las utopías religiosas), en exactamente su opuesto. Esta utopía que durante por lo menos un siglo fascinó a los filósofos, escritores y poetas (recuérdese el 'cantando al mañana' de Gabriel Pery); que instigó y movilizó a enormes masas de desposeídos a la acción violenta; que condujo a hombres de alto sentido moral a sacrificar sus vidas, a enfrentar la prisión, el exilio y los campos de exterminio; y cuyas fuerzas de liberación tanto material como espiritual, fueron en su momento irresistibles, desde el ejército rojo soviético a la larga marcha de Mao, desde la conquista del poder por un grupo de hombres intrépidos en Cuba a la desesperada lucha del pueblo de Vietnam contra la mayor potencia mundial. En uno de sus escritos de juventud -¿cómo no recordarlo?- Marx definió al comunismo como "la solución del enigma de la historia".

Ninguna de las ciudades ideales que describieron los filósofos era modelos destinados a convertirse en realidad. Platón sabía que la república ideal que discutía con sus amigos no estaba destinada a existir en lugar alguna de la tierra; era una verdad, como Glauco le dijo a Sócrates, sólo "en

La utopía subvertida

Norberto Bobbio

nuestras palabras". Pero la primera utopía que intentó entrar en la historia, pasar del reino de las "palabras" al de los hechos, no sólo se hizo realidad sino que se ha convertido, ya casi se ha convertido, en los países donde fue puesta a prueba, en algo mucho más parecido a esas utopías negativas que hasta hace poco sólo existían en las palabras: recuérdese la novela de Orwell.

La mejor prueba del fracaso es que todos aquellos que se han rebelado en estos años, y con particular energía en los últimos días, han reclamado precisamente el reconocimiento de los derechos de libertad que son

*Extraído de la revista New Left Review, Nº 177 setiembre-octubre 1989.

el primer prerrequisito de la democracia; no los derechos, tengáse en cuenta, de la democracia popular o "progresista" o como quiera llamárseles para distinguirlos y ensalzarlos respecto a los de nuestras democracias, sino precisamente los derechos de la democracia que sólo podemos calificar de "liberal", que surgieron y se consolidaron mediante las lentas y arduas conquistas de algunas libertades básicas. Me refiero, en particular, a las cuatro grandes libertades del hombre moderno: la libertad individual o el derecho a no ser encarcelado arbitrariamente y a ser juzgado de acuerdo a normas penales y judiciales definidas previa y claramente; la libertad de prensa y de opinión; la libertad de reunión, que fue conquistada pacíficamente, e impugnada, en la plaza Tiananmen; y por último -la más difícil de lograr- la libertad de asociación que generó a los sindicatos libres y a los partidos políticos y con ellos a la sociedad pluralista sin la cual la democracia no existe. La culminación de este largo proceso secular fue la libertad política, o el derecho de todos los ciudadanos a participar en las decisiones colectivas que los involucran.

La fuerza explosiva y en apariencia irreprimible del movimiento popular que estremece a los regímenes comunistas, radica en el hecho de que ahora se reclaman al unísono estas grandes libertades. En Europa el estatuto de las libertades se conquistó después de las normas constitucionales, la democracia después de las libertades. Pero ahora en el mundo comunista la gente reclama simultáneamente las normas constitucionales, las libertades, la democracia. Los estudiantes chinos, en uno de sus documentos, declararon que peleaban por la democracia, la libertad y la ley. Una situación semejante es objetivamente revolucionaria. Pero si no puede tener una salida revolucionaria -como parece ser el caso en todos los países comunistas- la resolución sólo puede ser gradual -Polonia parece ser el caso más avanzado- o contra-



revolucionaria como en China, salvo que desemboque en la guerra civil, esa forma histórica tan conocida del fracaso de las revoluciones imposibles.

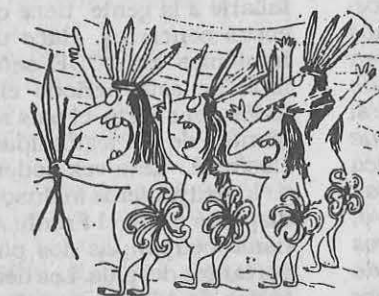
La conquista de la libertad del mundo moderno -si y en cuanto es posible- tiene que ser el punto de partida para los países de la utopía subvertida. ¿Pero para ir hacia dónde? Y hago esta pregunta porque el logro de todas las libertades democráticas no es suficiente para resolver los problemas que hicieron nacer los movimientos proletarios en los países que se embarcaron en una industrialización salvaje y mas tarde "la esperanza de la revolución" en el campesinado marginado del Tercer Mundo. Los desposeídos y desamparados aún están condenados a vivir en un mundo de terribles injusticias, triturados por inalcanzables y aparentemente inamovibles magnates económicos, de los cuales casi siempre dependen las autoridades políticas. En ese mundo, la idea de que la esperanza de la revolución ha perimido, de que se ha agotado porque la utopía comunista fracasó, es demasiado evidente como para no percibirla.

¿Pueden las democracias que gobiernan a los países más ricos del mundo resolver los problemas que no ha logrado solucionar el comunismo? Esa es la pregunta. El comunismo histórico ha fracasado, no lo niego. Pero los problemas permanecen, los mismos problemas que señalé e intenté resolver la utopía comunista, y que ahora existen o existirán a escala mundial. Por eso sería insensato alegrarse y restregarse las manos diciendo: "Siempre lo dijimos". ¿Es que realmente se piensa que el fin del comunismo histórico (subrayo la palabra "histórico") ha terminado con la pobreza y la sed de justicia? En nuestro mundo dos tercios de la sociedad vive y prospera sin tener nada que temer del tercio restante de pobres diablos. Pero es bueno tener en mente que en el resto del mundo, dos tercios (o cuatro quintos o nueve décimos) de la sociedad es marginal.

La democracia, admitámoslo, ha superado el desafío que le planteó el comunismo histórico. Pero qué medios y qué ideales tiene para responder a los problemas reales que dieron origen al desafío comunista.

"Ahora que ya no existen los bárbaros", dice el poeta, "¿qué será de nosotros sin los bárbaros?"

ENERO 1990



Forum

Con el presidente electo Luis Alberto Lacalle

Fórum es un grupo permanente de científicos sociales y periodistas uruguayos que se reúnen una vez al mes para discutir la agenda política del país. Intenta establecer el vínculo entre la noticia del momento y las tendencias políticas de mediano y largo plazo. Políticamente no alineado el proyecto que cuenta con el auspicio de FESUR, responde a la idea de aportar al proceso de democratización mediante un espacio de reflexión y diálogo independientes. Lo integran: Césa Aguiar, Rodrigo Arocena, Lil Bettina Chouhy, Tomás Linn, Francisco Panizza, Graziano Pascale, José M. Quijano, Carlos Zubillaga. La coordinadora del proyecto es Lil Bettina Chouhy. Por sugerencia de todos los integrantes de Fórum, *Cuadernos de Marcha* publicará cada mes una síntesis de los debates. Al hacerlo en un acuerdo periodístico que es mutuamente gratuito, *Cuadernos de Marcha* quiere contribuir a una abierto intercambio de ideas.

vitados en esta oportunidad a participara en el grupo Fórum: Agustín Canzani y Javier Gallardo

CUADERNOS DE MARCHA

Chouhy. Damos la bienvenida al presidente electo doctor Luis Alberto Lacalle. Agradecemos mucho su presencia y el tiempo que nos dedica. Le felicitamos por su triunfo en nombre de todo el grupo. Recordamos que hace dos años y poco aquí en Fórum no sé si anunciaba pero de alguna manera decía que tenía por delante una oportunidad histórica y que esperaba que la providencia y otras cosas le permitieran estar donde está ahora, siendo el presidente electo de todos nosotros los uruguayos. Tuvimos la suerte de tenerlo en aquel momento, tenemos la suerte mayor todavía de tenerlo hoy aquí. A partir de este momento y aprovechando que ahora es presidente y tiene menos tiempo. Preguntémos.

Lacalle. Y puedo decir menos cosas. No es la crónica de una victoria largamente anunciada, pero los pasos fueron dados bien a los ojos de todo el mundo, alguno los interpretó con más agudeza que otros. Creo que Tomás fue el que lo vio con más tiempo, con más premonición, será el espíritu irlandés, proclive a todas las brujerías. Ahora *tirez sur le pianiste*.

Martorelli. Voy a empezar con una pregunta muy general, el doctor Lacalle ha recorrido la República desde hace bastante tiempo, ha andado por los pueblos, conversado con la gente, está ahora haciendo una ronda trabajosa de conversaciones con diversos sectores, me gustaría preguntarle en términos bien generales, qué percepción tiene del estado de ánimo de la República. A ojo de buen cubero, pregunto, hay optimismo, pesimismo, desconfianza, espíritu de participación, espíritu reticente, en el conjunto de la gente.

Lacalle. Diría que hubo un electorado, o sea una población mucho más reticente a los enamoramientos. La actitud general del votante era cicatera, cuestionante, no dispuesto a regalar el voto al primero que le dijera palabras lindas. Esto debe explicar cuanto duraron los indecisos y la movilidad horizontal que hubo, y que creo ha sido enorme. Contemporáneamente a la campaña electoral y posteriormente a la elección hay otro espíritu que captamos en todos los sectores, tanto los geográficos como los estamentarios que también los hemos ido viendo antes y después. Podría describirlo como un hambre de que la cosas marchen bien. Creo que el país tiene la sensación de que esta oportunidad guber-

nativa, más allá de su titular, no puede fallarle a la gente, tiene que responder con cosas concretas. Hace unos días cuando hablamos en ACDE señalábamos que al final de este período electoral, como de todos por suerte, el país se envanece, sanamente, de la legitimidad de su proceso electoral. Esta vez podemos decir delante de los extranjeros incluso que dos cosas tan dispares como el Frente Amplio y el Herreísmo ocupan las dos posiciones más importantes del país. Les decía yo a los empresarios de ACDE que esta legitimidad si no da el próximo paso, que es agrandar el pan sobre la mesa, va a quedar nada más que en una especie de orgullo vano. La legitimidad de la elección de gobierno no es más que el método; si no hay eficacia en el cumplimiento de determinadas metas la legitimidad no alcanza para comer y un buen día desaparece. Creo que hoy la gente está colocada en el borde de este gobierno pidiéndole que haga cosas, seguramente no todos piensan en las mismas cosas; pero me atrevería a hacer un poco de augur: quizás hasta los que saben que podemos llegar a hacer cosas que no les va a gustar, prefieren que pasen cosas concretas antes de que sigamos en esta medianía de la administración y de ir la llevando, como decimos tantas veces en nuestro idioma vernáculo.

Chouhy. De alguna manera lo que estaba señalando Canzani, un poco antes de que llegara el doctor Lacalle, era que la gente quería que pasaran cosas y que los cambios fueran rápidos lo que es una responsabilidad muy grande, de aquí en adelante, para el gobierno.

Lacalle. Sin duda.

Arocena. Seguramente otros compañeros le van a hacer preguntas de tipo político-partidario; yo quiero hacerle una más programática. He vuelto a leer con cuidado la Respuesta nacional y he encontrado muchas sugerencias sobre cambios en la educación, sector seguramente muy conflictivo en el país en los últimos tiempos y posiblemente en el futuro. Quizás lo que queda menos claro en ese documento son los caminos de la reforma de la educación, el grado de participación de los diversos sectores sociales, sobre ese tema me gustaría conocer su opinión.

Lacalle. Toda la actitud del gobierno electo, como creo que ha quedado notoriamente

plasmado en lo que se ve en este ámbito del hotel, ha estado presidida también por ese doble andarivel en que nos propusimos trabajar en el encabezamiento de la propuesta nacional. En el campo político, la coalición política como método de hacer un gobierno eficaz, legislativamente eficaz, con respaldo parlamentario, cumpliendo con pragmáticas constitucionales, no desarrolladas pero que allí están. Paralelamente la coincidencia social, es decir, la apelación a los cuerpos intermedios de la sociedad en quienes creemos que podemos encontrar las cadenas transmisoras, en un sentido receptivo o emisor de ideas hacia la sociedad política. Siempre aclarando como lo hemos hecho delante de maestros, profesores, Cámara de Industrias, etcétera, que no es la corporativización del poder sino todo lo contrario; simplemente reconocer que el poder político nacido de la legitimidad del voto no va a ceder un milímetro en el cumplimiento de sus facultades a nadie, a ningún sector. Aplicando esto a la educación no va a haber otra participación que la consulta. Que quede bien claro que las normas que se van a aplicar, con alguna modificación son las que están vigentes. El control del poder político sobre el sistema educativo mejorado, en el sentido de que estén mejor distribuidas las competencias del CODICEN y los consejos que bajo él funcionan. Establecer mejor las jerarquías para evitar estas contiendas de competencia que fueron tan notorias entre Pivel y los consejos. En los temas de los planes, que es donde realmente se produce la revolución educativa porque no es tanto quien la gobierna, sino qué planes se van a establecer, allí sí, lo que se llama en España la legislación consensuada. No el acto de úkase sobre el sistema docente y el alumnado sin consultar, pero sí consulta y nada más, no una participación en la que se pueda decir que existe una zona gris, en la que el gobierno abdica de su condición de gobernante. Va a ser un gobierno de orejas grandes y boca chica, va a escuchar. Primero es mi estilo. Así he actuado durante toda una vida, no lo puedo cambiar. Y segundo porque creo que en ese tema las asambleas de profesores, la experiencia del profesor en tanto ejecutor de la política es importante. En ningún caso como en este es necesario obtener la aquiescencia, la predisposición por lo menos genérica hacia las reformas. Si los profesores no son consultados y de entrada están en la retransa es muy poco probable que los planes se puedan efectiv-

zar. Tu decías, Arocena, que es una zona conflictiva, yo encuentro que si la ponemos en su perspectiva razonable no es conflictiva. Es conflictiva si entramos en el tema ideológico. Entonces ahí sí quienes están en la educación pero con una teleología de cumplimiento de una ulterioridad en materia de sus ideas equis, estos sí se van a oponer, porque nosotros queremos la reafirmación de determinados valores que son propios de la civilización judeo-cristiana a la que pertenecemos. Consideramos que la crisis del sistema educativo tiene dos aspectos, no enseña ni fomenta valores sin los cuales el hombre y la mujer son como naves carentes de brújula, ni da idoneidades para la vida real que es su función específica y pragmática. Si nos mantenemos en estos dos temas, podemos discutir sobre los valores, es decir habrá quien diga que le valor patria no es un valor aceptable, creo que para todos nosotros lo es. Los valores de solidaridad, familia, respeto por la personalidad ajena, respeto por la propiedad ajena, orgullo por el trabajo bien hecho, no arrancar un tubo de un teléfono público. Todo eso que forma la escala de valores de lo más grande a lo más pequeño. Nadie puede estar en discrepancia con esto en la sociedad, salvo quien está pensando en el anarquismo, en la caída de todo, pero no creo que hayan demasiados agentes de ese tipo de revolución. En cuanto a los programas, más allá o más acá de qué enseñemos, todos sabemos que tenemos que ir más a la ciencia, a la realidad, más a enseñar cosas relevantes para la vida. Buscando lo bueno y no lo mejor, no creo que sea una cosa conflictiva. Quizás sea un ingenuo todavía a esta altura de mi vida. Me encantaría.

Quijano. Es notorio que el año 1990 será un año complicado desde el punto de vista económico, por lo menos así se perfila. Se termina 1989 con un déficit fiscal importante - hablan del 6%, 7% - con una inflación elevada. Hay por lo menos dos visiones de cómo encarar esto en 1990. La visión del tratamiento de shock, que es una visión que en América Latina la hemos experimentado varias veces desde hace mucho tiempo, y la visión más gradualista con respecto a cómo tratar el problema. Las visiones con respecto al déficit fiscal poniendo más el acento en el gasto, otros poniendo más en acento en la recaudación, en fin. Me gustaría saber cómo ve el presidente electo este tema. ¿Cómo se ve para 1990 manejando una economía que presenta en 1989 y que va a presentar en

1990 una situación por lo menos no demasiado cómoda y fluida.

Lacalle. Nosotros estamos terminando la parte de diagnóstico, porque recién estamos teniendo acceso a las cifras reales para decir como cierra el ejercicio 1989. A partir de ese momento nos vamos a dar cuenta de la magnitud de las medidas que vamos a tomar, no nos amputamos previamente ninguna de ellas tal cual ha sido siempre también nuestro compromiso. Frente a los problemas tenemos el buen criterio de hombres libres, es decir puede abrirse toda una gama de posibilidades. El plan político-económico no está pronto y no puedo opinar sobre él, simplemente estamos haciendo los primeros bosquejos, porque en función de las cifras es que uno sabe hasta donde tiene que ir. El tema del endeudamiento se ha adelantado algo, pero a esta altura es tan grande el déficit que el arreglo de la deuda es meramente un episodio, de modo que aquello de que arreglamos la deuda y se arregló todo pasó al mundo del pasado. Así que no puedo adelantar nada que no sea que va a ser un programa de gran franqueza. No me gustaría llegar a donde he llegado, con el trabajo que ustedes conocen, muchos de ustedes de cerca, para ser un presidente más o menos. Me gustaría gastar el crédito que tengo en la gente, si es que lo tengo todavía de credibilidad, de relativo afecto, respeto por lo menos creo que lo tengo en todos los agentes políticos, en algo que realmente represente la solución del tema. No para administrar y para irlo llevando, no se compadece con mi carácter ni con el mandato que creemos hemos recibido. Hay que leerlo al mandato.

Chouhy. ¿Cómo lo lee? Usted ya dijo algo...

Lacalle. Queda horrible que lo diga, pero el mandato al Partido Nacional y a Luis Alberto Lacalle es muy claro. Más allá de que se sabía que iba ser minoritario, creo que es un mandato con un alto contenido personal, no me cabe duda de que es así, a la persona y lo que representó. Entonces es donde uno tiene más obligación de ser sincero y menos posibilidades de engañar y de hacer cosas tibias.

Pascale. Uno de los elementos que apuntábamos en nuestra charla previa aludía a si el resultado electoral había que interpretarlo o no como el fin del bipartidismo. Yo decía que el bipartidismo a nivel nacional no había

terminado, pero que a nivel montevideano había tres partidos y a nivel nacional dos partidos y medio. Conjeturaba sobre la posibilidad de que esta fuera la última elección que se realizara en el país con estas reglas electorales. Estas reglas que obligaron a una porción del electorado, sobre todo en Montevideo, a votar solamente para intendente y no para presidente o viceversa, demostrando la necesidad de la gente de moverse con más libertad en el escenario electoral. Me gustaría conocer la opinión del presidente electo sobre este tema.

Lacalle. Fue una opinión adelantada hace dos años, sobre el voto municipal. Sigo creyendo que la collera de cuero crudo que se le pone al votante, que tiene que votar dentro del mismo lema a nivel municipal y nacional, es un absurdo. Las consideraciones que tiene en cuenta un ciudadano, que ejerce un voto reflexivo, para votar o el intendente o el presidente son de categorías distintas y aun lejanas. Por lo tanto no tiene sentido tenerlo acollarado de que tiene que ser blanco con blanco y colorado con colorado. Lo anunciamos cuando pedimos la renuncia del amigo Elizalde en aquel momento, creo que sería una buena idea a incorporar hoy. Estamos preparando un bosquejo de ley constitucional, anunciado también en la Respuesta nacional, no para este tipo de tema, sino para el tema del gasto público y las posibilidades de que el Estado participe en la economía de manera un poco más ágil. Ahora está constreñido por un corsé muy estrecho. Maraña del gasto de contralores previos, y Tribunal de Cuentas le cuestan al país más de 20 millones de dólares por año. No sería mala idea, en aquella cosa muy uruguaya de que ya que estamos, ver si hay ambiente como para separar, cortar ese cordón umbilical y que el ciudadano pueda votar blanco-colorado, frentista-colorado, blanco-frentista, Nuevo Espacio y todas las combinaciones posibles.

Pascale. O sea no separa en el tiempo las elecciones, sino en el lugar.

Lacalle. En el lugar, sí, en el tiempo, fue la primer idea mía y luego la cambié. Si las separáramos en el tiempo, la presión de los gobiernos nacionales sobre elecciones tan fácilmente influenciables, es una contra. Imaginen una elección en Flores, una presión del gobierno nacional mínima pude hacer... En cambio, si las hacemos al mismo

tiempo y se puede votar listas separadas con total independencia, es distinto.

Linn. Usted habla de ley constitucional y no de reforma. ¿Eso es para que las reformas sean bien puntuales, para no hacer una gran reforma?

Lacalle. Si porque a la palabra gran le tengo miedo. Gran plan, gran reforma, gran transformación, creo que hay que ir a dos o tres cosas. Gonzalo Aguirre fue el que tuvo la idea y ahí están especificadas, una de ellas es el control del gasto público, o sea los capítulos que menos se miran cuando se habla de reformas constitucionales, empresas públicas y gastos públicos y Tribunal de Cuentas, son una maraña. El pobre administrador público a veces lleva culpas que provienen de que está atado, de que no puede comprar un destornillador, entonces claro, eso se ve como ineficiencia. El criterio general nuestro ha sido ir del control previo al control de gestión que parece mucho más razonable.

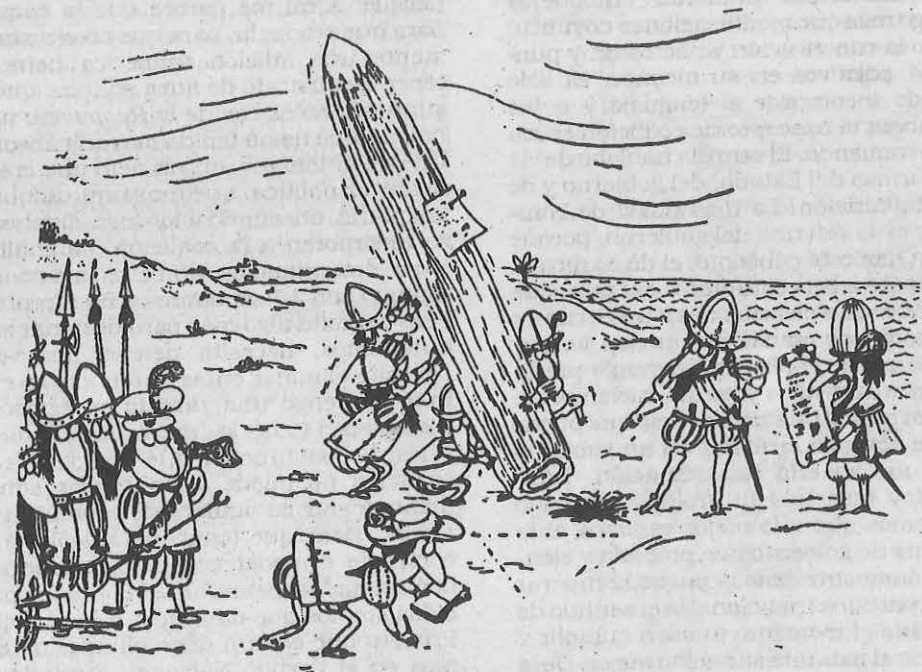
Pascale. Me gustaría hacer una pregunta referida a este tema en el capítulo vinculado a los partidos políticos. Hay el propósito de impulsar una legislación sobre partidos políticos que pueda establecer elección de autoridades o de candidatos por elecciones internas o algún otro tipo de mecanismo.

Lacalle. Puede ser, yo en eso no hago demasiado hincapié, sí lo haría en eliminar la acumulación por sublemas, o sea el triple voto simultáneo. Eso es directamente la tómbola electoral, me parece que además es un semillero de agrupaciones que no tienen razón de ser. Habría que darle más seriedad a la presentación de una lista, en este momento se presenta una lista con cincuenta firmas. La ley institucional de los militares era mucho más seria, implicaba un porcentaje de los votantes del departamento.

Legislación sobre partidos no, salvo que fuera en canje de la legislación sobre los sindicatos. No la veo probable, ni la hemos propuesto. Los partidos somos votantes más democráticos de lo que la gente cree. Elegimos nuestra convención contemporáneamente a la elección. En tren de agregar: eliminar la acumulación por sublemas. Eso me parece una corruptela espantosa que desvirtúa totalmente la representación popular y crea entidades políticas que después son molestas.

Linn. ¿Pero no a la limitación de los candidatos a la presidencia?

Lacalle. Nunca me molestó mucho la ley de doble voto simultáneo. Además ahora estamos todos en la misma, así que...



Chouhy. ¿Con eso de que estamos todos en la misma, usted quiere decir que está de acuerdo con algo que afirmó el vicepresidente electo que el bipartidismo terminó en el país?

Lacalle. No, no. Creo que pasa por un momento crítico. Pero a dos instituciones como el Partido Nacional y el Partido Colorado, que tienen 154 años de edad, no se las puede desechar de un día para otro. Pueden vivir momentos de eclipse pero desecharlos no me parece que esto puede ser el comienzo, pero no me gusta ser tan categórico, me gustan las grandes líneas de la historia, que no se hace en dos líneas.

Quijano. Antes de continuar ¿no comparte usted los análisis que han hecho algunos politólogos con respecto a que hay por lo menos 25 años de ciertos declives de los partidos tradicionales y de ascenso de otras fuerzas políticas en la escena, que parecería que lleva al país a un régimen diferente del bipartidista.

Lacalle. Puede ser, pero no podemos hacer futurología. Dependerá de qué pase con este gobierno. Supongamos un gobierno de coalición muy exitoso, no podemos descartarlo, yo no lo puedo descartar, prestigiaría a los que formaran la coalición, si esta fuera de blancos y colorados. Me gustaría que las fuerzas históricas pudieran entenderse para algo más que modificaciones coyunturales de la constitución y pactos muy puntuales y adjetivos en su alcance. El solo hecho de incorporar al lenguaje y a las costumbres el concepto de coalición es un cambio tremendo. El otro día hablaba de las tres reformas del Estado, del gobierno y de la administración. La más difícil de comprender es la reforma del gobierno, porque significa que este concepto, el de coalición, se incorpore a las costumbres del país, que a posteriori de la elección dos o tres o cuatro partidos que se opusieron puedan formar un gobierno de coalición. Lo vengo predicando hace tres años y no me duelen prendas. Creo que es una experiencia que puede el día de mañana terminar en un gobierno exitoso que revierta esta situación. También estoy haciendo futurología, pero no descartemos que a lo mejor estamos ante una forma de gobierno que probada y siendo medianamente exitosa pueda recuperar para los partidos tradicionales el sentido de que llegado el momento pueden cumplir y entregarle al país una situación mejor. De la

misma manera si fracasara el gobierno de coalición, fracasan los dos juntos, también tiene sus riesgos.

Quijano. ¿El Partido Colorado en este momento está en condiciones, sobre todo en lo que se llamó el Batllismo Unido, de hacer un gobierno de coalición?

Lacalle. A mí no me gusta mucho opinar sobre lo que pasa dentro del Partido Colorado, porque primero no conozco, obviamente por razones ontológicas, los resortes que lo hacen funcionar. Creo que es un partido que tiene una noción muy clara del ejercicio del poder y entonces es mucho más capaz, a mi juicio, de sanar heridas o laudar pleitos en función de la participación en el poder, de lo que nosotros podemos entender desde afuera. Todo está en ver cuál es el punto de equilibrio del Partido Colorado. Todo hace suponer que tiende a que sea Pacheco. O sea, es un juego de esquinillas de tres: el presidente, Batlle y Pacheco que están tratando de hacer las combinaciones de tres que sean posibles. A mí no me cabe juzgarlo, me importan los resultados.

Chouhy. ¿A usted le sería lo mismo un gobierno de coalición con cualquier sector? ¿Cuáles son sus prioridades en cuanto a los partidos y los sectores?

Lacalle. A mí me parece que la coalición para que sea seria, para que no sea simplemente una adición numérica tiene que tener un sustrato de línea política, que por supuesto no es esa de la *Respuesta nacional*, porque no ha tenido mayoría absoluta. Dije de antemano, en un acto que creo de madurez política, que tengo que adobarla, adaptarla, adecuarla a los ingredientes que se incorporen a la coalición. La coalición tiene determinados números mágicos, el mínimo son 16 senadores y 50 diputados. Pero necesita algo más para designar entes autónomos, necesita detener los vetos, necesita eliminar entes autónomos o crear nuevos. Tengo una carpeta en estos momentos con todas las mayorías que hay en nuestra constitución que son varias. La coalición no puede ser entonces simplemente lograr cualquiera de esos números claves. Tiene que tener una teleología. Se comparte el poder con el fin de llegar a determinadas metas, ahí es donde los parecidos son los que dan lugar a la coalición. Primero que común denominador obtenemos en el Partido Nacional. Juntada esa

porción, que común denominador obtenemos en el Partido Colorado, que común denominador con el Nuevo Espacio, que común denominador eventual con el Frente Amplio. Todo eso ha sido lo que hemos conversado en estos días.

Linn. En la idea de que para distintos proyectos se precisen diferentes mayorías ¿no se puede concebir una especie de coalición a distintos niveles, con distintos grados de compromiso?

Lacalle. Sí, pero como están tan imbricadas unas con otras las normas que creo son fundamentales, veo difícil esa posibilidad. Creo que un paquete legislativo de cinco o seis leyes a votar entre el 1 de marzo y el 31 de julio -100 días deben sobrar- puede ser que las mayorías que las aprueben sean mayores, pero no por cualidad sino porque quieran mostrar que están de acuerdo. Hablo de un trocito de legislación mínima. Duplicar la asignación familiar poniendo un techo a quienes son titulares de su cobro, como fue hasta el año 1976. En este momento se da el absurdo de que cobra la misma asignación familiar el Ministro del Interior que el agente de segunda. Esto como medida de urgencia, para paliar ese nivel de pobreza evidente que hay en los salarios menores. Proponemos fijar un techo, alrededor de los 150.000 pesos y duplicar las prestaciones, con los mismos recursos. Es un pequeño auxilio, lo pongo como pequeña medida. Esa estoy seguro que va a contar con la unanimidad de los votos. Señalo este caso para mostrar un ejemplo. Los grandes temas centrales legislativos que los coaligados van a enumerar como objetivos del programa van a ser muy notoriamente distintos de lo que puedan pensar otras fuerzas políticas.

Chouhy. Por ejemplo. ¿Cuáles serían los otros?

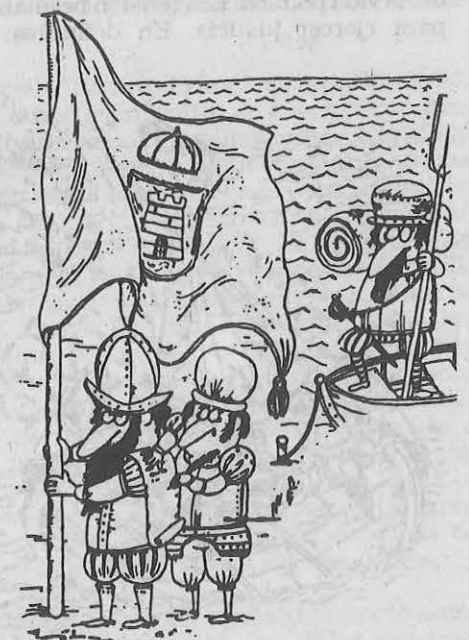
Lacalle. El tema empresas públicas es muy difícil que lo veamos en forma pareja con el Frente Amplio y quienes tenemos posibilidades de hacer una coalición. Querría terminar con el tema si uno se sacara el gusto en la vida, que se lo saca muy pocas veces.

Chouhy. Ganando las elecciones se lo sacó.

Lacalle. Ganando las elecciones me lo saqué y no es poco Pero no me di cuenta, lo tenía que haber saboreado más. Fue tan

rápido... Volviendo al tema. Si me sacara el gusto de hacer la coalición como me parece que debería hacerse, concluiría con un documento en el que acordara con los coaligados alrededor de una mesa como esta. Punto primero se integrara el gabinete de la siguiente manera; punto segundo se procederá a impulsar las siguientes leyes, no detalladas por artículo pero sí con una breve descripción, las cuatro o cinco disposiciones fundamentales; se apoyará una política económica; y se llegará a un presupuesto de tales características. Me parece que eso forma el paquete, no es solamente el gabinete, no es solamente las leyes, no es solamente el apoyo a la política económica, no es solamente el presupuesto, son esos cuatro puntos convertidos en un acuerdo político, eso sería si yo lo hiciera a mi placer o a mi gusto, o a mi entender.

Gallardo. Recuerdo que en el año en que se inicia el gobierno de Sanguinetti uno de los puntos por los cuales los eventuales coaligantes desestimaron participar en el gobierno tenía que ver precisamente con la política económica. Ahí fue el punto en donde el Partido Colorado aparentemente no transó, o por lo menos así lo vieron los otros actores y se generaron las distancias, pienso que puede ocurrir algo similar ahora. ¿La articulación de la política económica a partir de la propuesta del Herrerismo hasta donde puede llegar?



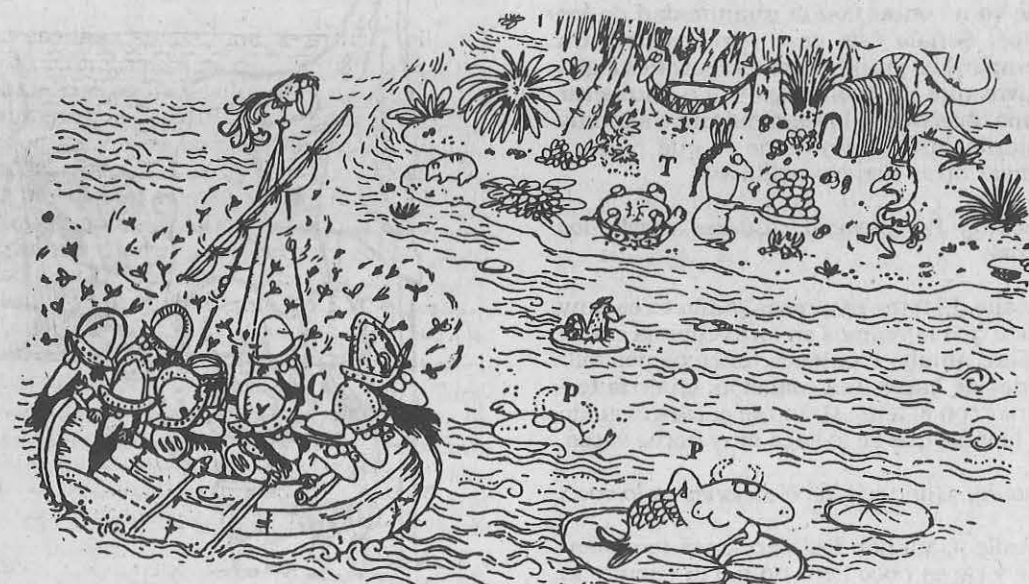
Lacalle. Sí, ese es el trabajo que me espera. Puedo hacer estimaciones, pero me parece que carecen totalmente de valor, porque no puedo estar pensando en lo que está pensando el otro. Ahora sí después que cerremos esta oficina el 22 de diciembre y se abra un período de espera, tendrá cada uno que razonar y a la vuelta sí, habrá que decir bueno a cantar y a poner sobre la mesa las cartas.

Gallardo. Después de estas conversaciones, esta primera ronda de diálogos, con esos "cuerpos intermedios", con los estamentos sociales; ¿qué impresión se recoge respecto a sus demandas, sus reclamos, o acerca de los niveles de exigencia de los distintos sectores corporativos.

Lacalle. Cuando uno termina de oír a los sectores corporativos, admira cada vez más a los políticos, con sus visiones globales. Las visiones estamentarias por definición son visiones parcializadas, no es cierto, y ahí uno admira la querida y vilipendiada profesión que eligió que es laudarse permanentemente entre intereses contrapuestos. Por eso admiro a los buenos practicantes de este arte tan difícil. Creo que ninguno de los sectores trae la verdad, simplemente trae su visión de la realidad. No es que nosotros los dirigentes políticos la tengamos, pero ahí es donde la gente tiene que respetar mucho, cuando se ejerce en el buen sentido, la vida política. Esa tensión permanente para ejercer justicia. En definitiva, por

ejemplo, se está juzgando hasta donde es justo el reclamo de la Cámara de Industrias, y donde deja de serlo y empieza a ser justo el del PIT CNT o viceversa. Del lado del empresariado algunos de los documentos me han resultado de atractiva lectura, hay un par de capítulos sobre políticas sociales realmente muy buenos. Hay una asunción por parte de los que firman del tema social muy bien enfocado, con mucho sentido de la responsabilidad. Hay otros que son de un voluntarismo tan típicamente oriental que uno se pregunta si realmente hay una percepción verdadera de la realidad. Creo que esa es la fuerza más opuesta al cambio de nuestro país. Las fuerzas de una resistencia al cambio brutales, normalmente están en los lugares más inesperados y están en los lugares que a sí mismos se llaman normalmente progresistas. Viven en un mundo alejado de la realidad, donde el voluntarismo cambia la realidad a piacere, y da la sensación de que...eso libera de la condición de conservadores, cuando a veces es la peor manera de conservar. Creo que muy pocos agentes de los cuerpos intermedios, los agentes económicos y sociales del país, asumen la realidad. Creo que todavía el baño de realidad de que hemos hablado en la urna no ha sido dado por todos nosotros, incluidos quizás los políticos, pero nosotros nos nutrimos más de la realidad porque nos golpea más a menudo.

Chouhy. Usted dijo hace un ratito con respecto a la reforma política que podría ser en



ENERO 1990

canje de la ley sindical. Y ahora está aludiendo a sectores que pueden ser menos proclives al acuerdo. ¿Qué cree que va a pasar con esa ley sindical? ¿La van a impulsar entre esas primeras medidas?

Lacalle. Sí, perdón, la palabra canje queda feo. Digamos contrapartida porque si los partidos dicen regúlate, tendrían que empezar por regularse a sí mismos para tener autoridad. Nosotros no proponemos ninguna ley sindical, proponemos que se reglamente el ejercicio del derecho de huelga, que son dos cosas distintas y que a veces, intencionadamente o no, se quieren mezclar.

Chouhy. Creí que usted dijo legislación sindical...

Lacalle. No en ese caso. Si se va a regular la vida interna de los sindicatos que se regule la de los partidos, ahí sí. Lo que nosotros estamos proponiendo en nuestra actividad de estos días no es meternos dentro del sindicato -él seguirá eligiendo sus autoridades como quiera- es simplemente que el ejercicio del derecho de huelga se cumpla por voto secreto y obligatorio.

Chouhy. ¿Eso sí se va a proponer en las primeras medidas, las de los 100 días?

Lacalle. Sí.

Chouhy. ¿Usted espera que eso provoque una gran conflictividad, o por sus conversaciones piensa que habrá posibilidades de negociación? ¿O en todo caso eso es secundario frente a la necesidad de reglamentar el derecho de huelga?

Lacalle. Creo que la reglamentación del derecho de huelga, al igual que la reglamentación de cualquiera de los derechos que consagra la constitución, no implica un acotamiento del derecho. El derecho a votar debe ser el más reglamentado de todos, desde el tamaño de la hoja de votación hasta la adjudicación por tercer escrutinio de la banca. No debe haber más frondosa reglamentación de un derecho y nadie considera que está coartado por ello. Lo importante es que la reglamentación no sirva para otra cosa que para su mejor ejercicio. Y de acuerdo a lo que hemos leído, preguntado y al asesoramiento que tenemos, parece que nadie puede discutir el grado de democracia de un sistema que

permitiera un preaviso, tres días de conciliación obligatoria y una votación. Me parece que sería perfectamente adaptable al concepto democrático del ejercicio del derecho de huelga.

Pascale. Perdón, se incluirían en el derecho de huelga medidas de tipo sindical como, por ejemplo, ocupación del lugar de trabajo.

Lacalle. Creo que habría que aprovechar para definir lo que es la huelga por ejemplo. Es decir el paro de diez minutos no puede ser votado cuando se toma repentinamente, más bien tendría que excluirse. La ocupación del lugar de trabajo es delito y de una vez por todas hay que señalarlo. No se puede ocupar una casa ajena, un lugar ajeno. También sería la oportunidad para legislar sobre el fuero sindical y también para que aclaráramos una cantidad de puntos sobre la relación laboral y su hipotética conflictividad.

Linn. Al empezar la charla usted habló de que la gente esperaba que pasen cosas aunque no le guste. Se me ocurre que uno de los terrenos en que tendrían que pasar cosas aunque a la gente no le guste es en el tema de la reforma del Estado. Es ahí donde entran a jugar los acuerdos de coalición, donde entran a jugar las consultas a las corporaciones. ¿En esta primera rueda de conversaciones, qué ánimo recogió en ese terreno?

Lacalle. Dentro de las fuerzas políticas sí, un deseo significativo de hacer lo que nosotros llamamos el análisis crítico del Estado que es el primer paso. Incluso el programa único del Partido Nacional es muy firme en ese sentido cuando habla de la subsidiariedad del Estado. Hay párrafos que quizás no han sido leídos por todos pero están allí, subrayados para que los que tengan interés de leerlos los lean. Creo que todas las fuerzas políticas están dispuestas. Cuando el general Seregni dice que no le importaría ver capitales privados en PLUNA, es un hito intelectual que lo diga y no le haya costado la presidencia del Frente. Me parece muy importante esto de bajar un poco la pelota y sacar las etiquetas aunque mucha gente lo practica con una delectación digna de mejor causa, pero cada vez son menos.

Quijano. Volviendo a esta idea de conjuntar fuerzas, a la coalición. Una de las cosas que más se señala es que el Partido Nacional

CUADERNOS DE MARCHA

llega a gobernar con un ala mayoritaria, que es el Herrerismo, que tiene un programa que conocemos; pero también un ala muy importante que es la que encabeza el profesor Carlos Julio Pereyra. Una de las claves, presumo, del gobierno del doctor Lacalle es cómo se relaciona con el sector de Carlos Julio Pereyra, para llevar adelante estas primeras medidas, primeras leyes y demás. En las primeras conversaciones, que supongo, ya han tenido con el profesor Pereyra ¿cuál es la relación que se empieza a establecer entre el Herrerismo y el Movimiento de Rocha? ¿Hay una relación previsible entre los dos grupos, a los efectos de obtener los resultados en los primeros seis meses?

Lacalle. Previsiones no hago por una prudencia innata que tengo en cuanto a futurología. Lo que hasta ahora he recogido es que, en base a lo que dice el programa común del partido -que repito, tengo subrayado en los aspectos más críticos para que esos compañeros vean a lo que se comprometieron- y en función de aceptar algún tipo de medida que el Movimiento de Rocha ha propuesto como importante, me parece que pueden muy bien incorporarse a nuestro programa. Así que no veo una dificultad insuperable para que logremos un buen entendimiento.

Chouhy. ¿Se puede saber cuáles son esas medidas?



Lacalle. Cuando Pereyra plantea, hace un año y pico, una ley sobre la extranjerización de la tierra -que no es votada o pierde en la cámara por el voto de Ortiz, de Ubillos y mío- creo que había hecho un buen diagnóstico y una mala terapéutica, porque vinculaba la condición de buen productor al hecho de tener credencial cívica. Era una falta de relación causa-efecto, o remedio-enfermedad. Pero había detectado algo que es importante: una avance de compra y de presencia de productores brasileños en la frontera, que puede ameritar, dijera Gonzalo Aguirre, algún tipo de legislación exigiendo residencia, o quizás meras medidas administrativas que todos apoyaríamos, en la medida que la permeabilidad de la frontera es algo que hay que estar vigilando. Podríamos volver sobre el tema, con soluciones un poco más acordes que las que en aquel momento se ofrecieron, que no nos parecieron justas y por eso no las votamos.

Quijano. He leído en los últimos tiempos declaraciones de figuras relevantes del Movimiento de Rocha, por ejemplo sobre el tema de las privatizaciones, donde ellos manifiestan una visión particular, específica del Movimiento de Rocha donde no habría disposición a ceder. En segundo lugar, con respecto al tema sindical, he leído también que habría disposición para aprobar el voto secreto para la elección de autoridades, pero me parece que no habría demasiada coincidencia con respecto a cómo encarar el tema del derecho de huelga...

Lacalle. Nosotros no lo habíamos propuesto lo del voto para las autoridades, es una innovación que ellos quieren incorporar al gobierno de coalición. Sí, yo sé, conozco las opiniones del Movimiento de Rocha. Y si al final de las conversaciones el Movimiento de Rocha encuentra que no va a participar en la coalición, bueno no participará en la coalición ni en el gobierno. Es su privilegio decir sí o no.

Quijano. Si el Movimiento de Rocha no participa en la coalición, tendríamos una situación algo atípica: un gobierno nacionalista con el 22% del electorado muy apoyado en el conjunto del Partido Colorado para poder gobernar. ¿Es una situación aceptable para los próximos cinco años de gobierno?

Lacalle. Yo no la elegiría, pero en la vida uno no se saca el gusto siempre. Soy un realista porque pertenezco a una escuela hiperrea-

lista de la vida política: la del doctor Luis Alberto de Herrera. Jugaré con los elementos que pueda, voy a hacer lo posible para que sea como me gusta, pero si no es como me gusta tendrá que ser como es. La realidad es mucho más elocuente que los discursos. En este momento no descarto nada. Hoy 18 de diciembre no descarto ningún resultado. La gama de las ofertas y las posibilidades está tendida sobre la mesa. Recién empezaré a descartar el 15 o el 20 de enero. Esa es una alternativa, la otra es que no haya nada y tenga que gobernar como Sanguinetti. Pero si llego a esa conclusión el 1 de marzo lo explicaré muy bien a la población. Si nadie quiere hacer coalición, bueno, hacen falta dos para bailar, dicen los americanos. Si no hay compañeros para la coalición, después de los esfuerzos sinceros que se están haciendo, no tendré más remedio que acudir al país y decirle: aquí estoy, he ganado por 160.000 votos, nadie va a dudar de la legitimidad de mi victoria, pero no hay mayoría parlamentaria. Entonces iremos a la búsqueda de mayorías caso por caso. Es un poco lo que le pasó a este gobierno, que salió a navegar a ver qué pasaba. Confiamos en que no va a ser así pero no lo descartamos como eventualidad.

Arocena. En el tema de la coalición que es el que nos está llevando más tiempo, en la coalición deseable como la anunciaba el doctor Lacalle figuraban cuatro puntos y no el tema de los entes autónomos, ¿éste es desglosable de los otros?

Lacalle. Claro, cuando digo gobierno es todo...

Arocena. Gabinete e integración de los entes autónomos ¿son parte de la coalición?

Lacalle. Son parte del gobierno, no de la administración. Hay quien ha pretendido hacer una separación, pero yo no creo que los entes autónomos vayan a ser autónomos, los directores van mandados a seguir una política, sería absurdo que siguiéramos una política en un sentido aquí y otra allá. Es tan importante la gestión de esos ciudadanos que en el pacto político tiene que acordarse una política para UTE, para ANCAP, para ANTEL. Integran un importante campo con participación del Estado en la economía y hasta desde el punto de vista fiscal. Acá hay economistas que lo pueden contar mejor que yo.



Martorelli. Diría que en el código genético del Partido Nacional figura una preocupación histórica por los gobiernos departamentales, por la autonomía departamental, por la diferenciación del país en zonas distintas, en regiones. ¿Cómo piensa el presidente electo articular a los gobiernos departamentales en su gestión? Conste que no estoy aludiendo, para nada, al Gobierno Departamental de Montevideo que es un caso especial. ¿Se piensa consolidar por ejemplo el Congreso de Intendentes? ¿Hay alguna propuesta de innovación en ese aspecto?

Lacalle. Es de las relaciones más difíciles que hay dentro del esquema político, porque en teoría la autonomía no es tal si no se acompaña de autonomía financiera. La autonomía financiera existe más o menos porque hay derecho a percibir parte de impuestos, pero hay que reclamárselos al Ministerio de Economía, ir a la calle Colonia y Paraguay a golpearle la puerta. La consti-

tución señala que las fuentes tributarias son tales o cuales, o aquellas que indique la ley. Es muy difícil en un país tan presionado tributariamente buscar formas alternativas de impuestos. Pero no hay duda de que se da la paradoja de que Colonia tiene un impuesto que no tienen los demás departamentos. Colonia tiene un impuesto a la venta de lana. Un buen día, nadie sabe cuando, se aprobó una ley especial para Colonia donde se tributaba sobre la venta de lana. Montevideo tiene un impuesto vigente, y no lo cobra, que es el 3% de los semovientes, ley 12.700. Es decir, que hasta esas peculiaridades se dan. Creo que el tema de la administración de los departamentos, sin perjuicio de pensar en el día de mañana en una forma tributaria que los independice totalmente, es muy importante. Ahí entraría a jugar que fueran electos separadamente, porque se podría ser responsable de gestiones identificables y complementaría la libertad del electorado. También para las normas administrativas es importante que el elector pueda votar separado de lo nacional, para penalizar situaciones como la de Rivera. En Rivera había 800 funcionarios y terminó con 2.800 la gestión comunal. En Canelones se incorporaron 3.000, además la Intendencia de Canelones compró un avión, que nadie sabe dónde aterriza, entre las viñas. Ese tipo de verdadera burla al contribuyente, no puede ser castigado correctamente porque no hay libertad electoral total. Uno de los temas más importantes de las intenden-



cias, es el de racionalizar las administraciones. No pueden convertirse en los generadores de oportunidades de empleos a falta de otros, creo, por lo menos es lo que hemos hablado con nuestros intendentes electos. Hay que armonizar determinadas pautas entre los dieciséis que son nuestros. Tratar de armonizar determinadas normas, porque hemos visto exitosísimas experiencias como la de San José, donde no hubo una mano muy abierta en las designaciones y duplicó sus votos el Intendente. Hizo una gestión en materia de caminería y de obra ejemplar y tuvo en San José 23.000 votos habiendo sacado 12.000 antes. Esa es la prueba del nueve de que la gente responde a los buenos administradores.

Pascale. Me gustaría introducir una pregunta sobre política exterior. Una pregunta que va dividida en dos, por un lado conocer dentro de lo posible su punto de vista sobre lo que se ha llamado la diplomacia viajera, que aplicó el Poder Ejecutivo saliente de esta administración, y si la piensa repetir ¿por qué razones? En segundo lugar, en la elección brasileña se consagró la victoria de un candidato que, según todos los comentaristas, es bastante afín con alguna de sus ideas ¿cuál es su opinión? Y tercero conocer su punto de vista sobre integración de Uruguay, Paraguay y Bolivia.

Lacalle. Los traslados de los gobernantes, creo que tienen que ser mucho más comunes que hace diez o quince años. No tienen que ser excesivos porque nosotros podríamos entonces perfectamente plantearnos la supresión del servicio exterior, sustituido por un par de agencias de relaciones públicas, que costarían bastante menos y serían bastante más eficaces en cuanto a vender la imagen del país y viajar sólo cuando hay que realizar un acto jurídico relevante. Lo que no me parece compatible son las dos cosas, que es diminutoria hacia el embajador, que no puede hablar con los bancos, no sabe hablar con los bancos, o no quiere hablar con los bancos, o no se le ha elegido en función de eso o no tiene un asesor que sería lo razonable. Me parece que en el período que fenece se viajó excesivamente en algunas oportunidades, pero creo que ya está hecho. Ya se gastaron los seis millones de dólares que costó ese chiste. Ya que se dejó la tarjeta de visita en todos esos países entonces creo que es el momento de aprovechar para que rinda algo. Efectuada la visita por el mandatario anterior en muchísimos

países del mundo, bueno, será cuestión de no dejar que esa semilla muera, obtener beneficios. No creo que la misión del presidente sea viajar, a mí no me atrae particularmente, ni creo que sea mi misión, sin perjuicio de que haya que ir una, dos o tres veces a cosas realmente importantes. A los 500 años del descubrimiento de América, hay que ir aunque a uno le tengan que llevar a rastras. Me gustaría si viajar mucho por el interior del país, no pretendo ser una corte carolingia que se traslade por el interior, pero si aparecer de sopetón en algún lado, cosa que me gusta enormemente.

En cuanto al tema de la política de los meridianos, si es una vieja constante cuasi familiar. En la época de Juan José de Herrera, cuando fue canciller de la República, 1864-65, ante el peligro notorio de la alianza entre Pedro II y Mitre, de Herrera diseñó el eje o la vinculación entre Asunción y Montevideo que López no comprendió y que al no comprenderlo López habilitó a que el Uruguay fuera invadido por Flores. Son consecuencias de la Triple Alianza, no en términos bélicos ahora, pero si mirando la realidad que es que los intereses de la República normalmente se han tramitado en lo que llamamos política de los paralelos, es decir mirando hacia los costados. Al Uruguay le hace falta mirar un poquito en el sentido de los meridianos, de ahí el nombre que le hemos puesto a este tipo de políticas. Sostengo que los intereses internacionales empiezan en Curumbá y terminan en el sur. Creo en la proyección austral de la República como una de sus dimensiones esenciales, no solamente estratégica, no solamente científica sino económica y aun militar. A través de una marina de aguas azules que permita ejercer el control sobre esa parte del territorio nacional. El tema de la hidrografía ha señalado claramente el futuro tremendo que tiene la penetración hacia el sur del cual es llave el puerto de Montevideo, el puerto de Palmira y el destino natural de la República.

En cuanto a lo del señor Collor no tengo el gusto de conocerlo, ni he leído demasiado sobre sus ideas. Creo que un Brasil estable, al igual que una Argentina estable son el mejor negocio que el país puede pedir. Así que si su gobierno, mediante las medidas que se le ocurran, trae estabilidad para el Brasil, bienvenido, porque ya bastantes infartos deben vivir los industriales uruguayos que comercian con uno y otro país.

Canzani. Tradicionalmente, o por lo menos en los últimos años, existe una especie de estereotipo aceptado que identifica al Partido Colorado como más organizado, más estructurado y al Partido Nacional como un partido de raigambre más caudillista, con menor organización interna, con menor estructuración. En los hechos, yo interpreto que, la redacción del programa común del Partido Nacional fue un intento de demostrar que el partido podía mostrarse como tal, como una opción confiable en ese sentido. En cierta forma también el no funcionamiento orgánico del Partido Colorado muchas veces en este período, probablemente haya sido una de las causas mediante las cuales la población se alejó un poco de él, por lo menos en términos electorales. Ahora que todavía puede hablar sobre el tema de política partidaria ¿qué papel le asigna al Partido Nacional en los próximos cinco años? ¿Cómo debería funcionar desde el punto de vista de un apoyo no solamente político sino también doctrinario?

Lacalle. Espero que sea lo menos doctrinario posible. Creo que los partidos tradicionales no tienen que tener definiciones doctrinarias demasiado exactas. Creo que en el análisis que tu haces hay que agregar otro ingrediente que es el impulso hacia el poder que le dio nuestra candidatura, es decir, la vocación de poder que transmitimos nosotros al partido. Un ingrediente que tienen que tener en cuenta, ustedes que son analistas. El nuestro fue el único grupo que siempre creyó que había opción de poder, aun después de la derrota por cien mil votos. Eso, para mí, es el quid del triunfo del Partido Nacional. Cuando todo parecía indicar que estábamos destinados a quedar abandonados, un grupo o una persona... Queda horrible que hable en primera persona, pero el que no creyó fui yo, y además como dice Tomás Linn me irritaba de manera particular. Ese es un elemento que hay que tener en cuenta, porque el partido recobró el sentido de que tenía vocación de poder como todo partido serio, y no era un mero ente testigo de las victorias coloradas, un legitimador de una situación bipartidista siempre inclinada en su disfavor. Creo que el partido, si nosotros reasumimos el funcionamiento del directorio y demás, va a ser un plano ideal para dirimir determinado tipo de diferencias fuera del ámbito parlamentario y fuera de lo que pueda ser crisis entre los sectores: una especie de Asociación Uruguaya de Fútbol...

Chouhy. Con menos líos, esperemos...

Lacalle. ...donde puedan en otro tono, encontrarse los puntos de coincidencia. Las autoridades, vuelvo al simil de la Asociación Uruguaya de Fútbol, de los partidos tienen ciclos. Acercándose a la elección pierden importancia, porque las candidaturas se sobreponen a ellas, las encandilan. Cuando pasa la elección recobran una cierta vida, que va a depender mucho de quién sea el presidente del directorio y con qué espíritu se encare el funcionamiento del mismo. Creo que tendrá que cumplir una misión formativa de nuevas generaciones. A eso le voy a asignar gran importancia, a la difusión, que hasta ahora habíamos dejado un poco de lado. Determinados guarismos nos obligan a hacerlo y rápidamente.

Linn. Al igual que en el año 1984, este presidente electo gana las elecciones por los votos propios pero también con un espíritu de consenso de parte de quienes no lo votaron, y al igual que en el año 1984 es un presidente electo dispuesto a tender puentes hacia afuera. Al presidente anterior llegó un momento de su gestión que le pasó aquello que los norteamericanos llaman "encerarse en el jardín de las rosas", es decir que, en una etapa de su gobierno pareció perder contacto con determinadas realidades cotidianas. Es un fenómeno que le pasa a muchos gobernantes. ¿Se le ha planteado la posibilidad de buscar antidotos eficaces para evitar eso?

Lacalle. El antidoto que tengo más cerca es mi mujer, mientras ella no se entregue, la realidad no va a dejar de llegar a casa todos los días. Ella es responsable y participe de las pocas cosas buenas que he hecho en la vida. Además creo que mi manera de ser, ser un poco más suelto, andar por ahí, me puede ayudar. El peligro es la soledad que va incluida en el precio del poder. Ser el último que toma la decisión. Uno mira para atrás y no hay más nadie. Pero no hay que confundir soledad con aislamiento. A veces uno puede tender a dramatizar la soledad y a la vez disfrazarla de aislamiento, entonces so pretexto de la soledad se busca quedarse aislado. Creo que son dos cosas distintas. La soledad es que en el presidente termina la línea de comando, eso es la soledad, que puede ser en medio de una enorme asamblea. En mi reposa el sí o el no. El aislamiento sí es uno de los peligros, pero se buscarán los antidotos. Vamos a ver si son eficaces.

Pascale. ¿Usted se reserva algún papel dentro del Partido Nacional, en tanto partido?

Lacalle. Creo que sin que represente violentar la constitución, que no se violenta, el ciudadano que ocupa la presidencia de la República es el primer ciudadano, el primer ciudadano de su partido y basta con que sea escuchado para ejercer un papel que no se contradice con lo que dice la constitución de la República. Por propia gravitación uno tiene un rol.

Quijano. Hace un rato usted decía que si el Partido Nacional y el Partido Colorado lograban un gobierno de coalición podrían terminar exitosamente. Pero desde los '50 para acá todos los gobiernos que ha tenido el Uruguay, civiles o militares, se puede decir que han terminado mal. Es lo que se percibe del gobierno de Luis Batlle de 1954, de los dos gobiernos nacionalistas en los '60, que terminaron censurados por la ciudadanía. Vino la dictadura y todos sabemos como terminó. Y este gobierno colorado recibe un enorme castigo electoral. Mi pregunta es ¿por qué cree usted que llevamos treinta años de censura tras censura a cada gobierno que asume y cuáles serían los parámetros a partir de los cuáles juzgaría un gobierno como exitoso?

Lacalle. Hace treinta años que rodeamos al problema y no lo enfrentamos. La aproximación más grande a intentar acercarse a los problemas fue la del gobierno blanco del '58. La reforma cambiaria y monetaria es un cambio importantísimo en la vida económica del país. Creo que no ha habido decisión para decir que los problemas están aquí, porque creo que ya están identificados. Ha



habido el peso de años de ética de la seguridad, de miedo a asumir el riesgo, de la media tinta, de creer que la gente a veces prefiere una aspirina en vez de una cura verdadera. Creo que por ahí va la cosa. Es cierto, han transitado por el gobierno no sólo los partidos sino las fracciones de los partidos sucesivamente, y hasta hemos probado la cirugía política a través de la dictadura. Sin embargo al final de la dictadura ¿que quedó? ¿Qué cambió? Nada. Vale decir que venimos rodeando los problemas no enfrentándolos. Entonces si esta etapa que se inicia se anima a enfrentarlos quizás pueda mostrar un resultado eficaz.

Quijano. No me queda claro cuáles serían, en su opinión, los problemas que los gobiernos anteriores no enfrentaron.

Lacalle. No cabe duda que no podemos seguir con una organización estatal como la actual, y a eso nadie le ha metido diente, desde 1949 o desde el '50. A nadie le cabe duda que el sistema educativo está padeciendo una crisis que ya es perversa, porque perjudica a los más pobres, es el gran desigualador social, cuando antes era el gran igualador o el factor de ascenso social. Hoy a nadie le cabe duda que el chico que tiene que ir al liceo público es el más perjudicado. Durante años fue al revés, los liceos privados tenían que empardar a los liceos públicos. Así sucesivamente. Hay cuatro o cinco temas que son los temas que hay que enderezar. La crítica al espíritu de lucro, quien no sabe que en las pautas culturales nacionales ganar dinero no está bien visto. Es notorio que en el Uruguay se penaliza el éxito económico. Es patético en un país que se fundó con la base de los inmigrantes que vinieron a eso. Todo el empuje de los inmigrantes fue muriendo en la ética de la seguridad, en la medianía. Son cosas que a veces ni siquiera los gobiernos pueden decretar que se cambien, artículo primero: asúmase los riesgos; artículo segundo: séase corajudo; artículo tercero: conviértase en sano y bueno ganar dinero. Obviamente no se hace tan fácil pero sí debe recobrase ese espíritu. Entonces creo que esas son las medidas o el espíritu que tiene que permear un gobierno para que sea exitoso.

Arocena. De lo que usted dijo recientemente se deduce una coincidencia bastante grande con el enfoque del doctor Batlle como candidato. ¿Es así?

Lacalle. El enfoque del doctor Batlle difiere del nuestro en que el nuestro es global y el de él es parcial. Nunca hubo un enfoque total de la sociedad por parte del senador Batlle. No he encontrado un documento donde él describiera, mirando toda la sociedad, su plan de gobierno. Con mucho talento o mucha inventiva generaba o generó tres o cuatro ideas motrices sobre las que hizo recaer el peso de su campaña. Pero en ningún momento, quien lo votaba tenía la sensación de un hombre que veía la totalidad del espectro de la sociedad y que sobre el mismo tenía respuestas para los distintos aspectos de la vida nacional. La única vez que habló sobre educación fue cuando discutimos o comparamos nuestras propuestas en la Universidad Católica, o porque alguien se lo preguntaba o porque estaba yo con él. Cito este caso porque es uno de los temas más importantes que el país tiene. Nosotros le dedicamos quizás el espacio más largo de nuestra propuesta a la educación. Quizás tengamos en común el espíritu transformador, no conservador sino innovador. Puede ser que el espíritu fuera el mismo, pero las propuestas creo que fueron distintas en anchura y en profundidad.

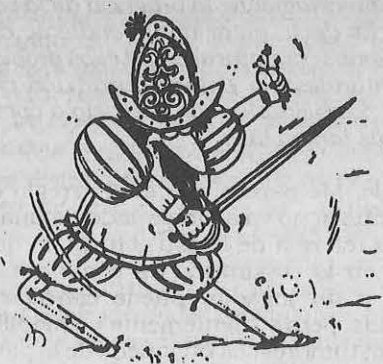
Quijano. Uno percibe en los últimos años, en las últimas décadas diría, que todos los gobiernos están muy angustiados por el corto plazo, por resolver los problemas que aparentemente se incendian en el país y dedican muy poco tiempo a una percepción de largo plazo. Creo que este gobierno estuvo muy sometido a la coyuntura, a las dificultades de la coyuntura. Y me pregunto si uno de los problemas claves que ha de enfrentar el próximo gobierno -sobre todo iniciándose como se inicia en los '90 en medio de una recesión, con dificultades desde el punto de vista fiscal, desde el punto de vista del crecimiento de la economía, etcétera- no será, precisamente, la urgencia de la coyuntura. Es decir, estar muy pendiente de los problemas coyunturales y si esos problemas coyunturales no determinarán todas sus otras posibilidades con respecto a opciones de más largo plazo.

Lacalle. Me parece que si el arreglo de lo coyuntural no va acompañado de una profunda reforma de lo estructural, lo que se logre en lo coyuntural es como prestarle plata a un jugador: puede cancelar sus cuentas, pero evidentemente no modificará sus costumbres. La búsqueda de la paridad de las cuentas del Estado o de eliminación

del déficit por más que se lograra así mágicamente mañana, si no se modifica toda la estructura interna del Estado renace a corto plazo. Creo que esta vez el gobierno tiene que tener la noción de que en vano va a arreglar lo coyuntural si no piensa en lo estructural y en los veinte años de prospectiva en que hay que pensar en materia gubernativa. Quizás ese va a ser el desafío más grande, hacer comprender a la gente primero que hay un plan para arreglar lo de hoy, mañana y pasado o estos dos años, 90 y 91; pero que a su vez la reforma sustancial del sistema es la que va a impedir que esto se repita o va a prevenir que esto se repita en forma tan grave.

Pascale. Durante su campaña electoral usted dijo que pensaba enfrentar la reforma del aparato estatal sin que eso supusiera despidos. En su primer conferencia como presidente electo, en la sede de la fórmula en 18 de julio, cuando usted hizo la lista de los temas que le despertaban más preocupación, luego de la primer entrevista con el doctor Sanguinetti, usted mencionó en primer lugar el tema del número de empleados públicos. Mi pregunta es si el doctor Lacalle, presidente electo, una vez tomada conciencia de la realidad del aparato burocrático, difiere en su punto de vista del doctor Lacalle candidato a la presidencia. ¿Alguna solución puede ir por el lado del cese de la inamovilidad de los funcionarios públicos?

Lacalle. Es una vieja costumbre del sector y de la persona que habla cumplir las promesas electorales. No va a perderse ningún cargo público por decisión de este gobierno. Las únicas formas que vemos de limitación y de acotamiento del número es limitar el ingreso y en todo caso el retiro voluntario, la jubilación.



Linn. ¿Se van a estipular formas para estimular el retiro voluntario?

Lacalle. Puede ser.

Chouhy. Doctor Lacalle, usted dijo más de una vez: si no tengo respuesta para el gobierno de coalición se lo explicaré al país. Hace poco rato dijo que habrá que ir haciendo una tarea en el país para que comprenda que las reformas estructurales son necesarias. Usted piensa recurrir, por ejemplo, a los medios masivos de comunicación con frecuencia ¿cómo piensa llegar al país en su conjunto?

Lacalle. Creo que la tarea, sin pretender ser didáctico, de explicitación y de información es importante, porque normalmente la tensión del ánimo de la gente, o la atención, tiene un pico en el momento electoral y ya a esa altura el 90% de la gente se entera más o menos de lo que pasa. Como yo creo que he sido elegido para gobernar y no para mandar, que son cosas distintas, creo que a gente como a la nuestra se la gobierna mediante el convencimiento, entonces me gustaría mucho que se comprendiera en criollo las medidas que se van a aplicar.

Chouhy. Usted dijo que una de las virtudes fundamentales de los políticos era su capacidad de laudar. Es decir, de ver las cosas en su conjunto y dirimir pleitos. A su vez está planteándose, y lo hizo desde hace tres años para acá, el gobierno de coalición. Al mismo tiempo dijo: no quiero ser un presidente que administre, no quiero ser un presidente más o menos, quiero dejar una impronta en el país. ¿Cómo armoniza usted esas dos cosas en un país que tiene las realidades políticas que tiene y las dificultades que todos conocemos para poder llegar a acuerdos?

Lacalle. La impronta va en relación directa a la fortaleza de la coalición. Obviamente si a mí se me priva de mayoría parlamentaria operativa, coordinada, coherente y de acuerdo a un cronograma que es el razonable, que es aprobar las leyes fundamentales en el primer trimestre, en el primer cuatrimestre, entonces la impronta será mucho menor y quedará nada más en la letra chica.

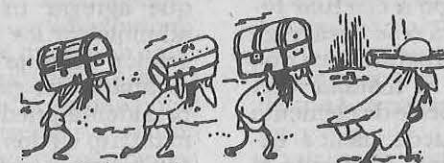
Chouhy. Agradecemos al presidente electo su generosidad y el tiempo que nos ha otorgado. Nos concedió una hora nos dió mucho más. Sé que hay muchísimas más preguntas pero no debemos abusar de su gentileza. Muchas gracias doctor Lacalle.

ENERO 1990

Gobiernos de coalición

Vicios públicos y virtudes secretas

Carlos Pareja



I El legado favorable a las coaliciones parlamentarias

El gobierno que ha emergido de los pasados comicios de noviembre está perfectamente habilitado para instrumentar una solución parlamentarista sin violar los preceptos constitucionales y sin renunciar a ninguna de las atribuciones que dicho estatuto le otorga.

Por cierto, no lo puede hacer por su cuenta y riesgo, sino invitando a los demás miembros del sistema político a establecer un conjunto de compromisos recíprocos, cuyo cumplimiento queda librado a la lealtad y sensatez de los contrayentes y a sus expec-

tativas de ser penalizados por una opinión pública advertida del contenido de tales acuerdos. Ante todo, dichos compromisos se traducen en cierta renuncia al ejercicio ilimitado de las potestades facultativas de la presidencia y del parlamento: la rama ejecutiva renuncia a mantener un gabinete ministerial o a un ministro carente de respaldo parlamentario, aunque la oposición no alcance al quórum requerido (3/5) para tornar obligatoria su desinvestidura. A su vez, la rama legislativa renuncia al uso indiscriminado de la censura y a obtener réditos puntuales a través del desgaste

* Este artículo de Carlos Pareja es la parte final de un trabajo más extenso. Por razones de espacio no se publicó completo. Su texto íntegro será editado por el CLAEH en el correr del presente año.

CUADERNOS DE MARCHA

continuo de la gestión gubernamental y de su credibilidad, optando por acumular su potencial crítico con vistas a ajustes relevantes de las orientaciones de dicha administración.

Para que esas disciplinas y renunciamentos recíprocos no terminen enervando las virtudes democráticas del sistema, es imprescindible que quede abierta una posibilidad efectiva de modificar esa orientación, sin que ello dé lugar a crisis institucionales. Dado que es necesario, además, que esa posibilidad tenga referentes visibles, Romeo Pérez ha venido planteando un escenario de procedimientos y recursos complementarios: el presidente electo delega -sin renunciar a sus prerrogativas constitucionales- en un "encargado de formar gabinete ministerial con respaldo parlamentario" esa operación primordial y se reserva la última palabra al respecto, así como la posibilidad de anular esa delegación y designar a un sustituto en cualquier etapa de su mandato. Tal delegación introduce un margen alto de flexibilidad a todo el sistema institucional -por si alguien no lo advirtió se trata de una versión "local" del papel de primer ministro y de la distinción entre jefe de estado y jefe de gobierno-, ya que el presidente queda habilitado a efectuar recambios cuando se debilita o se desagrega la coalición y el acuerdo programático que respalda a su gabinete. Al instalar una pieza de recambio, una especie de elemento fusible, la presidencia queda menos expuesta al desgaste cotidiano, inherente al ejercicio directo de la administración. Puede, por lo tanto, recurrir a un capital relativamente intacto de autoridad, tanto más gravitante cuanto más parsimoniosamente empleado. Deberá reservar su apoyo directo a un grupo restringido de propuestas legislativas y sin renunciar definitivamente al recurso del veto -cabe pensar que, en principio, no se plantearían circunstancias que lo obligaran a ello, dado los respaldos que dan lugar a la coalición gobernante-trataría de reservarlo para casos extremos.

Además, ese sistema de restricciones recíprocas acordadas debe incluir un acotamiento del recurso a la disolución de las cámaras y la consiguiente convocatoria a elecciones para renovar sus mandatos. Ante todo, ese recurso -complemento imprescindible de la flexibilidad del sistema parlamentario- no debe ser utilizado en su versión devaluada, como un mero plebiscito

al que se apela para dirimir conflictos entre las dos ramas. En efecto, tal versión sólo tiene sentido dentro de la lógica presidencialista, y, por su propia modalidad de convocatoria a la ciudadanía -invitada a respaldar o rechazar la gestión del gobierno-, sólo puede operar en desmedro del sistema de partidos, desdibujando los perfiles de las colectividades políticas. En cambio, ese mismo recurso se alinea armónicamente al sistema parlamentario y lo mejora, ampliando sus posibilidades de autorregulación, cuando se lo utiliza exclusivamente en aquellos casos en que fracasan todos los intentos de establecer coaliciones de gobierno. En ese marco, el pronunciamiento ciudadano adquiere un sentido completamente distinto al del que reviste en la versión plebiscitaria. En este caso son los propios partidos los que reclaman apoyos específicos del electorado para administrar ciertos márgenes de concesiones y de reservas en la conformación de los acuerdos de gobierno.

No es necesario, a esta altura, sobreabundar sobre los beneficios y las virtudes asociados al régimen parlamentarista, así como sobre los inconvenientes y desgastes que se evitarían. A todo lo ya señalado hay que agregar un grado de libertad para administrar los tiempos y los ritmos de la gestión durante el mandato. En efecto, un recambio del gabinete y del delegado del presidente puede servir para dividir dicho mandato en dos o más periodos diferentes, con tareas y enfoques propios: un primer periodo de ajustes relevantes seguido de una etapa de consolidación de los lineamientos trazados o, por el contrario, un periodo inicial de configuración de una opinión pública favorable, seguido de un lapso de puesta en marcha de los criterios adelantados.

Si damos, entonces, por resueltos los presuntos impedimentos estatutarios, podemos abordar un terreno mucho más sustantivo, planteándonos la pregunta ineludible: ¿la cultura y el sistema políticos uruguayos disponen de los recursos y las competencias requeridas para ensayar con éxito soluciones parlamentaristas y gobiernos de coalición?

De cara a un inventario de las raíces y antecedentes favorables a las soluciones parlamentaristas, debemos volver una vez más a las reflexiones que ha venido acumu-

lando Romeo Pérez al respecto. Nos referimos tanto a sus rastreos de "nuestra vocación parlamentarista escondida" como a sus investigaciones en torno al sistema político uruguayo y su trayectoria, en colaboración con los historiadores G. Caetano y J.P. Rilla¹. En relación a este punto, pues, nos limitamos a resumir algunas de sus conclusiones.

Ante todo, es posible afirmar la existencia de ciertas "afinidades electivas" entre el sistema político uruguayo y el modelo parlamentarista. Así lo indican la continuidad, la previsibilidad y el lugar central que ocupan los partidos políticos en ese sistema, al punto de que ningún actor social o articulación ciudadana alternativa está en condiciones de adquirir protagonismos o generar convocatorias que los desplacen. La "partidocracia uruguaya" ha resistido todos los intentos de introducir clivajes o agregaciones al margen de los alineamientos partidarios (nos referimos a las propuestas de "fusión", de "unidad nacional", los "frentes del pueblo", la "concertación", los liderazgos extrapartidarios, los distintos pujos corporativistas ejemplificados en el "movimiento ruralista", etcétera). Aun aquellos sectores que se ubicaron afuera o en los bordes mismos del sistema -por ejemplo, los militares y los tupamaros- y que pretendieron hacer caudal de los fracasos y de la inoperancia de los partidos para sustituirlos -por lo menos provisoriamente- en el cumplimiento de algunas tareas de "saneamiento y ajuste", terminaron reconociendo a las tradiciones políticas uruguayas como referentes imprescindibles. Esto a causa de que no existían formas alternativas de convocatoria ciudadana con igual capacidad de integrar a todos los sectores y de otorgar gravitación pública a los más diversos grupos, incluso aquellos que resultaban excluidos o relegados por otros procesos sociales.

En ese sentido, la partidocracia uruguaya habría cumplido tempranamente -en el siglo pasado- una tarea de integración amplia, asociada a la ruptura de bastiones de privilegio y de poder incontrolable. Tareas que otras sociedades de la región sólo lograron mucho después y a veces en forma insuficiente y parcial, generando traumas que aun no han cicatrizado. Esa misma partidocracia desafió y neutralizó eficazmente los múltiples intentos de sesgo oligárquico y elitista, otorgando toda clase

de recursos y oportunidades para que los sectores populares -"el candombe blanco y el colorado"- encontraran expresiones colectivas propias para oponerse a los aparatos partidarios y a las elites doctorales.

Hoy, a pesar de todos sus fracasos y descreditos, esa partidocracia se levanta como la única acumulación colectiva de recursos genuinos para el procesamiento responsable de problemas y de reclamos. Aparece como el ámbito idóneo para el rescate de las fragmentaciones y dispersiones societarias, capaz de levantar interpelaciones y rendiciones de cuentas ineludibles. Si esto es así, ¿por qué los uruguayos no apostamos a aquella forma de gobierno que, precisamente, ubica al sistema de partidos como el núcleo básico de todo el funcionamiento institucional?

Más de un siglo de antecedentes y tradiciones favorables

Reforzando esa primera comprobación de las "afinidades electivas", Romeo Pérez ha señalado la existencia de raíces y antecedentes mucho más directamente emparentados con las soluciones de coalición. Según su apreciación de nuestra trayectoria político-institucional, abundan en ella los testimonios fehacientes de una "disposición permanente" de los partidos políticos uruguayos a propiciar distintas modalidades de coparticipación en el ejercicio de las responsabilidades gubernamentales, como garantía de una convivencia pluralista. Y más que una disposición permanente, se trataría de una larga serie de ensayos y ajustes acumulativos, no siempre puntualmente exitosos, pero sí esclarecidos en su orientación general.

Mientras que las propuestas "doctorales" de "fusión" buscaban entendimientos a

¹ El 90% de nuestras apreciaciones sobre el sistema y la historia político-institucional uruguayos provienen de conversaciones mantenidas con Romeo Pérez. Sólo que ese 90% representa (y quizás mediocrementemente) el 5% de su propia acumulación reflexiva. Aun así, el 10% restante nos conduce a discrepar parcialmente con sus anticipaciones en torno a las raíces activables de una solución parlamentarista en nuestro medio y a identificar una serie de bloques específicos en nuestra cultura política.

II

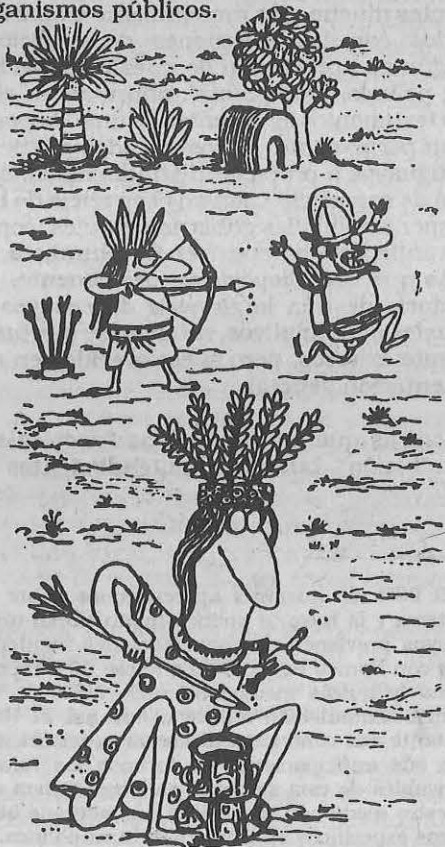
Vicios públicos y virtudes secretas
El drama de una ciudadanía
que se avergüenza
de sus mejores virtudes

Por nuestra parte, estamos más bien inclinados a apreciar ese mismo panorama de antecedentes en forma algo diferente. Por lo pronto no estamos seguros de que dichos antecedentes sean fácilmente reciclables de cara a soluciones parlamentaristas. Además, nos parece posible identificar, en la cultura política uruguaya, ciertos "techos epistemológicos" que complican ese reciclaje y exponen a los actores que pretendan llevarlo adelante a un sistema de presiones desgastantes, contra las que no existen, por ahora al menos, defensas eficaces.

Nuestros matices de discrepancia no arrancan de una descripción diferente de los escenarios de antecedentes y trayectorias cumplidas, ni desembocan inevitablemente en una proyección pesimista. Nos interesa, en cambio, llamar la atención sobre el alcance limitado de esas mismas prácticas supuestamente prolongables hacia el futuro y sobre la prueba de fuego a que están sometidas: el salto de nivel que implica pasar del plano de las reglas al de los principios. Y es que no alcanza con la práctica de ciertas virtudes y disciplinas para asegurarse la continuidad de las mismas, en un contexto que conspira contra ellas y que resulta de difícil modificación. Por lo pronto, están vencidas de antemano aquellas virtudes que no pueden ser asumidas y festejadas públicamente, que no saben o pueden explicitar el principio interpretativo que las orienta y les permite ir al encuentro de nuevos aliados y confirmaciones esclarecedoras. Así, por ejemplo, cuando la honestidad debe disimularse o excusarse para que no se burlen de ella como mera simpleza o pusilanimidad, termina por perder todo poder de convicción interna y queda obligada a hacer tantas concesiones que ya no vale la pena pelear por ella.

¿Acaso no se ajusta esa descripción al modo marginal y "subrepticio" con que se insertan en nuestro sistema político las prácticas de coparticipación y de coresponsabilidad en el gobierno? ¿Logran superar el nivel de "aplicaciones locales y fragmentarias" y elevar su principio al plano de los referentes públicamente compartibles y apelables? No

costa de una disolución de los clivajes partidarios, la partidocracia uruguaya ha venido ensayando fórmulas de coparticipación basadas en el mantenimiento de los perfiles propios de las agupaciones partidarias y de sus tradiciones políticas, intentando otorgarles una inserción institucional más permanente. En ese sentido, el Pacto de la Unión, la Paz de Abril de 1872, el Consejo de Gobierno en la Constitución de 1916, la integración de los directorios de los entes autónomos, constituirían una continuidad orientada de aprendizajes a través de los cuales el sistema político uruguayo habría demostrado su vocación y adquirido competencia para el ejercicio de fórmulas de coalición. El mismo Romeo Pérez ha señalado que, desde 1972 en adelante, esas prácticas de coparticipación incluyeron al Frente Amplio como socio menor y recién llegado al sistema de partidos. Esto ocurrió primero en modalidades extrainstitucionales -por ejemplo, consultas del presidente Bordaberry acerca de la venta del oro y la prospección petrolera- y a partir de 1985 en modalidades institucionalizadas, tales como la incorporación a los directorios de organismos públicos.



ENERO 1990

pretendemos dar una respuesta definitiva sobre un asunto en que nos va la vida y que requiere análisis mucho más pormenorizados. Pero tampoco sería bueno que silenciáramos nuestras dudas y dejáramos de señalar los peligros que se ciernen sobre propósitos tan bien encaminados. Y es que en nuestra trayectoria político-institucional, el recurso a las fórmulas de coparticipación ha sido siempre presentado y justificado en un tono menor, como un correctivo de corto alcance, como un ajuste local recomendado por los males que evita más bien que por los principios positivos que introduce.

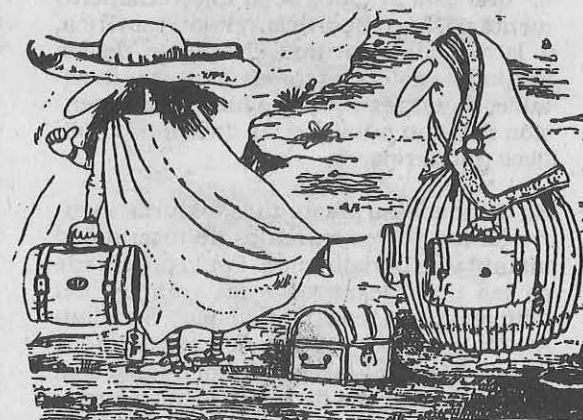
Esa misma debilidad con que entra en escena lo convierte en una presa inermemente ante las críticas denigratorias que suelen recaer sobre tales alianzas y en particular sobre sus socios menores. El "acusado" queda ubicado en la situación de quien debe asumir la carga de la prueba, es decir, demostrar su inocencia. En cambio, el "acusador", el que levanta la sospecha de un origen espurio en las motivaciones de los participantes, ni siquiera está obligado a demostrar su consecuencia y sus títulos habilitantes. Nadie le enrostra, por ejemplo, el haber participado en coaliciones anteriores. Más aún, goza de una amplia impunidad para su ligereza en atribuir propósitos mezquinos, para argumentar falazmente imputando los fracasos de la gestión a la naturaleza inherentemente perversa del pacto, como si el sólo hecho de haberlo contraído equivaliera a una especie de traición a las identidades partidarias. Si no fuera así, ¿cómo se explica que los reiterados ensayos de coparticipación o de coresponsabilidad institucional hayan quedado registrados en la memoria colectiva con los motes despectivos empleados por quienes los denunciaron: "el reparto de las jefaturas", "la traición de los calepinos", "el pacto del chinchulín", "los blancos baratos", "la complicidad de la mayoría del Partido Nacional con el continuismo de Sanguinetti", etcétera? Tampoco es casual que los socios menores de esos pactos hayan sido generalmente castigados por el electorado u obligados a desacoplarse para evitar tal castigo.

En la configuración de esa pendiente de deterioro que amenaza a las fórmulas de coalición no hay que buscar efectos circunstanciales de campañas políticas habilidosas. Más allá de tales efectos, la supuesta habilidad de esas campañas encuentra

un terreno bien abonado en una cultura política "presidencialista", con arreglo a la cual (y a su interpretación jacobina) cada partido debe perfilarse como una identidad independiente y rehuir cualquier complicidad o complacencia con sus adversarios, si quiere servir a la causa de la institucionalidad democrática.

Y en cuanto a los socios menores, para poder defenderse con éxito de ataques facilitados, para remontar esa pendiente denigratoria, tendrían que haber "entrado a la cancha" sin aceptar que sus desempeños fueran evaluados por una cultura política reñida con las fórmulas de coalición. ¿Y cómo lograrían hacerlo, si ellos mismos no tenían claro aquello que estaba en juego, si concebían sus propias identidades partidarias y sus relaciones con los demás miembros del sistema político en términos incompatibles con un escenario de coaliciones?

Por desgracia, no son solamente algunas virtudes del sistema político uruguayo -su capacidad de asumir responsabilidades institucionales compartidas, de ensayar una y otra vez acuerdos interpartidarios- las que resultan condenadas a una vida subterránea. En términos más generales, no es descabellado afirmar que sus mejores desempeños, sus mejores muestras de sensatez, de honestidad, de entendimiento recíproco, están reservados para escenarios reducidos a los que no accede el ciudadano común y corriente, de manera tal que todo lo que allí se conquista y se aprende queda sistemáticamente desmentido al nivel de las interpelaciones públicas.



CUADERNOS DE MARCHA

Los dirigentes políticos y sindicales uruguayos no sólo se conocen íntimamente y se aprecian mutuamente como personas íntegras y responsables, sino que no tienen empacho en cruzar todas las fronteras imaginables para compartir informaciones y buscar soluciones conjuntas, allanando dificultades y malentendidos. Reunidos en pequeños círculos reconocen todos los aciertos de sus adversarios como las deficiencias de sus grupos, admiten tesis y planteos que luego cubren públicamente de denuestos, a la vez que ante sus íntimos relativizan y hasta se excusan por las afirmaciones que vuelcan a los medios de prensa.

En sus discursos públicos denuncian ciertas medidas como producto de una conspiración facciosa de intereses extranjeros o minoritarios, como expresión de un alineamiento con modelos económicos en los que identifican la fuente de nuestras desgracias y nuestro empobrecimiento. A nivel privado, admiten que no existían soluciones alternativas y que, en todo caso, nuestras dificultades principales residen en otro lado, en aspectos "menos llamativos" y más trabajosos de enfrentar. ¿Cuándo sienten? ¿O es que sienten las dos veces pero de manera distinta?

Doctor Jekyll y mister Hyde

Para una mirada que presume de advertida y lúcida, esa doble escena no tiene nada de alarmante ni sorprendente: se trata de un rasgo inevitable, inherente a cualquier sistema político y no sólo a sus peores ejemplares. Tal rasgo se derivaría del caudal de información asimilable por distintos "públicos". El cínico se incluye en "público selecto" que está al tanto de lo que verdaderamente pasa; comparte la versión esotérica, a la vez que disculpa el manejo de las versiones exotéricas como un recurso inevitable, dadas las restricciones de comprensión del gran público y los dividendos políticos que arroja.

En realidad, esa presunta "sabiduría" incurre en los peores extremos de ingenuidad infantil y de trivialización. Por lo pronto cae en las más viejas y burdas trampas del "elitismo" y del "conspirativismo". Su admiración servil por los círculos privilegiados de protagonistas le impide alimentar la más ligera duda acerca de la pertinencia y relevancia de las versiones "privadas". Mien-

tras tanto, su ignorante desprecio por la gente común lo inclina a descalificar a la opinión pública, convirtiéndola en un mero receptáculo pasivo de las fabulaciones que los "entendidos" le administran. Olvida así, que casi siempre sucede al revés: la ciudadanía retiene escasamente las recetas y fórmulas que le plantean sus líderes, ni encuentra siempre en ellas los motivos para alinear sus lealtades, adelantándose sabiamente a la rápida obsolescencia de tales iniciativas o a su conversión en truismos que comparten aun los que se oponían inicialmente a ellas. Eso sí, decodifica los mensajes que recibe, aislando cierto núcleo básico expresables en términos de tradiciones cívicas arraigadas. Privilegia ciertas orientaciones éticas y civilizatorias, obligando a sus representantes a asumir inversiones y compromisos que van mucho más allá de sus concepciones personales o sus pequeños sueños de poder. En el extremo, convierte a veces a oscuros y ambiciosos personajes en abanderados de sus causas más entrañables y logra redimirlos incluso de su mediocridad.

Por otra parte, esa "sabiduría" disuelve torpemente el verdadero problema que tiene entre manos: al convertir la racionalidad exotérica en una versión disminuida de la racionalidad esotérica, rehuye el desafío de encontrar sus respectivos referentes y arraigos genuinos. Al tornar definitivo el desfase entre ambas, las empobrece por igual, las despoja de su única posibilidad de medirse con el mundo y poner a prueba su relevancia. En efecto, de la "versión pública" sólo se espera que provea los entusiasmos miopes, los agregados inestables de pulsiones manipulables, mientras que la "versión privada" queda confinada al terreno de las recetas y de las estrategias de corto alcance. Ambas resultan igualmente incapaces de proporcionar aportes sustantivos a nuestra civilización política y económica, y de alinear competencias y lealtades consistentes.

Así pues, esa propensión del proceso político uruguayo a compensar con virtudes secretas sus vicios públicos no puede ser contemplada pacíficamente como un rasgo inevitable, ni podemos renunciar a luchar contra ella con todos los medios a nuestro alcance. Sin embargo, ese no es el único de nuestros vicios públicos. En los últimos 25 años hemos dejado crecer una propensión más peligrosa, totalmente desfavorable a

las fórmulas de coalición. En efecto, en este período hemos consolidado una opinión pública predominantemente centrista y moderada, inmunizada contra las posiciones extremas; nos hemos manifestado reacios a acoger en nuestro sistema de partidos a orientaciones radicalizadas en uno y otra dirección; hemos sido capaces de apelar a una acumulación impresionante de criterios y conquistas compartidas por todos los socios relevantes del sistema político. Sin embargo, al mismo tiempo tendemos a reproducir escenarios de confrontación dual, del tipo "civilización y barbarie" que, por lo pronto, resultan incompatibles con la pluralidad irreversible de nuestras opciones políticas. Lo más grave de esa propensión enfermiza a reducir el horizonte de debates a una confrontación entre dos "patrias", no es sólo que empobrece nuestros verdaderos dilemas y oculta nuestras verdaderas dificultades, sino que favorece con una especie de impunidad a los planteos maniqueos, por más delirantes que sean, y en cambio condena a la opacidad y a la soledad a cualquier intento de asumir explícitamente, desde posiciones desenganchadas de los polos, las soluciones moderadas que casi siempre terminan imponiéndose. Y esto no es obra de ninguna casualidad ni responde a estrategias políticas de eliminación o neutralización de competidores molestos. Por el contrario, hace juego con la cultura política presidencialista y con la interpretación "jacobina" que está detrás de ella.

Se da así la siguiente paradoja: en un contexto de cultura política predominante "centrista", la peor estrategia que puede adoptar un actor público es ubicarse en el centro del debate, dialogando con todas las partes y reconociendo sus razones y aciertos diversos. En efecto, cualquier actor que pretenda "correr por la pista del medio", no sólo es sometido al fuego cruzado proveniente de los dos polos extremos -éstos parecen complotarse contra un enemigo común y juegan a desacreditarlo en términos morales absolutos- sino que su mismo mensaje queda casi siempre desdibujado, carente de visibilidad y de referentes públicos reconocibles.

En los medios sindicales, esa propensión polarizadora llega al punto de la desaparición de las posturas no radicalizadas, a que las medidas y las orientaciones de ciertos partidos políticos estén descalificadas de

antemano, y a que sus afiliados o simples votantes no se animen a defenderlas públicamente en dichos medios. Por cierto, el discurso descalificador predominante en las asambleas gremiales no se corresponde con el usado en el marco de las negociaciones y consultas con los representantes del gobierno y de los partidos políticos sobre los que recae dicha descalificación. En este último caso, se reconoce que no existe demasiado margen para modificar aquellas mismas medidas a las que se denunció como delitos de lesa nación.

Más allá de los ámbitos gremiales, las claves del debate interpartidario no son muy diferentes. Ambos extremos coinciden en plantear una opción simple entre un proyecto conservador y uno progresista -sólo que cada uno de los protagonistas se asigna esta última postura- y no reconoce siquiera los aspectos rescatables de las resistencias que levanta su propuesta. Y cualquiera que sea nuestra interpretación o evaluación última con respecto a las virtudes ocultas de esa propensión polarizadora, lo cierto es que condena a gran parte de la ciudadanía desmovilizada a convertirse en una especie de "mayoría silenciosa", fácilmente marginada y huérfana de voceros públicos adecuados, mientras que coloca en una posición desventajosa, expuesta a todos los desgastes y castigos, a aquellas fracciones políticas que tratan de representar posiciones intermedias.



El jamón del sandwich

Entre los múltiples testimonios que ilustran el funcionamiento de esa trampa polarizadora seleccionamos el caso del enjuiciamiento de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura. Las propuestas de los senadores Batalla y Zumarán, orientadas a proporcionar un procesamiento confiable y garantizado para ambas partes -la parte agraviada y la parte acusada- fueron rechazadas antes de ser conocidas. Como resultado de esa rigidez, los uruguayos quedamos condenados a pronunciarnos a propósito de un dilema empobrecido: o avalábamos la impunidad total por las violaciones cometidas, sin siquiera esclarecer públicamente las responsabilidades y sin encarar el saneamiento controlable de la institución militar, o nos dedicábamos a organizar un circo de diez años de actuaciones judiciales por las que desfilaban, como testigos o como acusados, la mayor parte de la oficialidad. (Incluso aquí la sabiduría "privada" de la ciudadanía uruguaya se sobrepuso a los términos polarizados de un dilema que, a pesar de ser diseñado por el sistema político, conducía a una escisión moral incompatible con ese mismo sistema: tal como lo ha señalado Romeo Pérez, recodificó la situación y optó por alinearse según sus afiliaciones partidarias, rescatando así la continuidad y legitimación de sus acumulaciones políticas.)

Ahora bien, si el sistema político uruguayo parece empeñado en castigar duramente a quien pretenda "jugar en la mitad de la cancha", ¿quién va a querer entrar como socio menor de una coalición gobernante, sabiendo de antemano que se trata de una empresa a pura pérdida, que genera altos costos y ningún beneficio?

El Partido Socialista Italiano y el Partido Liberal en la República Federal Alemana lograron jugar papeles decisivos en las coaliciones gobernantes, por cuanto en sus respectivos sistemas y culturas políticas existían "lugares disponibles" para sus desempeños. Por lo tanto no tuvieron que reformular por su cuenta y riesgo todos los planteos y los dilemas, ni modificar los criterios de evaluación y de visibilidad con que sería apreciada su participación en la coalición gobernante.

En cambio, en nuestro contexto ¿qué fracción política se expondría a cubrir por su

cuenta los costos de ese aprendizaje y de esa reformulación de nuestra cultura política, descontando que incluso los que más tarde se beneficiarán de esa innovación serán los primeros en castigarla por apartarse de las reglas de juego tradicionales? En efecto, tanto sus propios socios de coalición como los grupos que han quedado excluidos, tendrán todas las facilidades para acusarlos de complicidad con "la patria financiera" o con "la patria corporativa". Cuando apoye ciertas reivindicaciones sindicales, un polo le reprochará su complacencia con "el país de la nostalgia y de la protección de la ineficiencia"; cuando no apoye indiscriminadamente los aumentos de las retribuciones salariales y de las partidas de gastos estatales, será acusada, por el otro polo, de "estar entregada al capitalismo financiero internacional y a sus planes de dominación" o de avalar "una política económica continuista de la dictadura y empobrecedora del país", etcétera. Y en ambos casos tendría dificultades para hacerse oír, por cuanto unos y otros, tanto sus asociados transitorios como quienes quedaron excluidos, aspiran a dismantelar esa agrupación y reclutar para sí a sus simpatizantes.

Algunos legajos personales

Dentro del sistema y la cultura política uruguaya, hemos acentuado aquellos rasgos y antecedentes menos favorables con vistas a un gobierno de coalición. Sin embargo, examinando más al detalle, el panorama dista de ser uniforme.

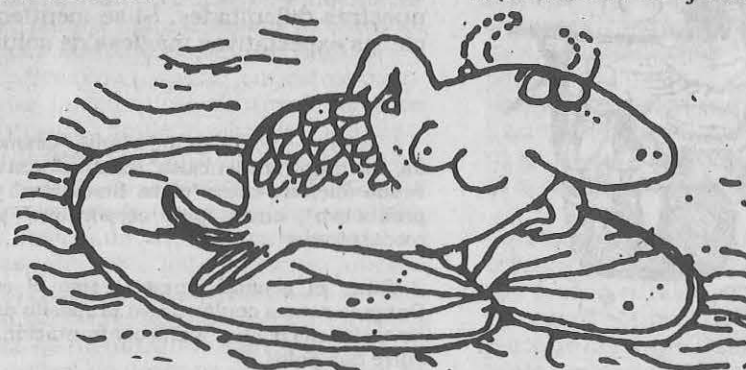
Algunas fracciones políticas han alimentado las polarizaciones extremas y contribuido entusiastamente a debilitar las posiciones intermedias; en ese sentido, su desempeño no es casual ni oportunista, sino que responde a la forma en que conciben sus identidades partidarias y sus interlocuciones con el resto del sistema. Como ya señalamos, el modelo presidencialistas se conjugaba con una concepción "jacobina" de las prácticas políticas y con un talante intransigente para llevar adelante las reivindicaciones. Tal concepción es renuente a situaciones equívocas en cuanto al ejercicio de las responsabilidades de la gestión gubernamental y en cuanto a las fronteras de identidad de cada grupo político. Prefiere jugar en un terreno de confrontaciones nítidas y cuando no logra alcanzar arbitrajes definitivos en que el ganador se queda

con todo, procura establecer acuerdos de alcance reducido, reservándose el máximo posible de independencia. Tanto por sus antecedentes recientes como por sus matrices de identidad política, el Partido Colorado en su conjunto, el Frente Amplio y el Movimiento de Rocha en el Partido Nacional, han dado suficientes testimonios de su afiliación a esa concepción "jacobina" y de su infatigable entusiasmo por las polarizaciones simples y empobrecedoras.

En cuanto al resto de las agrupaciones del Partido Nacional, se advierten posiciones variadas y oscilantes. El Consejo Nacional Herrerista ha venido confirmando su filiación a una matriz "polifónica" cuyos antecedentes más lejanos y más esclarecedores se remonta a los mejores mensajes de Bernardo P. Berro, al "Berro de la Guerra Grande", enfrentado al jacobinismo rivadariano y sarmientino: de sus filas han salido las más claras propuestas de gobierno parlamentarista. Aun así, no es casual que haya optado por ubicarse en una de las alas del Partido Nacional y no en el centro. En el Movimiento por la Patria, duramente castigado por sus posiciones centristas, debilitado en sus convicciones, se advierten oscilaciones y confusiones: ha brindado las mejores muestras de generosidad política al servicio de las instituciones y del sistema, renunciando a sacar réditos de las dificultades del gobierno y del fisco -en ocasión de la crisis del sistema bancario, por ejemplo. Pero se alineó con propuestas reformistas que reforzaban el presidencialismo y no ha logrado alcanzar la claridad del Herrerismo en sus formulaciones acerca de las propuestas de coalición. No es del todo descabellado suponer que en su seno se agitan, mal sedimentadas, las filiaciones jacobinas del Nacionalismo Independiente con las filiaciones polifónicas del tronco tradicional del Partido Nacional.

Ninguna de las anteriores apreciaciones sobre las disposiciones genéricas de las distintas agrupaciones partidarias carece de traducciones bien precisas a la hora de encarar los acuerdos de gobierno. Así, por ejemplo, el senador Batlle insistió hasta último momento en que la política económica no era materia de transacción, por cuanto la responsabilidad última de la gestión no admitía ciertas formas de reparto que, al final, terminan haciendo imposible al ciudadano exigir rendiciones de cuentas por los desempeños cumplidos. Mientras tanto, el senador Lacalle había adelantado reiteradas veces su disposición a establecer acuerdos programáticos en ese terreno, tratando de encontrar, con flexibilidad, los puntos de aproximación.

La coalición que postuló la candidatura del senador Batalla ofrece un cuadro abigarrado en el que las disposiciones favorables son recortadas parcialmente por indecisiones y desdibujamientos. Si miramos a los antecedentes bien frescos, el senador Batalla reúne méritos difícilmente comparables como jugador leal del sistema político: por su contribución incansable a dismantlar la "pinza polarizadora" y los bloqueos de dicho sistema, por su afán de "recorrer toda la cancha" y establecer puentes con todas las voces y sectores políticos (propiciando, por ejemplo, el ingreso de los tupamaros al Frente Amplio y -al mismo tiempo- reuniones entre militares, políticos y académicos para analizar la ubicación de las Fuerzas Armadas en nuestro marco institucional), intentando acuerdos interpartidarios para elaborar soluciones de consenso frente a problemas que parecían conducir a callejones sin salida, etcétera. El alejamiento de ese grupo político de la coalición frenteamplista respondió fundamentalmente -por lo menos, así lo interpretamos nosotros- a la imposibilidad de ejercer esa función des-



CUADERNOS DE MARCHA

bloqueadora en el seno de un agrupamiento cuya amplia mayoría apostaba a la polarización rígida entre dos "patrias" o dos "proyectos de país"² y a la eliminación tanto de posiciones intermedias como de las fronteras fluidas³.

Son esos mismos antecedentes, convertidos ahora en razones de existencia y de vocación de futuro, los que ponen a los grupos políticos integrantes de la coalición Nuevo Espacio ante una difícil alternativa: sus gestos políticos anteriores no le facilitan un rechazo "principista" a la invitación de participar en un gobierno de coalición. Y si no logra explicar con razones convincentes -mejores que las esgrimidas para dar cuenta de su ruptura con el Frente Amplio- su exclusión inicial o su eventual retiro posterior, todo el itinerario cumplido hasta aquí se desdibuja. En efecto ¿qué es lo que diferencia su práctica política de la del Frente Amplio, si no es capaz de jugar exitosamente en el terreno de los acuerdos interpartidarios para el que demostró acendrada vocación y en cuya defensa halló el impulso para su alejamiento del Frente?

Por otro lado, si el Nuevo Espacio -o cualquiera otra fracción política que no esté dispuesta a jugar a las polarizaciones- acepta integrar coaliciones de gobierno en el papel de socio menor, no sólo no tendrá una vida apacible sino que tendrá que enfrentar desafíos de magnitud tal como para poner en peligro su propia continuidad en el



futuro. A cualquier posición "centrista", el sistema político uruguayo le reserva un dilema que reza como sigue: un "principismo cómodo" la conduce a una lenta disolución, mientras que si se arriesga a ocupar un protagonismo visible está amenazada por la perspectiva de una rápida fragmentación, movilizadora por fuerzas centrífugas que operan desde adentro y desde afuera. En efecto, debe cumplir una operación muy difícil y compleja: inaugurar por su cuenta y riesgo un lugar político inédito, jugar contra múltiples adversarios que estarán al acecho de su más ligera flaqueza y establecer nuevos principios de evaluación, contribuyendo así a la generación de nuevas tradiciones de cultura política desde las que será juzgado su desempeño por la ciudadanía.

En cierto sentido, toda esa complejidad se resuelve en un punto nodal: la asunción explícita de su posición "centrista" sin vergüenzas ni concesiones eclécticas, reconciliada definitivamente con la mejor tradición liberal y ligada a un estilo de práctica política cotidianamente ejemplarizado, bien visible y previsible tanto para sus adherentes como para sus interlocutores. Ninguna estrategia de mera prudencia y sensatez podrá suplir esos recursos genuinos, ni la pondrá a salvo de las fuerzas centrífugas que operan desde el centro del sistema político uruguayo: deberá "pararse en el medio de la cancha" y adquirir autoridad para pronunciarse en cada caso, yendo sin miedo al encuentro de sus propios respaldos y referentes públicos.

Para ello tendrá que luchar a brazo partido contra las pendientes de pereza que arrastran a nuestro sistema político a una semántica empobrecida y empobrecedora. Deberá desacreditar todos los planteos infantiles que se empeñen en exorcizar nuestras dificultades. Si se mantienen en pie las expectativas mágicas de solucionar

² A nuestro juicio, la ciudadanía "desmovilizada", "la mayoría silenciosa" queda afuera de esos pseudo-dilemas entre "plaza financiera" y "país productivo", entre "país corporativo" y "país modernizador".

³ Tanto el general Seregni como el senador Gargano nunca ocultaron su propósito de reducir el sistema político a una confrontación simple entre dos polos.



nuestros problemas extirpando algún quiste localizado, si no se consigue arrinconar a su lugar testimonial a toda esa cultura extirpatoria, entonces cualquier agrupación cívica que pretenda desbloquear debates quedará atrapada entre las pinzas de una polarización esterilizadora. Y no le servirá de ningún consuelo el saber que su orientación sintoniza con las expectativas de las 3/4 partes de la ciudadanía uruguaya.

¿Qué esperar del futuro?

Hasta aquí hemos recorrido un inventario de antecedentes, dificultades y bloqueos, de cara a dilucidar las posibilidades y recursos que asisten al sistema político uruguayo en el momento en que, a nuestro juicio, empieza a verse obligado a explorar soluciones institucionales de tipo parlamentario. Ahora bien, ¿qué podemos esperar de una reconstrucción semejante?

Ciertamente nada que se parezca a un pronóstico. Todo intento de adelantarse a anticipar trayectorias y desempeños que vayan más allá de lo trivial supone incorporar un supuesto del que preferimos vernos librados. En efecto, implica pensar que los actores políticos son incapaces de todo aprendizaje, no están en condiciones de reformular los términos en los que se les plantean sus dilemas, no son capaces de procesar alternativas que hoy no resultan visibles y son completamente inhábiles para generar recursos de los que hoy no se dispone.

Por otra parte, si nos hacemos cargo de esta capacidad de aprendizaje y meta-aprendizaje, pero al mismo tiempo mantenemos nuestras pretensiones predictivas, caemos prisioneros de una variante de la famosa aporía de Popper en torno a las previsiones del estado futuro de nuestros conocimientos. Así, por ejemplo, nuestros intentos de establecer anticipaciones arriesgadas y significativas con respecto a nuestros conocimientos matemáticos dentro de 20 años encuentran un límite insalvable: la imposibilidad de describir con nuestras categorías actuales aquellos avances cognitivos. Es que, precisamente, tales avances surgirán de una reformulación esclarecedora de las actuales categorías, así como de un proceso de transgresiones sistemáticas a nuestras referencias presentes; proceso a lo largo del cual iremos modificando ciertos supuestos y exigencias de legitimación que hoy se

reclaman a toda proposición matemática. En una palabra: nadie puede predecir la invención del cero en la aritmética, porque la mera descripción de aquello que se iba a inventar exigía que el invento ya se hubiera concretado.

Como se ve, nuestros intereses reflexivos acerca del itinerario político-institucional de la ciudadanía uruguaya no se conforman con intentar prever qué tendencias se van a imponer, si las "virtudes secretas" o los "vicios públicos" de las alternativas que hemos estado examinando. Nos importa, en cambio, responder a la pregunta acerca de qué razones van a prevalecer; acerca de cómo y por qué las virtudes secretas podrán abrirse paso hacia lo público. Más aún, no nos alcanza con observar cómo la ciudadanía uruguaya dirime el pleito entre la lógica presidencialista y la lógica parlamentarista. Aspiramos a contribuir a la reformulación de los términos en que se plantea ese dilema y se procesan los desafíos conexos. Y tal aspiración no proviene de algún compromiso político concreto sino que, más bien, es la resultante lógica de nuestra interpretación "cognitiva" de la actividad política. Nos referimos a aquella interpretación en virtud de la cual una teoría política se muestra heurísticamente idónea cuando es capaz de prolongar los aprendizajes sustantivos de la ciudadanía en torno a los asuntos comunes. Cuando consigue rescatar las mejores versiones posibles de las voces que allí concurren -incluso las más crispadas o las más apáticas- convirtiéndose así en interlocutora confiable y productiva de las réplicas y contrarréplicas que se tejen.

Por eso es preciso aclarar, antes de terminar, que no adjudicamos valor concluyente a los antecedentes manejados como testimonios favorables o desfavorables a las soluciones parlamentarias. Si lo hiciéramos, tendríamos que suponer que la etapa pasada a la cual pertenecen forma un continuo homogéneo con el presente y con el futuro, de manera que no es posible esperar ninguna inflexión ni ninguna reformulación del mapa de problemas y recursos.

Con todo, nos facilitaríamos demasiado las cosas si pretendiéramos inmunizar a nuestra reconstrucción de la cultura política uruguaya contra cualquier desmentido por parte de las trayectorias observables. Por lo tanto, estamos obligados a establecer los

riesgos discriminados de refutación a que ella está expuesta.

En su formulación más sencilla, tal reconstrucción se limita a establecer que las virtudes y disposiciones parlamentaristas "secretas", acumuladas pacientemente en nuestro sistema de partidos, están condenadas a aflorar en forma "vergonzante". Están obligadas a figurar como meras soluciones sucedáneas -como *second best*- ante falencias del sistema de partidos, o como un expediente compensatorio de la lógica presidencialista, destinado a garantizar ciertas "zonas de reserva" que amparan a los perdedores contra las consecuencias arrasadoras del principio que otorga todas las cartas al ganador⁴.

Así, las "coaliciones uruguayas" aparecen por razones negativas -justificadas por razones de emergencia- y no son asumidas ni recomendadas por sus atributos positivos. Por eso no solamente no logran consolidarse como ejes de acumulación de aprendizajes sino que, además, sus socios están expuestos a pagar altos costos en términos de credibilidad y de autoridad política. Están obligados a defenderse continuamente de acusaciones "cómodas" que reducen los acuerdos a "repartos de cargos" o pactos mafiosos que marginan al resto de las colectividades partidarias. Esa exposición a la denuncia fácil proviene de su carácter incompleto, de su incapacidad para asumir públicamente y en todo su alcance la lógica parlamentarista que las convalidaría. En ese sentido, la ubicación de las "coaliciones uruguayas" con respecto a las coaliciones genuinamente parlamentaristas es similar a la que ocupa la matemática egipcia con respecto a la griega. A lo sumo constituyen lo que Piaget llama un "proto-concepto".

No es sorprendente, pues, que sus instrumentaciones den lugar a toda clase de prevenciones, resistencias y equívocos. Cuando se consulta a un político uruguayo acerca de la posibilidad de que su fracción participe en acuerdos de gobierno, suele acudir a la salida cómoda -aunque totalmente desacertada- del rechazo indignado a cualquier "reparto de cargos" como moneda para comprar los votos de su bancada, al mismo tiempo que asegura la mejor disposición de su colectividad a colaborar con la gestión del gobierno. (Como si la asunción de responsabilidades ministeriales y com-

promisos específicos no fuera la modalidad óptima de plasmar esa disposición constructiva, sin que ello obligue a aceptar cualquier forma de coalición posible).

Ahora bien, ¿qué trayectorias observables refutarían nuestra reconstrucción de la cultura política uruguaya en la etapa actual de su itinerario? La consideraríamos desautorizada en forma irreversible si nuestras "virtudes parlamentaristas secretas" pudieran aflorar naturalmente e instalarse en el escenario político como un recurso familiarizado, sin que ello esté acompañado de reajustes sustantivos de nuestra cultura política y sin tener que luchar a brazo partido contra desconfianzas y resistencias.

En cambio, serían compatibles con nuestra reconstrucción otras tres trayectorias alternativas: i) la frustración inicial de los intentos de configurar una coalición parlamentaria; ii) un desempeño mediocre y engorroso de los gobiernos de coalición -continuamente desgarrados por tensiones internas y externas- asociado a un proceso de desprestigio que recaería más acentuadamente sobre los "socios menores", castigados duramente tanto por los opositores como por los socios mayores;⁵ iii) una implementación exitosa de la lógica parlamentarista -culminada en algún momento posterior por una reforma constitucional que la consagre formalmente- y un desempeño "normalizado" de las coaliciones de gobierno (con alternancias, entradas y salidas no traumáticas) acompañados, eso sí, por una "revolución de nuestra cultura política" que implique una serie de transgresiones sistemáticas de nuestra semántica política actual, así como por una reformulación sustantiva de los términos con que se plantean nuestros dilemas.⁶

⁴ La ilustración más notoria de ese carácter de expediente excepcional se encuentra en la coalición terro-herrerista de la década de los treinta.

⁵ Recuérdese el gesto desagradecido con el que el gobierno del presidente Sanguinetti acogió el apoyo de la mayoría del Partido Nacional en el proceso de aprobación de la Ley de Caducidad.

⁶ Estas reflexiones fueron elaboradas en el correr del pasado mes de noviembre, es decir, antes de realizarse los últimos comicios. El resultado electoral, creemos, confirma lo esencial de lo que aquí se dice.

Elecciones 1989

Una votación por la reforma política

Aureliano Rodríguez Larreta

Un 7% de los votantes en las pasadas elecciones generales (26/11/89), en el departamento de Montevideo, discriminó en su voto la cuestión municipal de la nacional. En efecto, **65.616** personas dejaron en blanco una de las dos hojas de votación (la nacional o la departamental), según datos del escrutinio primario verificado por la Junta Electoral y faltando aún el segundo escrutinio, es decir, el cómputo de los votos observados, que no variará esencialmente los resultados.

Esa cifra se descompone en 40.451 (4.3%) que se abstuvieron en la votación municipal y 25.165 (2.7%) que omitieron votar listas nacionales. Ambas abstenciones parciales pueden haber respondido a infinitas intencionalidades individuales, pero el contexto de la campaña electoral permite advertir en ellas -expresándose de una manera o de la otra y según sea la hoja omitida- una tendencia general: la de influir especialmente y de forma **distinta**, en los asuntos municipales.

Hay que advertir, en primer lugar, que la información hecha pública no permite saber cómo se han distribuido esos votos en blanco, tanto en lo municipal como en lo nacional, entre los diferentes partidos, y, dentro de ellos, entre sublemas y listas. Podemos conocer, solamente, el **saldo** que ofrecen ambas situaciones en el total de votos computados para cada partido en hojas nacionales y en hojas departamentales. Por ejemplo: en el Partido Colorado se registran 219.587 votos para sus hojas nacionales y 215.884 para sus hojas departamentales; ello nos dice que hubo 3.703 votos en blanco departamentales, **más** que los habidos en el plano nacional, y que no se compensaron con los votos en blanco para las hojas nacionales, pero nada nos dice de cuántos fueron unos y otros. De haber habido la misma cantidad de votos en blanco en las hojas nacionales y en las departamentales, se compensarían unos con otros y no se registrarían diferencias entre las cifras partidarias globales, nacionales y departamentales.

Cuadro I

Distribución de votos nacionales y departamentales en Montevideo

PARTIDOS	1)VOTOS NACIONALES	%	2)VOTOS DEPARTAMENTALES	%	3)1-2	3/1%
Frente Amplio	308.569	34.70	323.014	36.95	-14.445	-4.6
Partido Nacional	236.799	26.63	217.312	24.86	+19.487	8.2
Partido Colorado	219.587	24.69	215.884	24.70	+3.703	1.7
Nuevo Espacio	117.064	13.16	110.652	12.66	+6.412	5.5
Otros	7.293	0.82	7.151	0.83	+142	1.9
Totales	889.312	100	874.013	100	----	---

Fuente: Elaborado según datos del escrutinio primario verificado, Junta Electoral.

Por ahora sólo se puede detectar la tendencia predominante, la actitud más generalizada entre esos abstencionistas parciales en cada partido. Y de la combinación de esas actitudes, extraer posibles vinculaciones con un fenómeno político tan señalado como el el amplio triunfo del Frente Amplio en Montevideo.

El voto municipal

De los cuatro grandes conglomerados electorales, conviene ir del menor al mayor en este intento de análisis.

El Nuevo Espacio recogió, en Montevideo, 117.064 votos en hojas nacionales y 110.652 en departamentales. Esto señala el predominio de **6.412** voluntades (el 5.5% de los votantes a candidatos nacionales) que decidieron no pesar en la contienda municipal. Vista la diferencia real que separó al Nuevo Espacio de los dos primeros puestos, estas abstenciones no pueden computarse como un voto indirecto (por lo negativo) a favor del otro partido capaz de ganar la Intendencia montevideana.

Otra cosa será -como se podrá ver más adelante en este artículo- la incidencia real del caudal de votos que atrajo el Nuevo Espacio en el resultado de la elección municipal.

El Partido Colorado, con las cifras ya consignadas, a vía de ejemplo, exhibe un saldo de **3.703** votos (el 1.7% de los votos a candidatos nacionales) que no se volcaron en hojas departamentales, lo que es indicador de una voluntad predominante de abandonar posiciones en el gobierno municipal. Téngase en cuenta que la diferencia a favor del Partido Nacional respecto del Partido Colorado en hojas departamentales fue sólo de 1.428 votos (0.16 % del total de votos departamentales en Montevideo), siendo estas abstenciones en lo municipal -agregadas, naturalmente, a la enorme pérdida real que descolgó del poder al Partido Colorado- la cifra marginal pero decisiva que deja a los colorados en tercer lugar en Montevideo. Claro está, en hojas nacionales en Montevideo, el Partido Nacional aventajó al Colorado por 17.212 votos (1.94% del total de votos nacionales en Montevideo), pero eso responde a un hecho de mayor relevancia que se verá de inmediato.

El Partido Nacional, que tuvo en Montevideo 236.799 votos en hojas nacionales, y 217.312 en departamentales, presenta un saldo de abstención en la puja por la Intendencia de **19.487** votos (el 8.2% de los votantes blancos a candidatos nacionales). Surge aquí un voto de entidad colectiva y de importancia cualitativa y cuantitativa, que resulta insoslayable en cualquier análisis.

Al quedar el Partido Nacional en un ajustadísimo segundo lugar, desplazando al Partido Colorado al tercero -tal como se ha visto más arriba y en virtud de la abstención colorada en hojas departamentales- esta significativa distinción del votante nacionalista en Montevideo cobra toda su relevancia.

El 8% de los votantes blancos de la capital mantienen su candidatura al gobierno nacional pero no apoyan las listas departamentales del partido. Esta abstención es un voto indirecto por la candidatura del Frente Amplio y va a contribuir de manera importante a la ventaja que finalmente obtendrá el Frente Amplio sobre el Partido Nacional en hojas departamentales. Esa diferencia fue de **105.702** votos, y dentro de ella, las 19.487 abstenciones nacionalistas significan un 18%. Hay que recordar, además, que la cifra conocida no es más que el saldo que resulta de la compensación de votos en blanco entre hojas nacionales y departamentales, en el total del Partido Nacional. No ha sido divulgado el contenido sectorial de tal resultado.

No obstante, es sabido que la actitud favorable a la abstención en lo municipal se extendió entre votantes del Movimiento Nacional de Rocha. Ya en el escrutinio primario realizado por el Ministerio del Interior, aparecía una diferencia de 22.506 votos que se sumaban a la candidatura presidencial del Movimiento Nacional de Rocha pero no se registraban para la candidatura departamental del movimiento. En aquella información, el saldo de abstención de los blancos en lo municipal, quedaba reducido, sin embargo, a 15.268 votos, pues las otras candidaturas a la Intendencia de Montevideo por el Partido Nacional -las de Carlos Cat y de Héctor del Campo, al contrario que la de Eladio Fernández Méndez (MNR)- computaban algunos miles de votos más que sus respectivos candidatos presidenciales.

Puesto que, en el escrutinio verificado por la Junta Electoral, el saldo de abstención municipal de los blancos se ha ampliado de 15.268 a 19.487 votos (un sustancial aumento de 4.219 abstenciones), se puede suponer, aplicando la misma proporción de incremento, que la cifra real de abstención en hojas departamentales, de los votantes del MNR, pueda situarse entre los 26.000 y los 27.000 votos; 11% de los votos del

partido en hojas nacionales en Montevideo y 29% de los otorgados al candidato presidencial del MNR).

En el Frente Amplio, victorioso, confluyen todas estas variables de sus contendores; y, en lo primordial, las que la propia coalición generó en la "fabricación" de su victoria, que nadie ha dejado de reconocer como auténtica e histórica.

Señalado ya el margen dilatado del triunfo frentista sobre el Partido Nacional (105.702 votos), que el Frente Amplio obtiene con sus 323.014 votos en hojas departamentales, resta aproximarse a la composición de aquella ventaja.

Al contrario que los otros tres conglomerados, el Frente recogió en Montevideo más votos por su candidatura municipal (36.95% de los votos en hojas departamentales) que por su candidatura nacional (34.7% de los votos en hojas nacionales). Las hojas nacionales del Frente Amplio registraron 308.569 votos en Montevideo. La diferencia en favor de las hojas departamentales ha sido, por lo tanto, de **14.445** votos. Esta cifra es, también, un saldo de posibles abstenciones cruzadas en lo nacional y en lo departamental; pero (y aquí nuevamente se debe interpretar mediante el contexto político de la campaña) corresponde entender que esa diferencia representa a un número alto de personas que quisieron apoyar directamente al candidato único presentado por el Frente a la Intendencia de Montevideo, sin votar la candidatura nacional. Los 14.445 votos en blanco en hojas nacionales del Frente Amplio, equivalen al 4.5% de los votantes a candidatos departamentales, y cabe suponer que el número real de quienes así actuaron ha de superar, pero en muy poco, a esa cifra.

En Montevideo, la ventaja obtenida por el Frente Amplio sobre el Partido Nacional, en hojas nacionales, es de 71.770 votos. Si tomamos esta cifra como representativa del aporte real de la candidatura nacional a la victoria frentista en Montevideo, y la integramos a la ventaja de 105.702 votos obtenida en hojas departamentales, concluiremos que dicho aporte ha supuesto el 68% de dicha victoria. El restante 32% (33.932 votos) ha sido cosechado por el candidato a Intendente, Tabaré Vázquez, de dos maneras distintas y complementarias a este fin: los 19.487 votos no colocados en las urnas

en favor del Partido Nacional en lo departamental (apoyo indirecto o negativo) y los 14.445 votos colocados únicamente en favor de la candidatura municipal del Frente Amplio, sin incluir la hoja nacional (apoyo directo y positivo).

Importancia del voto en blanco

El análisis anterior sobre el voto en Montevideo es demostrativo de que el ciudadano está buscando y reclamando un nuevo sistema electoral y de partidos, que le permita mayor libertad y certeza en su decisión. El ciudadano reflexiona cada vez más y hace distinciones que el actual sistema no le permite hacer si no es recurriendo a estrategias que casi siempre suponen el sacrificio de sus derechos.

No otra cosa sucede cuando se quiere formar una coalición electoral, para lo cual la ley impone el uso de un solo lema partidario. Y lo mismo ocurre cuando, para considerar la cuestión municipal separadamente de la nacional, el ciudadano tiene que dejar de votar una de las dos hojas, viendo así cercenado su derecho a gravitar en ambas elecciones y a distinguir en aquello que su inteligencia le revela como distinto.

Así ha sido que, en Montevideo, el voto en blanco parcial ha cobrado protagonismo en las últimas elecciones. El 2.7% del total de votantes (25.165 votos) ha ejercido el voto en blanco nacional, es decir, ha querido influir en los temas municipales sin atarse a votar en lo nacional una opción política que, en conciencia, no es la suya.

De esos 25.000 votos, cerca de 15.000 se encuentran ahora respaldando a Tabaré Vázquez, intendente electo por el Frente Amplio. El resto (unos 7.000 votos) son identificables en el Partido Nacional y, quizá, también en el Partido Colorado y el Nuevo Espacio.

Mayor ha sido el voto en blanco departamental (40.451 votos), que se sitúa ya en el 4.3% del total de votantes. En este caso la intención ha sido aún más elaborada, pues supone la decisión de abstenerse de incluir la hoja departamental del partido preferido en lo nacional, como forma de facilitar, indirecta pero eficazmente, una solución municipal diversa. Casi dos tercios de esos votos se encuentran en el Partido Nacional; más de una quinta parte en el Nuevo Espacio; una octava en el Partido Colorado y el resto en los partidos menores.

Cuadro 2

Distribución proporcional de las abstenciones nacionales y departamentales

PARTIDOS	ABSTENCIONES DEP.	%	ABSTENCIONES NAC.	%
Frente Amplio			14.445	57.5
Partido Nacional	26.502	65.7	7.013	27.9
Partido Colorado	5.037	12.5	1.334	5.3
Nuevo Espacio	8.720	21.4	2.308	9.1
Otros	149	.37	7	.08
Totales	40.408	99.97	25.107	99.88

Fuente: Elaborado según datos del escrutinio primario verificado, Junta Electoral. Las cifras de los totales son algo menor a las proporcionadas por la Junta Electoral por razones de redondeo. La distribución porcentual se hizo sobre el supuesto de que no hay, o son residuales, las abstenciones de los votantes frentistas en lo departamental.

ENERO 1990

No es este 7% de abstenciones diversas, lo que explica, claro está, el novedoso resultado electoral en Montevideo. En primer lugar, se explica por el descalabro histórico del Partido Colorado, que sólo en este departamento pierde más de 100.000 votos y cae un 11.21% de la posición conquistada en 1984. En segundo término, por el estancamiento del Partido Nacional (que equivale a un retroceso) pues sólo conserva los mismos votos que en 1984, y cae cerca de un 1% en su posición relativa. Y en tercer término -pero un término decisivo en la ecuación- la victoria del Frente Amplio en Montevideo ha sido posible porque un cuarto lema o conglomerado electoral, el Nuevo Espacio, apareció en las pasadas elecciones, absorbiendo más de 110.000 votos en hojas departamentales. Con lo cual se abrió la calle del medio por la que el Frente Amplio, superando apenas su propia votación de 1984 y ganando 1.1% en su posición relativa, avanzó hacia la meta con toda comodidad.

Otro análisis, en un plano más polémico podría abordarse entrando a indagar de qué manera el Frente Amplio pudo mantener intacta su potencialidad de 1984, tras sufrir la fuerte escisión de los partidos de la izquierda llamada "renovadora", que concurren a formar, precisamente, el tronco principal del Nuevo Espacio. Pero ello no cabe en los propósitos de esta parte del presente trabajo. Simplemente cabe señalar, desde el punto de vista del resultado electoral, la eficacia con que ambas izquierdas (o ambos campos de "la izquierda") supieron utilizar el actual sistema.

La necesidad de cambiar

Por debajo de la aludida discusión política, que ocupa tanto la atención de casi todos, está apareciendo, cada vez más visible, el esfuerzo de los ciudadanos por romper las rígidas estructuras partidarias y electorales y hacer múltiples distinguos en la expresión de su voluntad.

Está demostrado que, desde ahora y para siempre, en Montevideo y en cualquier otro departamento, se podrá ganar una elección en hojas nacionales y perderla en departamentales, y viceversa. Múltiples candidatos a intendente recibirán más votos que sus líderes nacionales, y otros recibirán menos.

Estas pugnantas elecciones están empu-

jando al sistema a su propia transformación liberalizadora. Demuestran, además, que los uruguayos están dispuestos a cambiar muchas cosas y que han empezado a lo grande, como en Montevideo, sin pedir permiso.

Las ventajas del pluralismo sobre las estructuras partidarias hegemónicas han quedado demostradas en el resultado electoral que acabamos de analizar. Pero no basta con que un cuarto espacio, mediante consabidos sacrificios, se haya abierto su lugar en el tablero, dieciocho años después de la aparición del tercero. Es necesario reformar el sistema político y electoral uruguayo para ir al encuentro de las crecientes apetencias políticas de los ciudadanos.

Por sobre todo, se hace urgente reformarlo ahora, cuando no se tienen nuevos horizontes electorales a la vista. Hay que tener en cuenta, finalmente, que las elecciones que tendrán lugar en 1990 y 1991 en los países del este europeo, se realizarán bajo sistemas electorales más libres y pluralistas que el uruguayo, aunque esto parezca una paradoja.

El voto por el Nuevo Espacio

En mi última colaboración para *Cuadernos de Marcha* ("Gobiernos de coalición", diciembre 1989, pp.19-22), expresé: "No hay que olvidar que ha sido la aparición de este nuevo espacio político, lo que ha abierto el camino, en las pasadas elecciones, a la victoria nacionalista a nivel nacional y al triunfo del Frente Amplio en Montevideo".

Algunas calificadas opiniones me han llegado, privadamente, para discrepar con esa apreciación. Ello no ha hecho más que aumentar el interés de la cuestión, por lo cual se justifica un más detallado análisis y un juicio más completo.

Si nos mantenemos en el nivel de análisis que viene siendo el hilo conductor de este artículo, creo que ya ha quedado suficientemente demostrado que, en el plano municipal de Montevideo, es más que significativa la comparación de los siguientes números: el Partido Colorado pierde más de 100.000 votos; el Frente Amplio y el Partido Nacional permanecen en su nivel anterior; el Nuevo Espacio alcanza 117.000 votos en hojas nacionales y 111.000 en departamentales.

CUADERNOS DE MARCHA

En el plano nacional, la diferencia entre el Partido Nacional triunfador y el Partido Colorado en el segundo puesto, según el escrutinio primario, fue de 164.036 votos (el 8% del total de los votos escrutados); en tanto que el Frente Amplio, pese a la salida de importantes partidos de su seno, mantuvo y aumentó algo su caudal anterior de votos, cediendo apenas un -0.24% en su posición relativa respecto a la elección de 1984.

Ante una pérdida de 200.000 votos del Partido Colorado (-11% respecto a la elección anterior), el Partido Nacional aparece creciendo, en el escrutinio primario, solamente 73.000 votos (+3.1% respecto a la elección anterior); en tanto que el Nuevo Espacio arrastra 172.000 votos (8.5% del total de votos escrutados). Esta última cifra es significativamente parecida, y aún mayor, que el margen de victoria del Partido Nacional sobre el Partido Colorado.

Estas cantidades y estos porcentajes relativos son lo suficientemente elocuentes para poner en evidencia adónde fueron la mayor parte de los votos perdidos por el Partido Colorado, tanto en Montevideo como en los totales nacionales. El Nuevo Espacio fue capaz de atraer y extraer del Partido Colorado, aquellos votos que el Partido Nacional no es capaz de obtener más allá de un contingente limitado que antes, en un esquema bipartidista, se llamaba "flotante" y era el que decidía.

Al aparecer el Nuevo Espacio como cuarto contendor, se ha multilateralizado el tablero por primera vez en la historia política uruguaya. Ya no se puede pensar en grandes victorias ni en mayorías absolutas, salvo por alguna notable y excepcional circunstancia. En este sentido, el país tiende a modernizarse y democratizarse, aun forzando la lógica anacrónica de su sistema electoral.

De no haber existido el Nuevo Espacio, el Frente no habría alcanzado su gran victoria municipal, simplemente porque el Partido Colorado no habría perdido, en su favor, tantos votos como ha perdido, y el Partido Nacional habría ganado muchos más. Tal triunfo hubiera sido, en todo caso, una perspectiva en el horizonte.

De igual manera que en el plano municipal, en el plano nacional el sistema político se

habría petrificado, de no haber surgido un nuevo espacio. ¿Cuántos votos colorados hubiera podido atraer el Frente Amplio? ¿Cuántos colorados se hubieran sentido cómodos votando blanco? ¿Cuántos blancos se hubieran volcado a votar al Frente?

Es fácil coincidir con Tomás Linn (Búsqueda, 28/12/89), cuando analiza los atractivos que presentaba una votación por el Nuevo Espacio, para gente que busca o acepta una propuesta de izquierda flexible, en particular para sectores jóvenes. Y especialmente coincido con Linn cuando expresa que "su sólo surgimiento otorgó increíble flexibilidad al sistema político en su conjunto".

La columna vertebral del Nuevo Espacio es el Partido por el Gobierno del Pueblo (lista 99) y tal hecho no puede ser soslayado. El éxito o el fracaso de esta coalición ha estado y estará ligado a la línea política de este partido, no por demérito de sus actuales aliados democristianos y socialcristianos, sino por el peso específico del caudal electoral que parece ir afirmando el PGP y que es a la vez coyuntural y tradicional. Esto último también lo ha señalado acertadamente el columnista de "Búsqueda".

Si nos ponemos a comparar, pero más que eso, si nos ponemos a reflexionar sobre la actuación política y electoral de la lista 99, desde que en 1970 se apartó del Partido Colorado para formar el Frente del Pueblo, para en 1971 contribuir a fundar el Frente Amplio y participar con dispar fortuna en las elecciones de 1971 y 1984 dentro de ese Frente, hasta su presente discutido y polémico dentro del Nuevo Espacio -que es un Frente del Pueblo versión 1989- tendremos que concluir que sólo ahora, pasados casi veinte años, la lista 99 ha salido verdaderamente del Partido Colorado. Sólo ahora ha logrado su propósito y su misión de cambiar la vida política del país abatiendo los altos muros del tradicionalismo.

Una nueva forma de gobierno

Naturalmente, los muros del tradicionalismo no se derriban solamente arrastrando votos colorados o blancos hacia otros sectores, nuevos o no tan nuevos. Si la sola presencia de un cuarto espacio otorga flexibilidad al sistema político, ello se debe a que torna difíciles las mayorías absolutas, relativiza los resultados, hace más fluidas las

opciones y desmitifica las grandes verdades dogmáticas.

Los uruguayos han demostrado que quieren gobernarse de una manera más moderna, flexible y democrática. Se está conformando, de hecho, un sistema de partidos y coaliciones que encuentra en las reglas de juego obstáculos deformantes de la voluntad popular. La relatividad de los resultados electorales está demandando una forma de gobierno más democrática, racional y transparente, que únicamente en el sistema de coaliciones parlamentarias encuentra su expresión cabal.

Sin perjuicio de insistir en la necesidad de una reforma institucional que abarque el sistema político en su conjunto, ahora urgida por las nuevas realidades emergentes del último acto electoral, se destaca en estos momentos -como un tema de primordial interés general- la conveniencia de inaugurar la presidencia de Luis Alberto Lacalle con un gobierno de coalición.

Muy interesante resulta, respecto de ese tema, la reciente encuesta de "Equipos Consultores" que registra un promedio del 69%, votantes de todos los partidos, que están a favor de un gobierno de coalición. De la lectura particular por partido surge que se ubican por encima del promedio los votantes del batllismo, del propio Lacalle, de los otros dos sectores nacionalistas y del Nuevo Espacio. Todos ellos con porcentajes similares, oscilantes entre el 73% y el 76%. Esa era, precisamente, la franja que, en mi ya citado artículo anterior, me adelantaba a señalar como la más proclive y apta para servir de base a la primera experiencia uruguaya en la materia, aun dentro de las actuales instituciones.

Sólo quedan por debajo del promedio, pero igualmente con guarismos positivos, el pachequismo (65%) y el frenteamplismo (63%), lo cual también era previsible y lógico, por situarse en sendos extremos del abanico parlamentario.

De todo esto surge, muy claramente, que existe una amplia base de apoyo popular para un gobierno de coalición. Algo que únicamente podrían poner en duda algunos dirigentes políticos, a juzgar por las opiniones que de ellos tiene el director de la empresa responsable de la mencionada encuesta.

En efecto, César Aguiar ha dicho que los políticos uruguayos son "facciosos", en tanto que la opinión pública -como queda reflejado en la encuesta- es mucho más homogénea y favorable a la política de alianzas.

Será de una importancia crítica el poder comprobar, en los próximos tiempos, hasta que punto la dirigencia política uruguaya, renovada como lo ha sido en las últimas elecciones, se muestra capaz de interpretar los más profundos sentidos de la votación.



Las artes, la cultura,
el país y el mundo, en

Brecha

El semanario independiente
de los viernes

Suscríbase

	seis meses	un año
Uruguay	N\$ 11.000	N\$ 21.000
América Latina	US\$ 32	US\$ 56
Resto del Mundo	US\$ 40	US\$ 70

El precio de la suscripción incluye el envío por vía aérea al exterior o la entrega por mensajero (el mismo día de salida) en Montevideo. Pida cobrador a los teléfonos 91 67 23 ó 90 87 87. Desde el exterior, envíe cheque o giro a la orden de BRECHA S.R.L.

Avda. Uruguay 844 - Montevideo - Uruguay

reflexiones desde el Perú

democracia y faccionalismo político

César Aguiar

CUADERNOS DE MARCHA

I

Tal como lo subrayó la prensa internacional, el fin de la década de los '80 muestra una situación auspiciosa en los países de América del Sur: en todos los países -aunque en diverso grado- se han consolidado procesos políticos que determinan la prevalencia, a corto plazo, de gobiernos electos por los respectivos cuerpos electorales en elecciones básicamente democráticas. De acuerdo a lo previsto, en 1989, Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile completaron en diferentes instancias ciclos políticos relevantes para cada uno de dichos países. Con velocidad inesperada, y aun cuando recién puede considerarse un proceso incipiente, Paraguay se agregó en el primer semestre al conjunto de los países con regímenes pluralistas y participación activa del cuerpo electoral en la definición de los conflictos. Y así, al fin de los '80, en los países de América del Sur se verifica una situación completamente inédita en su historia: sin perjuicio de que existan variaciones muy claras en el grado de institucionalización y apertura de los diferentes regímenes, no existe ninguno que pueda calificarse de una dictadura. El hecho de que la democratización política sea hoy un proceso que afecta a la mayoría de los países y de que los procesos vividos en la mayor parte de los países socialistas estén signados por el mismo carácter no debe llevar a olvidar la importancia y excepcionalidad de lo que ocurre en esta zona de América.

¿Cuál será el futuro de estos regímenes? ¿Es posible aventurar para el futuro un pronóstico optimista? ¿Cuáles son las amenazas que se ciernen en el corto, en el mediano y en el largo plazo, para una efectiva consolidación democrática? El interés del tema es obvio y sugiere la aparición de una temática nueva en las interrogantes prevalentes dentro de los ámbitos interesados en los procesos políticos latinoamericanos. Si la década de los '80 aparece preocupada por la transición a la democracia y el establecimiento de reglas de juego que permitan garantizar gobernabilidad, representación y participación, la década de los '90 se abre con la preocupación por la fundación de **culturas políticas** efectivamente democráticas. Porque, en definitiva, la consolidación de los regímenes democráticos de los '80 dependerá esencialmente de la creación de culturas -reglas de juego, pero, antes que nada, valores- de tipo democrático.

II

El caso peruano es un ejemplo claro y relevante de la problemática en discusión. Después de completar la primer década de su historia transcurrida bajo gobiernos democráticos, y de enfrentar una crisis económica generalizada sin antecedentes en su historia y de registrar transformaciones sociales que hicieron desaparecer el Perú tradicional sin sustituirlo por ningún otro modelo más o menos integrado, Perú deberá realizar en el próximo mes de abril unas elecciones de tremenda importancia. Luego del fracaso de Belaunde en el primer quinquenio de la década y del de Alan García en el segundo, la falencia del Estado, la crisis de los partidos políticos y el radical descreimiento en los políticos -curiosamente conjugados con una bastante fuerte afirmación de los valores democráticos en la opinión pública- definen el entorno político del surgimiento del tercer gobierno. Los desafíos económicos, sociales y políticos que enfrenta este gobierno son inmensos, y es difícil pronosticar como podrá compatibilizar las tareas de democratización, crecimiento e integración nacional en el marco de un sistema político tan desintegrado como el peruano.

Veamos algunos detalles, con fines meramente ilustrativos.

a) Mostrando una "volatibilidad" que ilustra la fragilidad de las adhesiones políticas, los últimos gobiernos democráticos mostraron una formidable capacidad de perder adhesión. En el '80, Belaunde accedió al gobierno con la mitad de los votos y se retiró de él con menos del 10%. En el '85, Alan García llegó al poder en aras de una formidable corriente de simpatía y respeto que, más allá del 50% de los votos, le aseguraba niveles inusitados de apoyo y popularidad -superiores al 70%- , a fines del '89 apenas si recoge niveles del 5% de popularidad y es considerado por la gran mayoría de los peruanos -incluido apristas- el peor presidente de la historia.

b) Contra lo que se afirma muy ligeramente en la prensa, la mayoría de la juventud limeña se autoidentifica claramente en el centro del espectro político y percibe a Vargas Llosa y Belaunde muy a su derecha, a Pease, Barrantes e Izquierda Unida muy a su izquierda y a Sendero Luminoso en un lugar extremadamente alejado a su izquier-

da. En rigor, sólo Alan García es ubicado en "lugares" similares a los de los propios jóvenes. Pero sólo el 3% de los jóvenes tiene una imagen positiva del presidente.

c) Salvo el APRA, y en menor medida, Acción Popular, ningún partido político peruano tiene una estructura nacional medianamente significativa. Y aun así, el APRA reúne apenas el 16% de las adhesiones. Vargas Llosa, sin otro aparato político propio que el minúsculo Movimiento Libertad, se basa en la fuerzas de dos partidos -Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC)- y un movimiento -Solidaridad y Democracia (SODE)- que son altamente dependientes de liderazgos caudillistas tradicionales y que tienen escaso poder representacional. La Izquierda Unida (IU) es un conglomerado heterogéneo de grupos que, además del Partido Comunista, del Movimiento de Afirmación Socialista y del Partido Unificado Mariateguista -todos ellos muy pequeños- reúne una cantidad de pequeños núcleos irrelevantes, y el

"barrantismo" con su Acuerdo Socialista -una corriente proveniente de la IU, bastante parecida al Nuevo Espacio uruguayo- mezcla adhesiones de tipo carismático y de independientes de izquierda junto con muy débiles estructuras partidarias como el Partido Socialista Revolucionario (PSR). En este contexto, no es de extrañar que en las recientes elecciones a la Alcaldía de Lima, el locutor televisivo Ricardo Belmont, recién venido a la arena política detrás de su también recientemente creado Partido Obras, haya ganado cómodamente con más del 30% de los votos, reclutando adherentes en todas las puntas del espectro político -incluida la izquierda- pese a haber manifestado claramente su voluntad de apoyar a Vargas Llosa en las próximas elecciones nacionales.

d) Más allá del sistema partidario, el Perú ofrece el espectáculo insólito de dos movimientos armados que, a pesar de su escaso volumen, mantienen capacidad operativa en amplios sectores del país pese a que

SERVICIO INTERNACIONAL
EGN
EMPRESA GRAL. ARTIGAS



PRIMERA LINEA
INTEROCEANICA
TERRESTRE

MONTEVIDEO
SANTIAGO de CHILE
MONTEVIDEO

SU HORIZONTE MAS ALLA DE LA CORDILLERA

SERVICIOS SEMANALES UNIENDO:

- ★ MONTEVIDEO - SANTIAGO (Rep. Chile)
- ★ MONTEVIDEO - MENDOZA (Rep. Argentina)
- ★ MONTEVIDEO - SANTA MARIA (Rep. Fed. Brasil)

- PERSONAL EXPERIENTE.
- UNIDADES ULTIMO MODELO, DOTADAS DE: AIRE ACONDICIONADO, BAR, TOILETTE, T.V. VIDEO y SALA DE JUEGOS.
- DTO. DE TURISMO QUE PLANIFICARA SU ACTIVIDAD EN SANTIAGO O MONTEVIDEO, O DONDE USTED QUIERA VIAJAR.

AGENCIA MONTEVIDEO
AV. LIBERTADOR 1945 c/LIMA
TELS. 94 03 89 - 94 03 93 - 92 09 17

AGENCIA SANTIAGO
TERMINAL SUR
TEL. 79 35 36

RESERVA DE HOTELES — CONTRATACION DE OMNIBUS

luchan entre sí y a que, en el caso de Sendero Luminoso, mantiene una relación fuertemente conflictiva con casi todos los sectores relevantes de la izquierda. Difícilmente tipificable dentro de los movimientos guerrilleros latinoamericanos -más parecido, por cierto, al Khmer Rouge, por su radical "otredad" cultural y política-, Sendero Luminoso ha mostrado capacidad de supervivencia y crecimiento al amparo de la fortísima segmentación geográfica, social y cultural de la sociedad peruana. Pero más allá de la espectacularidad de algunas de sus acciones, Sendero es una pequeñísima minoría premoderna sin capacidad alguna de captación de segmentos sociales importantes en una sociedad que enfrenta cotidianamente los desafíos de la modernidad. Más parecido a las organizaciones guerrilleras guevaristas de los '60, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) muestra mucho menor arraigo y bastante menor capacidad de crecimiento que Sendero y parece más fácilmente "desgastable"

por los dilemas contemporáneos de la izquierda clásica en sociedades democráticas. Pero, en cualquier caso, ambos mantienen fuerte autonomía de acción y ponen límites visibles al sistema político formal.

e) Las organizaciones vinculadas al narcotráfico han hecho ya su aparición en la política peruana, y son un elemento cuya relevancia no puede ser dejada de lado. En la selva, los narcotraficantes parecen tener vínculos relevantes con el ejército, con la policía, con Sendero, con organizaciones de plantadores y con las nacientes "burguesías" de la región. En Lima, los vínculos del narcotráfico pueden llegar a altos niveles de los partidos políticos, y del gobierno, aparte de tener fácil acceso a diferentes niveles del aparato estatal. Sin llegar al poder desembozado que muestra en Colombia, en Perú el narcotráfico ha alcanzado posiciones importantes: es responsable de la mayor parte de las divisas que entran al país, tiene un papel decisivo en la economía y el empleo de la zona de la selva y ha logrado convencer a buena parte de la opinión pública peruana de que juega un papel indispensable en la economía y de que se trata de elegir a quien se combate primero -al narcotráfico o a Sendero-, porque tratar de cumplir las dos metas juntas es inalcanzable y sólo puede aparejar el fracaso de ambas.

Una sociedad desarticulada, una fuerte crisis de los canales políticos "clásicos", una fuerte desarticulación geográfica y el surgimiento de organizaciones paralelas al sistema político marcan, así, un entorno difícil para la gestión política. Dificultad que se hace más notoria si se recuerda que el Perú tiene una deuda externa importante, que el sector externo de la economía muestra problemas crónicos, que los niveles de pobreza de los peruanos no han dejado de aumentar y se encuentran entre los más altos de América y que no se han encontrado mecanismos que permitan superar los problemas de una economía atrasada, poco integrada y sin sectores dinámicos capaces de impulsar el desarrollo del conjunto de la sociedad. Tan solo el formidable empuje de los "informales" -que muestran una insólita capacidad de crear "agujeros" para generar su propio empleo- y el empeñamiento con que los limeños valoran algunos aspectos de la cultura democrática permiten mantener algún grado de esperanza sobre el futuro del Perú.



III

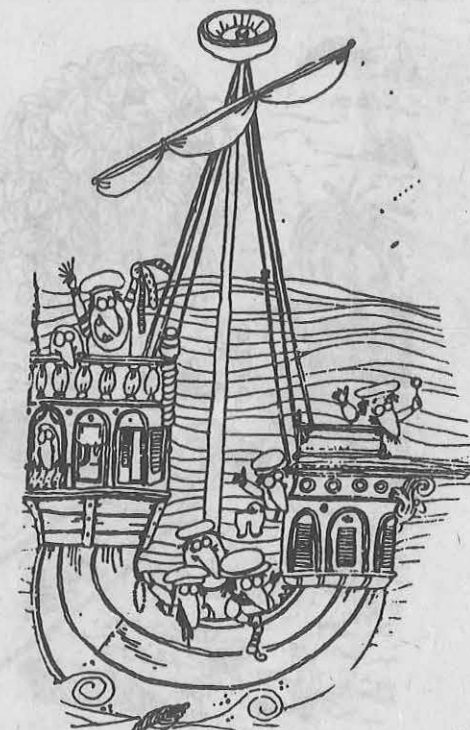
Con el sistema de doble vuelta electoral y habida cuenta de la reciente experiencia brasilera, no es fácil hacer un pronóstico sobre el futuro gobierno.

Vargas Llosa parece mantenerse firme en el entorno del 44% de las adhesiones, muchas de las cuales aparecen mediadas por previas adhesiones a AP o al PPC. Pero los datos sugieren que hay allí un fenómeno de "techo": en la primera vuelta, no parece haber un 50% de los peruanos dispuestos a otorgarle su voto. Y en principio parece difícil que esto cambie: con valentía y convicción "thatcheriana", Vargas anuncia un programa de cambios drásticos que antes de comenzar a crecer implicará el despido de casi 500.000 funcionarios públicos, la radical disminución de la protección a "la industria mercantilista y prebendaria", la puesta en práctica de mecanismos efectivos de control de la corrupción del aparato estatal y cambios en el financiamiento de la educación -porque "para que todos los peruanos puedan acceder a una buena educación es necesario que aquellos que puedan pagarla la paguen efectivamente". De modo que, al menos en esta etapa, Vargas Llosa es muy claro en indicar que al menos al principio habrá más costos que beneficios a repartir y parece dispuesto a asumir sus propios costos políticos en la primera vuelta.

Frente a Vargas, el APRA, la IU y el "barrentismo" se disputan la posición de segunda opción. En las recientes elecciones municipales y distritales el APRA mostró que su piso es lo suficientemente alto como para darle esperanzas dada la división de la izquierda, y su candidato -Luis Alva Castro- ha puesto todo su esfuerzo en "desmarcarse" lo más posible del desastre presidencial. En las mismas elecciones, la IU mostró que su techo para la primera vuelta se ubica en niveles similares al del piso del APRA, y parece difícil que lo supere por mucho: su candidato, el sociólogo católico Henry Pease tiene fama de ser un excelente administrador pero, hasta el momento, carece de arraigo personal más allá de las estructuras de las organizaciones que lo apoyan. Y el "barrentismo", en tercer lugar, parece ser la incógnita de la elección; su rotundo fracaso en las elecciones municipales se estima ligado a la no candidatura del propio Barrantes, y las expectativas de su desempeño

en las nacionales se vincula al hecho de que Barrantes -ahora sí candidato- es la única figura de la izquierda que tiene niveles de popularidad y un importante lote de adhesiones personales.

No es posible, por tanto, saber desde ahora quien será el segundo. Pero sí es posible estimar que, **sumados**, Alva Castro, Pease y Barrantes pueden alcanzar cómodos un 40% de los votos, acercándose así a las adhesiones que reúne Vargas Llosa. En ese caso, cabe preguntarse, ¿qué pasará en la segunda vuelta? Desde las filas de los tres sectores minoritarios ya han salido varias voces llamando a unir las fuerzas en la segunda vuelta, marcando una oposición convencional entre el proyecto liberal "conservador" -como se califica a Vargas Llosa, con demasiada simpleza- y el proyecto "popular" -como se supone que se puede calificar a un eventual proyecto que reúna a las tres corrientes menores. Por otra parte, el escaso margen que le falta a Vargas Llosa para superar el 50%, la dificultad para cualquiera de hacerse cargo de los deplorables resultados de la gestión del gobierno del APRA y el más que probable apoyo de Belmont, parecen facilitarle las cosas al FREDEMO en una segunda vuelta.



IV

En todo caso, sin embargo, parece obvio señalar que el verdadero problema no es quién gana las elecciones. En rigor podría decirse que allí comienzan los problemas. El verdadero problema - como lo saben bien Sanguinetti, Paz Estenssoro, como lo percibe claramente Lacalle y como en poco tiempo lo verán Aylwin y Collor- el verdadero problema es **cómo y con quién** se gobierna. Las sociedades latinoamericanas contemporáneas se caracterizan, cada vez más, por ser **sociedades de minorías** -dónde todos, sin excepción, somos minoría- en las cuales eventualmente mayoritarios climas de opinión no encuentran expresión partidaria unívoca y donde prevalecen regularmente formaciones partidarias minoritarias o altamente fragmentadas. Los ejemplos de partidos coyunturalmente mayoritarios - como el justicialismo de la Argentina- muestran hasta que grado la fragmentación interna dificulta la gestión de gobierno.

En el caso peruano, las dificultades parecen claras. Sin aparato partidario propio, Vargas Llosa se nutre de un elevado prestigio internacional, de un fuerte peso en la opinión pública peruana y -muy sobre todo- de las debilidades intrínsecas de sus opo-



nentes y aun de las de aquellos que lo apoyan. Pero, si es presidente, el primer día de gobierno deberá pagar muy caro el apoyo que le dieron dos viejos políticos cazurros como Belaunde Terry y Bedoya. Y si en el pasado pudo utilizar su renuncia como mecanismo de presión frente a los liderazgos partidarios, parece poco probable que pueda hacerlo después de ser electo. Y si en vez de Vargas Llosa el elegido es uno de los otros tres candidatos el panorama se agrava: ya no se trata de pactar con dos partidos sino con cinco o seis, ya no se dispone en el "activo" de un fuertísimo prestigio internacional o de una fuerte simpatía en la opinión pública, y se cuenta en el "pasivo" con el comprobado peso opositor de una figura como Vargas Llosa.

Así pues, vistas las cosas desde el ángulo del apoyo al gobierno, el futuro no parece fácil. Pero es más difícil aún si se tiene en cuenta que en las sociedades latinoamericanas de fines del siglo, el control efectivo del aparato estatal es un problema decisivo, y que quien realiza aparentemente una oposición "civilizada" en el parlamento puede desarrollar un "sabotaje" sistemático y mucho menos "civilizado" en la administración. En el caso peruano, la política de botín burocrático practicada por Alan García sugiere que las posibilidades de "sabotaje" desde la administración son importantes si gana el FREDEMO, pero, a su vez, el tradicional "arraigo" de AP en algunos sectores de la administración y la reciente victoria del FREDEMO en la mayoría de los municipios sugiere que no serán menores las dificultades si gana alguno de los otros tres candidatos. Y, gane quien gane, las dificultades serán en cualquier caso grandes en todos los ámbitos en que el aparato estatal tenga o adquiera alguna relevancia en relación al narcotráfico o en las zonas de la sierra o la selva que de hecho se hallan bajo el control de Sendero, el MRTA o los crecientes movimientos armados.

¿Qué cabe, entonces, esperar para el próximo gobierno peruano? En cualquier caso: muy fuertes dificultades de gestión, que se agravarán con el paso del tiempo si es que esas primeras dificultades no se superan rápidamente. Porque -y aquí está el nudo de la cuestión- el caso peruano parece ser paradigmático en términos de "faccionalismo" de la elite política: la opinión pública es mucho más homogénea y cooperativa que los propios políticos. En términos del "dile-

ma del prisionero" las probabilidades de cooperación de la elite política peruana son muy bajas porque, por razones de cultura política, tienden a pensar a priori que los demás jugarán sucio y, por lo tanto, no están dispuestos a postergar la realización de beneficios privados. Es posible que esa cultura se alimente en un buen lote de razones históricas -el "faccionalismo" ha sido, de hecho, un comportamiento tradicional de las elites políticas peruanas-, pero, en los hechos, opera como un límite estructural de cualquier gestión de gobierno exitosa. Y así se explica que en los '60, Belaunde haya sido desplazado por sus propios generales, que nuevamente hayan sido sus generales los que desplazaron a Velasco, que a fines de los '70 Morales Bermudez debiera retirarse sin prácticamente ningún apoyo relevante, que Belaunde en el primer quinquenio de esta década perdiera inclusive sus apoyos civiles, que Luis Alva Castro le quitara a Alan García el control de su propio partido siendo éste último presidente y que en las primeras de cambio Belaunde y Bedoya pusieran en peligro la candidatura de Vargas Llosa -y el propio proyecto del FREDEMO- por un problema menor de candidaturas municipales. ¿Qué puede esperarse, entonces, del futuro gobierno, en el marco de esta cultura política? Poco, en rigor, salvo que logre cambiarla.

V

Más allá de su interés propio, el caso peruano es útil para observar en términos comparativos los procesos políticos de las democracias latinoamericanas. Claramente, ellas difieren en el grado en que disponen de una efectiva memoria democrática, en la medida en que disponen de sistemas de partidos relativamente integrados y modernos y en el grado en que pueden controlar efectivamente sus propios aparatos estatales. El Perú es probablemente un extremo de "minus" en cada una de estas tres dimensiones. El Uruguay y Chile, probablemente, tienden a acercarse al polo de "plus". Pero en todos los casos las tres dimensiones son relevantes, como ha sido anotado por muchos analistas.

Pero el caso peruano sugiere la relevancia de una cuarta dimensión: el grado de "faccionalismo" de las elites políticas. En Perú parece ser máximo. En Bolivia, luego de haber sido altísima, parece haberse ate-

nuado en forma harto significativa -y de allí, probablemente, los progresos de ese país en términos de consolidación democrática. En Uruguay, en el periodo Sanguinetti, las estrategias de gobernabilidad seguidas por Ferreira y Zumarán, mostró un ejemplo valioso de cooperación.

Es posible, sin embargo, que en el Perú una nueva propuesta de gobernabilidad no alcance para permitir que el próximo gobierno, sea cual sea logre cumplir las tareas requeridas para encauzar a la sociedad peruana. Más allá de la gobernabilidad -que, en última instancia se limita a asegurar la existencia de una oposición leal- parece difícil que el Perú pueda enfrentar el desarrollo sin un cambio de cultura política que estimule el pacto y la coalición y que permita convertir a su aparato estatal en una organización efectiva y moderna. Como es probable que ocurra en todos los países de América Latina que se caracterizan porque todos somos minorías, la gobernabilidad asegura la democratización pero no el desarrollo, sea cual sea el modelo que se busque implementar. Para el desarrollo en países de minorías, parecen requerirse pactos, cooperación y coaliciones. El "faccionalismo" de los políticos es un riesgo importante para el desarrollo.



La poética del tango

Antonio Marimón

*"Diríase que sin atardeceres y noches
de Buenos Aires no puede hacerse un tango"*

Jorge Luis Borges

Profundos acontecimientos sociales y políticos de la vida argentina, puntúan no sólo las condiciones en que se produce el tango como fenómeno específico de la cultura popular y nacional en el Río de la Plata, sino que son también el contexto de su tránsito desde el arrabal o las orillas de la ciudad de Buenos Aires, hasta lograr un reconocimiento universal que fue mucho mas allá de sus primeras y confusas fronteras.

Sin lugar a dudas, 1880 fue un año clave en la historia de ese país sudamericano. Resuelto por el camino de la exterminación y el genocidio el problema de la presencia de indígenas en las tierras de la pampa, lograda la federalización de la ciudad y el puerto de Buenos Aires, sellada la unidad y organización institucional del país, todo se disponía para una nueva etapa histórica¹. A partir de ese momento, escribe Oscar

Terán, "la nación tenderá a una efectiva centralización política y mercantil, en tanto se integraba y/o eliminaba a los sectores precapitalistas, y las fértiles tierras pampeanas seguían acumuladas por una minoría -la típica oligarquía terrateniente argentina- dispuesta a ponerlas en explotación con la vista fija en el mercado exterior"². Por otro lado, sigue Terán, "con el objeto de superar el bajo nivel de fuerza de trabajo disponible, el proceso inmigratorio iniciado años antes adquirió proporciones gigantescas, y el acelerado tendido ferroviario dibujó un espacio económico definitivamente de-

¹Noé Jitrik, *El 80 y su mundo*, Jorge Álvarez

²Oscar Terán, "José Ingenieros o la voluntad de saber" en: *José Ingenieros Antimperialismo y nación*, Siglo XXI.

ENERO 1990

pendiente: un abanico cuyos rayos penetraban en las zonas agropecuarias y desembocaban en el puerto de Buenos Aires".³

Para sintetizar, la denominada "generación del '80", que acaudillaba el general Julio A. Roca, trazó un programa de gobierno "que estructuró la Argentina moderna hasta la gran crisis de 1930". Su concreción se basaba en una clara orientación de la economía por carriles agroimportadores, con centro en la producción agrícola-ganadera de los latifundios de la pampa húmeda, y a través de compromisos sólidos y dependientes con el imperialismo británico. Subsidiariamente a esta matriz nacían algunas industrias, crecía una red comercial, se instalaba el capital financiero, crecieron las ciudades -en especial Buenos Aires-, y el país se abría a un importante caudal inmigratorio. Si en 1869 había en él un millón 800 mil habitantes, en 1914 esa cifra estaba multiplicada por cuatro.

Un mundo de transición

Estos señalamientos tienden a indicar que aparecían, en el horizonte nacional argentino, nuevas clases sociales con sus reivindicaciones, especificidad histórica, mitos e ideologías. Comerciantes, profesionales, burócratas, artesanos e intelectuales en general, integraron en Buenos Aires los distintos niveles de una amplia pequeño-burguesía. Y las industrias todavía incipientes, que registraban el paso del trabajo artesanal al taller y a ciertos visos de producción en serie, empleaban obreros, casi todos europeos, en cuyo seno crecieron rápidamente las corrientes socialistas y anarquistas.



Empero, estos sectores no podían acceder al sufragio universal ni compartir o detentar el aparato del Estado. Lo impedían los mecanismos del voto calificado y el fraude electoral y, sobre todo, el férreo control del poder que ejercía, como clase rectora y dominante, la oligarquía terrateniente. Esto no tardaría en crear contradicciones inminentes, a las que se agregaban las dificultades de la estructura productiva para absorber el alud humano que arribaba desde otras latitudes. Un ejemplo es que, en 1897, había en Buenos Aires alrededor de 100 mil desocupados.

Recojamos otra cita de Noé Jitrik: "la ciudad no tiene habitaciones (...) para tanta gente (...) Se difunde el conventillo (...) y Buenos Aires presencia un hacinamiento nunca visto", añadiendo: "el inmigrante (...) va escapándose del ghetto del sur, en los alrededores del Riachuelo, y ayuda a crear el barrio"⁴. En una palabra, este panorama de súbitos trastocamientos históricos y sociológicos determina la aparición de una realidad nueva en la capital rioplatense: surgió un espacio social y cultural de transición, el cual, como ha ocurrido siempre en este tipo de fenómenos, llevaría las crudas marcas de la aventura, la violencia y las desigualdades.

Así fue como las zonas marginales de la gran ciudad recogieron, por un lado, una porción importante de la corriente inmigratoria, dando lugar a nuevas regiones urbanas y, sobre todo, a lo que hoy podríamos llamar la génesis del moderno barrio popular; en tanto que, por otro lado, la migración interna de origen rural y gauchesco, cuyos miembros no se habían integrado al proceso de demarcación y alambrado de los campos, es decir, a las formas de producción de la estancia moderna, también engrasaban este movimiento. De ese modo, en un paisaje a veces calificado como de "pueblo de fronteras", ambiguo y lindante entre lo urbano y lo rural, marginal a las formas tradicionales de la vida cotidiana de Buenos Aires en el siglo XIX, se extendió una especie de nuevo mundo ciudadano y nacieron nuevos arquetipos, lenguajes y formas de cultura.

³Oscar Terán, ob.cit.

⁴Noé Jitrik, ob. cit.

CUADERNOS DE MARCHA

El hecho de que en esas zonas se cobijara en parte la delincuencia, creo un código verbal que se llamó lunfardo. En sus inicios, el lunfardo era el habla específica de los ladrones, una serie de claves lingüísticas que se caracterizaban por la invención de palabras; por el uso de las palabras del español dichas al revés (esto es, el famoso "vesre" y sus consecuencias); y por la incorporación de términos del habla original de los inmigrantes, que provenían de distintos puntos de Europa pero, sobre todo, eran casi mayoritariamente italianos y españoles. El lunfardo, que bien puede ser llamado un idiolecto en el sentido de Barthes, como una habla ya institucionalizada en cierta comunidad, pero que no alcanza a ser formalizable como el sistema de la lengua⁵, tiene toda una historia específica; sin embargo, lo remarcable aquí es que ya proyectado de su ámbito primero -no sólo influye en una corriente de las letras de tangos, sino que deja su marca indeleble en la literatura y en el habla popular de los argentinos. Por otra parte, la importancia numérica de la inmigración italiana, y sus propios regionalismos de origen, crearon otra suerte de idiolecto con menos influencia que el lunfardo, pero igualmente significativo: el cocoliche.

Es obvio que se estructuraban también otros arquetipos sociales: el obrero, la obrera explotada en los talleres, los desempleados, los enfermos por carencia de servicios, los difusores semiprofesionales de las teorías socialistas y libertarias, las prostitutas, el pícaro, el ladrón, el campesino gaucho y desarraigado. Empero, a este espacio social propio del naturalismo europeo se agregó su personaje más célebre: el cuchillero o compadrito, es decir, los lbera o Muraña cantados en las milongas de Borges. El escritor Ernesto Sábato llamó al compadrito, "Mezcla de gaucho malo y delincuente siciliano"; Lugones lo caracterizó como "Híbrido triple de gaucho, de gringo⁶ y de negro"; Juan Sebastián Tallón lo llamó "profesional de la libido". Pero más allá de las muchas páginas que ha propiciado, lo más probable es que los medios de vida del compadrito fueran dos: ser padrote o gigoló del lupanar, y actuar como matón a sueldo de los caudillos políticos de la época. Los Muraña subsistían merced al cuchillo o a la mujer, o a ambas cosas.

El hecho es que este universo heterogéneo, violento y de transición, habría de ser

retratado -fundamentalmente- por tres formas culturales. Una fue la poesía payadescas, cuya estructura y más claro ejemplo literario se encuentra en el *Martín Fierro*, de José Hernández, durante los fragmentos de la disputa poética, o payada, que sostiene Fierro con el Moreno. Otra fue el sainete, un género teatral absolutamente rioplatense que, dicho en forma muy general, consistía en transcribir en una fórmula escénica sencilla y un discurso melodramático al extremo, los conflictos de los sectores populares en la época; y sobre todo, la cuestión del desarraigo del inmigrante, los problemas del barrio y los conflictos sociales o entre las generaciones. Y, como tercer y más poderoso cronista de este mundo, se encuentra -sin ninguna duda- el tango.

Todas estas formas se desarrollaron a contrapelo de la cultura oficial, así como se desarrollaba una fuerte oposición política al sistema oligárquico. Crecía el anarquismo, se difundía el marxismo, nacía el Partido Socialista y, especialmente, en 1893 se creó la Unión Cívica Radical. Este partido -el más popular en Argentina hasta que, en los años 40, sugió el peronismo- representaba a campesinos y propietarios capitalistas rurales que por su crecimiento económico en el sistema ya se encontraban en contradicción con los grandes latifundistas y exportadores, y arrastraba consigo en sus reivindicaciones democráticas y nacionales a la vasta pequeño burguesía urbana, y a sectores populares en general entre los que no estaban ausentes algunas franjas de la clase obrera.

Una cuna violenta

Sobre el contexto anterior, en una ciudad como Buenos Aires que era entonces una de las más violentas de América entre 1890 y 1900 -lentamente y por acumulación de elementos- se produjo la estructuración musical primitiva del tango. Los musicólogos le encuentran vinculaciones con el estilo y la milonga rural, con el candombe, la habanera, el tanguillo andaluz, la

⁵ Roland Barthes, "Elementos de semiología", en *La semiología*, Comunicaciones, Editorial Tiempo Contemporáneo

⁶ Aclaración importante; en el lenguaje de los argentinos se designa como "gringo" al inmigrante italiano.

música popular italiana y otros aportes. Entre ellos, uno esencial de origen germánico: el empleo del bandoneón. Paralelamente, el radicalismo pugnaba por el poder, los terratenientes preparaban una cierta democratización del régimen político argentino por medio de la llamada Ley Sáenz Peña, y el proletariado consolidaba sus primeras luchas, organizándose en centrales obreras y celebrando el 1o. de mayo.

Es indudable que la heterogénea génesis de esta nueva música se realizó sobre aquel espacio confuso, a medias arrabal y a medias barrio popular urbano, cuyos nombres pertenecen ya a la leyenda: Palermo, Monserrat, los Corrales, la Boca, Balvanera, Puente Alsina y muchos otros. También es indudable que, si bien el tango es desde sus inicios una expresión popular y barrial, su música y especialmente los pasos coreográficos de quienes lo bailaban, lo vinculan estrechamente al prostíbulo. Para Ernesto Sábato, el tango nació "en el lenocinio"⁷ el pianista y director de orquesta Osvaldo Pugliese, discute esa tesis y se inclina por un ámbito popular y barrial, menos canelresco. Lo cierto es que la coreografía otorgada a esa música, concretamente en su versión llamada "con corte", se caracteriza por una enorme artificiosidad formal; y al mismo tiempo, por secuencias eróticas dibujadas con tal rigor y precisión que, paradójicamente, no es la fricción directa de los cuerpos, sino sus roces sutiles y figuras simbólicas, lo que le conceden una carga sólo posible en el espacio del prostíbulo. De hecho, cuando el tango arribó a los salones ya instituidos de los barrios o del centro de Buenos Aires, ese estilo bailable se practicaba excepcionalmente, se sugería en algunos pasos o, en resumen, estaba clausurado por un letrero que advertía: "Prohibidos cortes y quebradas, esta es una casa decente". Pero antes de eso, el propio Borges recuerda haber visto bailar el tango en las calles a parejas de hombres; y aclara: "las mujeres del pueblo no querían participar en un baile de perdelurias"⁸

No obstante, la actividad ambulante de los organitos a cilindros -como todavía hoy transitan por la ciudad de México-, los prostíbulos y los salones de danza se convirtieron en los primeros medios de circulación del tango, desde los cuales abandonó su primer territorio y fue ganando los salones del resto de la gran urbe. Hacia 1910, sus músicos ya eran en su mayoría profe-

sionales de extracción pequeño-burguesa, y pronto resultaría esta música una moda en Buenos Aires. En 1915 su auge ya era internacional, y el pontífice Pío X se permitía cuestionarla bajo el cargo de obscenidad.

En el plano musical estricto, este período del desarrollo tanguero reconoce dos etapas claramente definidas. La primera se extiende aproximadamente hasta 1915 y se denominó "Guardia vieja"; en ella, según el historiador y letrista de tangos Horacio Ferrer, "Cada nota que se toca está comprometida en las vacilaciones de un gran empeño en veremos"⁹. Se interpretaba de oído, los autores casi no sabían escribir su música y las agrupaciones -primero compuestas de violín, guitarra y flauta y después, en su estructura primaria definitiva, de violín, piano y bandoneón- eran poco numerosas.

Pero, entre 1915 y 1920, a la vez que arribaba al centro de la ciudad y a sus salones y cabarets, el tango vivió importantes cambios. Por una parte, sin abandonar sus formas de difusión primitivas, penetró en los entonces naciendo medios de comunicación de masas: la radio y las primeras experiencias discográficas. Y por otra, el gran violinista Julio de Caro popularizaba una consigna: "El tango también es música". Con ello explicaba su propio trabajo musical, que incluía invención melódica, enriquecimiento armónico, estructuración formal, orquestación; en una palabra, una evolución mucho más compleja del empuje original de instrumentos. Esta corriente se generalizó entre los intérpretes al punto de que, con esas bases, surgió la llamada orquesta típica; o sea, un tipo de agrupación más numerosa y formalmente orquestal, que se adecuaba a un período de auge y paulatina experimentación musical en el tango, el cual se orientaba ya no sólo a ser fusionado y completado en una actividad danzante, sino también por expresiones cantables. Sobre este tránsito de la "Guardia vieja" a lo que se bautizó "Guardia nueva", las relaciones de los instrumentos

⁷ Ernesto Sábato, *Tango: discusión y clave*, Losada

⁸ Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*, Emecé.

⁹ Horacio Ferrer, *El tango, la siringa*.



entre sí y el papel del cantor en la orquesta, pensamos que nada es más claro y didáctico que la explicación formulada por el último gran artista vivo del tango que conoció esos fenómenos, Osvaldo Pugliese. Pero en lo que a nosotros nos interesa, lo real es que con todo este movimiento se articulaban, así mismo, las condiciones para el nacimiento del tango canción. Por eso en 1917, en el teatro Esmeralda -hoy Maipo- Carlos Gardel estrenó "Mi noche triste", del que también hiciera una grabación inolvidable, considerado históricamente el primer tango canción. Su letra la escribió Pascual Contursi.

En consecuencia, a partir de entonces el tango -además de musical- adquirió gradación lingüística. El lunfardo, el habla semi rural -o adaptación urbana del área rural- de la décima, la milonga y la poesía gauchesca, y lo que en términos generales puede llamarse habla popular urbana, fueron sus fuentes. Y en lo temático predominarían las descripciones costumbristas o pintorescas; las relaciones sentimentales en un registro romántico, o bien dramático y realista; y la cuestión social. De esta última línea, Pugliese recuerda aquellas letras influidas por el anarquismo y que se encuentran en obras como "Pan", "Sentencia" o "Acquaforte", o bien estos versos de "Al pie de la Santa Cruz", tango de Battistella y Delfino: "Declaran la huelga, hay hambre en las casas/ es mucho el trabajo y poco el jornal".

El tango, las capas medias, la mujer y la crisis

El tango canción y la orquesta típica, sin embargo, son por lo menos síntomas de otro fenómeno, en tanto resultan contemporáneos del arribo al gobierno por la Unión Cívica Radical, el partido entonces clásicamente opositor a la oligarquía. El radicalismo, recordemos, ganó en elecciones la presidencia del país en 1916 a través de su caudillo histórico, Hipólito Irigoyen. De esa forma, el ascenso del tango fue paralelo al de la fuerza política, cuyo sustento mayoritario de masas era la pequeña burguesía urbana, a la vez integrante de la porción más numerosa del público tanguístico, y de la cual surgían sus músicos y poetas en cantidad y calidad notable por esos años. Pero al mismo tiempo, el periodismo, la literatura, la universidad, es decir, los medios de producción cultural, también eran intensamente disputados por las capas medias argentinas. En 1918, por ejemplo, en Córdoba estalló el célebre movimiento de la Reforma Universitaria, que alcanzaría dimensión continental.

Como afirma David Viñas, el año 1900 marca en Argentina "el ascenso de las clases medias, de un nuevo público de ese nivel"¹⁰, el que, dentro de un fenómeno de

¹⁰ David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Jorge Álvarez.

cultura popular masivo y amplio, se apropiaría decisivamente del tango, y se convertiría en su sujeto, en su protagonista principal. En el interior de ese proceso, bajo su influencia, afirma certeramente Noé Jitrik que, a partir de 1922, cuando asume la presidencia Alvear, en la temática tanguística la mujer estará condenada a "recibir las pedradas, en cuanto amante infiel, o las propinas, en cuanto madre abnegada"¹¹.

Un libro clásico que oscila magistralmente entre el periodismo, la observación sociológica y la literatura, *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz, describe con aguda precisión los vaivenes de la vida cotidiana de Buenos Aires en esos años en que estaba amenazada la urbe tradicional por cambios profundos. Aun cuando largas, estas citas son impresionables: "La ciudad percibió los primeros contingentes (de inmigrantes) con una sonrisa chacotona... Luego, la ciudad acosada... comenzó a rehuirlos... En un momento de confusión intentó levantar blasones nuevos... Todos los porteños querían descender de San Martín".

Y agrega: "Vistió (la ciudad) una tristeza hosca... Enclaustró a sus mujeres, ya insuficientes para la compañía de cientos de miles, de millones de hombres que arribaban solos... Hombres y mujeres se zanjaron en una rivalidad que ni el matrimonio salvaba... la ciudad hizo más aún, desahogó las naturales trabazones de los sexos. Los alejó a unos de otros; cizañó sus relaciones aboliendo los requerimientos de sus hijos... Los hombres quedaron desamparados. La ciudad se encerró en una mojigatería solemne, casi atrabiliaria"¹².

En definitiva, Scalabrini Ortiz señala cómo frente al peligro de desorden y desintegración de su modelo que implicaba el aluvión inmigratorio, las clases dominantes exacerbaban -entre una de las muchas formas de defensa- los mecanismos ideológicos de la moral burguesa. Y cómo los sectores masivos de las capas medias fueron, quizás, los que más acentuadamente

interiorizaron esa situación en su vida cotidiana. Así, el matrimonio era percibido como único ámbito legal para el sexo; el rito familiar como camino consagrado para el acceso, sin desvíos, del hombre a la mujer; la virginidad femenina considerada un valor absoluto. Y simultáneamente, a partir de la experiencia real se identificaba al sexo con el prostíbulo, esto es, lo impuro, el mal; se perseguía en la mujer una pureza irreal, ideológica; la cultura masculina condenaba abstractamente a la mujer y sublimaba las frustraciones, los engaños, los contactos incompletos, en la figura materna o en la comunidad fraternal de los pares: los amigos, las reuniones junto a la copa o la mesa del café.

Esta estructura de las relaciones sexuales bajo el feroz imperio de la moral burguesa, fue cronicada casi radiográficamente en la literatura por las novelas de Roberto Arlt. Y en las letras de tango encuentra un espacio constante, que pocos metafizaron con la fuerza significativa de Enrique Santos Discépolo: "Eras mujer... pensé en mi madre/ y me clavé", leemos en "Soy un arlequín". Diríase que, con respecto a la relación entre la mujer y el "hombre medio" de Buenos Aires, cuando menos hasta la década del 50, las novelas de Arlt y los tangos de Discépolo son verdaderas pruebas de cargo, auténticos documentos.

Sin embargo, todavía queda un espacio más por ver: el de la crisis. Desde luego, las perspectivas de liberación del imperialismo británico por la vía política del radicalismo serían simétricas al destino de la clase obrera argentina durante los años del primer gobierno de Yrigoyen: las sangrientas represiones de la Semana Trágica en la ciudad de Buenos Aires, en 1919, y de la gran huelga de la Patagonia, en 1922. Excepto intentos nacionalistas en el petróleo, los ferrocarriles y la flota mercante, el proyecto radical no tocó los intereses oligárquicos e imperialistas, ni satisfizo las necesidades populares.

Este panorama se agudizó hacia los años 1929-30 ante la gran crisis del capitalismo. Su desarrollo, en Argentina, puso en evidencia el débil control real que ejercía el radicalismo sobre el aparato del Estado, produjo miseria y desocupación y, luego del golpe conservador encabezado por Uriburu, advino un largo momento de aislamiento político y recomposición de fuerzas para

¹¹ Noé Jitrik, *Poesía argentina entre dos radicalismos*, revista Zona, N°3.

¹² Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera*, Plus ultra.

los sectores populares. Entre 1930 y 1940 se extendió un periodo histórico que se conoce, gráficamente, como "Década Infame"; durante el mismo, el Estado conservador y oligárquico intentó rehacer los términos de su dependencia de Inglaterra, pero la segunda guerra mundial, la decadencia del imperialismo británico al fin de la conflagración y el surgimiento en el país rioplatense de nuevos sectores sociales y fuerzas políticas, cuya síntesis sería el proyecto peronista desde 1945, fueron motivos que quebraron definitivamente el modelo iniciado en 1880.

Simultáneamente, desde los años posteriores de la década del 20 y hasta pasdo el año 1950, Enrique Santos Discépolo y Homero Manzi produjeron las que son, todavía las letras de mayor claridad en la poesía del tango; vale decir, las más escuchadas, las más vigentes en el gusto popular y las de más nítida eficacia estética - como conjunto de un autor- en este difícil género. Ello significa tres niveles que las sustentaron: como viéramos, un nivel específico parte del hecho cultural mismo, basado en su desarrollo a través del tango canción, la orquesta típica, la experimentación musical y letrística, y la circulación concreta del tango hasta ganar a casi el conjunto de la sociedad argentina y, sobre todo, a las capas medias y a los sectores populares en un sentido amplio. Un segundo suelo del fenómeno se encuentra en los rasgos ideológicos predominantes en la pequeño burguesía de la ciudad de Buenos Aires, que desde antes de 1920 era ya el sujeto esencial de la temática tanguera. Y un tercer suelo se encuentra en la crisis política de las capas medias y los sectores populares a partir del fracaso del radicalismo en el gobierno, los cuales, hasta 1945, no visualizarán verdaderas alternativas de poder al dominio de los terratenientes.

Sobre estos huecos de plenitud social, histórica y política; sobre esta larga desazón de los argentinos en su vida concreta y cotidiana, cuyas consecuencias por encima de otros periodos históricos se extienden hasta hoy -la prueba son los tangos discepolianos que se oyen y circulan con la fuerza de un segundo himno nacional-, embona esta poética del tango. Y hay, por supuesto, un último y más esencial suelo desde el que trabajan estos autores, esto es: su propio uso del lenguaje. Ese tema intentaremos abordar en los próximos capítulos.

Discépolo, el moralista fracasado

En 1926, Enrique Santos Discépolo escribió su primer letra de tango: "Que vachache". Sin embargo, hay por lo menos otros dos aspectos de su biografía que quisiéramos incorporar aquí antes de seguir adelante. Uno es que, para entonces, Discépolo -que nació en 1901- ya había escrito algunas piezas de sainete; su hermano Armando, que fue uno de los mejores autores en este género teatral típicamente del Río de la Plata, lo había introducido en la bohemia del ambiente del teatro de la época. Y en su interior, Discépolo -como lo llamaban sus amigos- ya había dado sus primeros pasos. El otro aspecto es que de allí en más y a lo largo de toda su vida, fue perceptible en Discépolo una manera casi febril de ensayar actividades artísticas: como autor de tangos, como autor y actor de teatro, en la radio como participante de espectáculos, o bien incursionando de distintas maneras en algunos filmes de la llamada "época de oro" del cine argentino. Todas estas empresas las encaró, cabe señalarlo, estando más cerca de la empiria que de la experiencia del intelectual clásico.

Sin embargo, ya desde el punto de vista de los contenidos, puede afirmarse que su obra se constituye como la formulación de una queja. Leemos en "Que vachache": "Pero no ves gilito embanderado/ que la razón la tiene el de más guita/ Que la honradez la venden al contado,/ y a la moral la dan por moneditas/ que no hay ninguna verdad que se resista frente a dos pesos moneda nacional/ Vos resultás haciendo el moralista,/ un disfrazado sin carnaval". En 1931 escribe en "Que sapa señor": "La tierra está maldita/ y el amor con gripe en cama/... Y en medio del caos que horroriza y espanta,/ la paz está en yantay el peso ha bajado" Y en 1935, en uno de sus tangos más famosos, "Cambalache", expresó: "Vivimos revolcados en un merengue,/ y en un mismo lodo todos manocados/... Todo es igual, nada es mejor/ lo mismo un burro que un gran profesor...

Estos poemas pueden ser leídos como un solo texto que no oculta su transparencia de significados: primero la pérdida de un orden de valores morales frente a la influencia maléfica del dinero ("plata, plata, plata... y plata otra vez", insiste en "Que vachache"); luego, la desvalorización del amor y la generalización de un caos histó-

co y social; por último, esto se resuelve en "Cambalache" como un desorden sin fronteras, que incluye a todos los individuos al punto de ser la condición "inmoral" un estado uniforme que acosa al propio sujeto del discurso: "No hay aplazados, ni escalafón,/ los inmorales nos han igualado".

Cuando este pensamiento moralista persigue las razones de su queja, no es precisamente progresista: "(el hombre) Creyó que era cuestión de alzarse y nada más/ romper lo consagrado/ matar lo que adoró./ No vió que a su pesar,/ no estaba preparado/ y el solo se enredó", dice en "Qué sapa señor". Esta ingenua violación de lo "consagrado" que observa el poema, encuentra un lugar más preciso cuando de pronto se comprende que "¡Vale Jesús lo mismo que el ladrón!", y en el interior abyecto del desorden "Ves llorar la biblia contra un calefón" ("Cambalache"). El orden moral para Discépolo, es un pasado remoto y no puntuado en la historia, pero que se connota en un nostálgico cristianismo.

Por otro lado, también la mujer es un elemento que desvía al sujeto de sus tangos del verdadero carril ético: "Por vos se ha cambiado mi vida/ sagrada y sencilla como una oración .../ Vencido por tu hechizo que trastorna mi deber" ("Secreto"). Así, la pasión sexual por una parte, pero además la mujer como eje de la institución matrimonial y el matrimonio como una estafa social de la que el hombre es víctima, y en cuya consumación tiene un papel preponderante la familia de la "novia", es un tema discepoleano: "Chorra, vos tu viejo y tu mamá/... Hoy me enteré que tu mamá.../ es la chorra de más fama que ha pisado la treita y tres/ y... que el guerrero/ ni murió ni fue guerrero como me engrupiste vos" ("Chorra"). En definitiva, la mujer y sus padres se confabulan para chorrear -es decir, para robar, para escamotear- al hombre su libertad; los blasones familiares, el falso guerrero y el falso linaje son elementos de esa red que tiende a apresar al individuo como una cárcel.

Este tema, dijimos antes, se encuentra radiografiado en la narrativa de Roberto Arlt; el protagonista de *Noche terrible*, uno de los cuentos más famosos de Arlt, piensa: "Casarse es una forma de suicidio". En el caso de Discépolo, la liberación por parte del hombre de esa trampa atroz del matri-

monio, tiene su sitio en un tango antológico y del que Carlos Gardel hiciera una magistral interpretación: "Victoria/ saraca victoria/ Planté de la noria/ Se fue mi mujer" ("Victoria").

No obstante, hay tres espacios en los que la queja y la protesta discepolianas logran un reposo. Uno de ellos es el "Lirico amor primero" del tango "Sueño de juventud"; es decir, un amor idealizado que no llegó a contaminarse por sus dos adversarios mortales: el sexo y el matrimonio. Los otros dos se sintetizan en "Cafetín de Buenos Aires", una de las obras cumbres de este poeta. El texto de ese tango enumera los arquetipos "sabiendos y suicidas" del café bonaerense, sus "mesas silenciosas" donde -dice- "aprendí a no pensar más en mí", y en su momento fundamental canta: "Cómo olvidarte en esta queja/ cafetín de Buenos Aires/ si sos lo único en la vida/ que se pareció a mi vieja". Por un lado, en tanto ambiente mítico el café es un lugar del olvido, reposo y suspensión del drama de la vida; y por otro, la metáfora que lo compara con la madre lo convierten en el lugar de una placenta simbólica, donde el hombre permanece torturadamente protegido por la cálida relación con sus pares; con los amigos. La madre y el café se retroalimentan como refugios indispensables frente a la inmoralidad, el caos, el desorden y -aunque no lo afirme literalmente- la historia.

LIBRERIA Y PAPELERIA
PAPACITO S.A.

MONTEVIDEO:
ANDES, 1332 - TEL. 90 28 72
18 DE JULIO, 1409 - TEL. 98 72 50
18 DE JULIO, 1644 BIS

PUNTA DEL ESTE:
GALERIA SHOPPING CENTER
LOCAL 23

Si hubiera que hacer un resumen, diríamos: registro del presente histórico como caos; influencia maléfica del dinero; pérdida de las jerarquías morales; condena de la mujer; masoquismo sexual; idealización de la madre, el amor juvenil y la amistad masculina. Para una simple lectura ideológica, la poesía de Discépolo sería pues un catálogo de los mitos de la pequeño burguesía argentina en la "Década infame", muchos de los cuales se prolongan hasta hoy y, fundamentalmente, opacan la huella de las relaciones de producción.

Pero, he aquí lo importante, este análisis no satura la significación de los textos. A nuestro juicio, el discurso discepoliano se organiza en torno a una poética que lo conduce hacia fronteras mucho más avanzadas. En principio, los elementos que deseamos destacar son cuatro. Uno, el hecho de constituirse esta escritura sobre las inflexiones del habla popular, y mantener de ésta su carácter referencial, su valor de instrumento cotidiano; en ese sentido, las letras buscan y exigen la transmisión de un mensaje. Por otra parte, el discurso es coloquial; ello constituye una convención del tango, pero en Discépolo -que conocía a fondo el oficio del sainete- ese aspecto se acentúa llegando a convertirse los poemas en parlamentos dramáticos con complicaciones particulares. Además, la referencialidad está reforzada por el uso de las metáforas, en las cuales, generalmente, siempre

uno de los términos devalúa violentamente al otro: "¡El verdadero amor se ahogó en la sopa, / la panza es reina, y el dinero Dios!" ("Qué vachache"). Esto, que despliega un humor cruel y de connotaciones negativas, se profundiza con la vecindad metonímica de enunciados lunfardos. Es posible señalar, pues, que a partir de lo referencial, de los parlamentos dramáticos, del humor y el lunfardo, el texto discepoliano se realiza continuamente atravesado por estallidos de ambigüedad poética y violencia: "Plantá de aquí, no vuelvas en tu vida" ("Qué vachache").

En realidad, esta escritura trabaja en el límite de lo que la moral permite decir, y a veces va más lejos aún, violentando el habla y cualquier tipo de retórica consagrada por las convenciones y la ley. Así es como, en su organización misma, supera la típica retórica del tango -descriptiva, sentimental o pintoresca- y supera sus propios límites ideológicos. Desde ese punto de vista, las letras de Discépolo se universalizan, y se convierten -en Argentina- en el testimonio de la zozobra social de las grandes masas. Formalizadas como un estilo y un sistema poético, originales en tanto se construyen en la marginalidad de cualquier código literario, mucho más próximas al habla popular que la literatura culta, estas letras encuentran en esos rasgos la clave histórica de su representatividad, el motivo por el que todavía hoy son oscuros himnos de la socie-

dad argentina contemporánea: "Que el munco fue y será una porquería / ya lo sé / en el quinientos diez / y en el dos mil también" ("Cambalache"). Por otra parte, en sus tangos más clásicos como "Yira, yira", "Cambalache", "Cafetín de Buenos Aires", el discurso discepoliano se despliega, salvando las distancias, de un modo semejante al de los textos de Artaud: no hay pausas, no ofrece descansos o lujos líricos: es un obsesivo machacar en la búsqueda y concreción de su propio ritmo.

Poesía hecha en gran medida con retazos no poéticos, con explosiones e imprecaciones del habla cotidiana de los argentinos, discurso referencial y cuyo marco de referencia son los problemas populares, permanente violentación del lenguaje y marginalidad del código de la literatura. Estos factores, acompañados por su significado musical, constituyen a la obra de Discépolo en uno de los productos más ricos y excéntricos de la cultura argentina.

Manzi, la marca de la ausencia

Para el caso de Homero Manzi, también conviene rescatar ciertos datos biográficos. Nacido en 1907 en un pueblo de la provincia de Santiago del Estero, Añatuya, pero radicado desde muy niño en la ciudad de Buenos Aires, se encuentran en él las pautas de una carrera literaria. Así, fue docente de literatura en el nivel de secundaria, participó, aun cuando un tanto oscuramente, de la experiencia vanguardista concentrada en la revista "Martín Fierro", aparece algún poema suyo antologado en libros de la época, militó entre los intelectuales del grupo radical Forja que era nacionalista y progresista. Y además, fue guionista de algunos de los más célebres filmes del cine argentino entre ellos "La guerra gaucha".

Nos encontramos, pues, frente a un modelo de escritor notoriamente menos empírico que Discépolo. Ello se observa con absoluta claridad en sus tangos: "Con pasos apagados eligirá la esquina / donde se mezclan luces de luna y almacén / para que bailen vales / detrás de la hornacina / la pálida maquesa y el pálido marqués" ("El último organito"). Sin profundizar en el análisis textual, parece indudable en este ejemplo que el orden sensual de las imágenes, la adjetivación y las palabras claves, se inscriben en un clima literario modernista.

Pero leamos aun: "Tus ojos son obsesos como el olvido / tus labios apretados como el rencor / tus manos dospalomas que sienten frío / tus venas tienen sangre de bandoneón" ("Malena"). En esta ocasión, y en una de las letras más bellas y célebres de la poesía del tango, se respeta a la metáfora como el centro estructural del poema, se eliminan los nexos lógicos clásicos y la rima tiende a cierta posibilidad de liberación. En una palabra, se nota la influencia del famoso decálogo del ultraísmo elaborado por Borges. Ello nos permite establecer un primer concepto: las letras de Manzi, al revés de Discépolo, se constituyen inscribiendo una memoria textual, una sólida ligazón con el código literario. Es la suya una poesía culta adaptada al tango.

En el orden de los significados, los textos de Manzi giran en derredor de una pérdida: "Calles donde la vida mansa / perdió las esperanzas, / la pasión y la fe" ("Esquinas porteñas"). La ciudad, y específicamente el barrio, son escenarios de esa ausencia de datos que incluye a la mujer y al amor. "Ya nunca alumbraré con las estrellas / nuestra marcha sin querella / por las noches de Pompeya. / Las calles y las lunas suburbanas / y mi amor y tu ventana / todo ha muerto, ya lo sé" ("Sur"). Sobre esa memoria que ahora se articula la inflexión dramática: "Calles, si sé que ya está muerta / por qué la buscaré" ("Esquinas porteñas").

Otro mecanismo retórico, en cambio, propone al tiempo presente del texto como una consecuencia del pasado; éste es una recurrencia dramática, un retorno que profundiza la ausencia y despliega la atención: "Bandoneón / para qué nombrarla tanto / ...ella vuelve noche a noche, como un canto / en las notas de tu llanto / che bandoneón" ("Che bandoneón"). En "Ninguna", también uno de los grandes tangos de este poeta que Troilo interpretara estupidamente con el cantor Roberto Rufino, la marca del pasado en el presente es más suave, más lírica e intimista: "Es inútil me dice el corazón / cuando quiero alejarme del pasado. / Ese plano, esa mesa y esos cuadros / guardan ecos del eco de tu voz".

Si practicamos una recapitulación comparativa, surgirán entre las obras de estos dos grandes poetas del tango algunas precisas diferencias. Discépolo, vimos, opera en el umbral de la literatura. Y ali-



VENGA
CON
NOSOTROS

alíscafos

Pza. Libertad
Tels.: 90 46 08 - 90 46 68

menta su poesía de los rasgos de violencia del habla popular; Manzi, por el contrario, es quizá el que con más justeza adapta el tango al código literario.

En ambos se explicita una pérdida: para Discépolo a través de razones morales; para Manzi no hay razones sino su pura formulación. En el registro del primero la mujer es culpable, en el segundo ocupa el lugar de la ausencia. Esta, en Manzi, se despliega desde el lenguaje literario; ya observamos como absorbe elementos de distintas retóricas, desde la modernista a la ultraísta, pero además en su núcleo significativo, la memoria, y en su voluntad estética hay ligazones con una corriente neo romántica de la poesía argentina que se llamó Generación del 40.

La obra de Homero Manzi, por lo tanto, parece el producto de una cultura articulada, de un sistema literario organizado. La de Discépolo, en vez, parece más cercana al desorden aluvional de formas, léxicos y vidas que el proyecto del 80 y la inmigración instalaron en Buenos Aires. Y la excentricidad de su discurso sería más bien homóloga a la extraña violencia coreográfica de los primeros tangos, todavía no censurados por el resto de la sociedad.

Epílogo

Es indudable que los textos de Discépolo y Manzi son dos puntos de referencia en la literatura del tango. En su derredor, otras obras tangueras ocupan su espacio; así los poemas de Celedonio Flores, por ejemplo, nitidamente próximos a Discépolo y hasta superiores en algunos matices; así los de Homero Expósito, Enrique Cadícamo o el formidable Cátulo Castillo autor de la "Última curda", más bien cercanos a Manzi; así escritores como Le Pera o Contursi, que trabajaron de manera empírica líneas temáticas sentimentales o descriptivas. Pero, a nuestro juicio, el factor esencial que marcan Discépolo y Manzi es que constituyen los desarrollos más altos de las dos coordenadas que trazan el círculo más amplio para distinguir una poética del tango: por un lado, la proximidad al código literario; por el otro, el repliegue del poema sobre las inflexiones del habla popular de los habitantes de Buenos Aires.

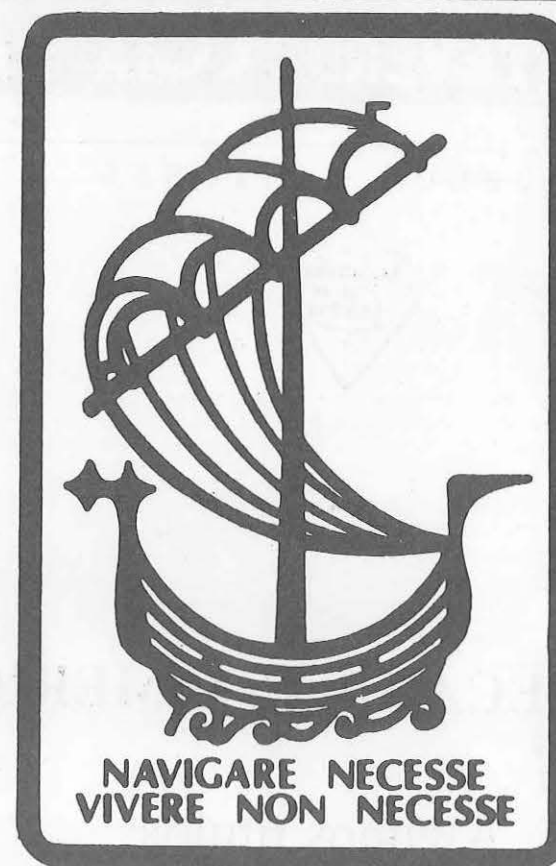
Pero aún queda algo para reflexionar sobre estos autores. Manzi, que como viera-

mos perteneció a Forja y Discépolo que tuvo amigos anarquistas al promediar la década del 40 adhirieron fervorosamente al peronismo. Ello no sólo cierra el capítulo de sus vidas, sino que tiene coherencia histórica: a una cultura popular cuyo espacio ideológico y productivo lo cubría, en buena medida, la pequeña burguesía, se correlaciona un espacio político en el cual la alternativa antimperialista, encabezada por Perón, fue hegemonizada por fracciones de la burguesía nacional. Sea como fuere, ambos eligieron estar donde estaban también las grandes masas.

Lo real es que el tango como fenómeno musical, lingüístico y coreográfico, como hecho cultural representativo de Argentina, es tan complejo que reconoce niveles, épocas, clásicos. Y también, que tuvo una vitalidad excepcional, pues su ascenso dura alrededor de cincuenta años, hasta la década 1940 - 50 que fue su última gran etapa de esplendor. Desde 1955, la caída del peronismo, la desprotección en que quedó la música nacional en los medios masivos, y la voracidad de los monopolios discográficos confinaron al tango en una suerte de parcial decadencia.

Hablar de tango hoy exigiría otro trabajo. Empero, hay por lo menos tres observaciones empíricas que es posible señalar. Una, que el tango en su proceso estrictamente musical, a través de agrupaciones pequeñas como es el ejemplo máximo Piazzolla, prosiguió un desarrollo que le ha abierto nuevos y feraces caminos artísticos. Otra, que pese a las vicisitudes históricas y productivas, la orquesta tradicional sobrevive heroicamente en Buenos Aires, y es un hecho que esta música sigue siendo una de las más escuchadas por los habitantes de la gran ciudad del sur. Una última observación es que, sin duda, los nuevos mitos históricos y sociales, las nuevas necesidades de la época, no encuentran su lugar en la actual poesía tanguera. Las letras clásicas permanecen en vigencia, sin que se produzcan otras que se aproximen a su nivel y representatividad.

Empero, cualquiera sea el destino futuro del tango hay cosas ya imposibles de discutir: sin lugar a dudas, la profundidad de su fenómeno en el seno del pueblo argentino; y su carácter de inconexa y vasta comedia humana de la vida de Buenos Aires, parafraseando a Borges.



CUADERNOS DE MARCHA

Suscripciones	6 números	12 números
Uruguay	N\$ 3.300	N\$ 6.000
Argentina	U\$S 12	U\$S 20
América Latina	U\$S 30	U\$S 55
Otros países	U\$S 40	U\$S 70

Envíos a Cuadernos de Marcha
Piedras 524 - Montevideo - Uruguay

A. MONTEVERDE & CIA. S.A.

LIBREROS EDITORES



BIBLIOTECA IBEROAMERICANA

Algunos títulos:

Simón Bolívar

Benito Juárez

José Martí

Francisco de Miranda

Juan Manuel de Rosas

Hipólito Irigoyen



25 DE MAYO 577
TELÉFONO: 95 90 19
Casilla de Correo 371